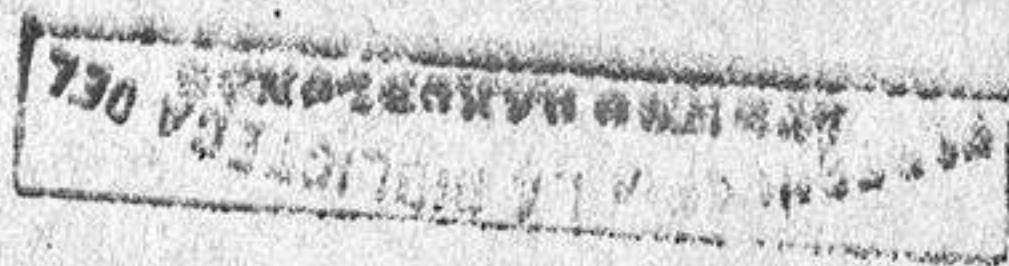


LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NUM. 213.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE 1906

MADRID

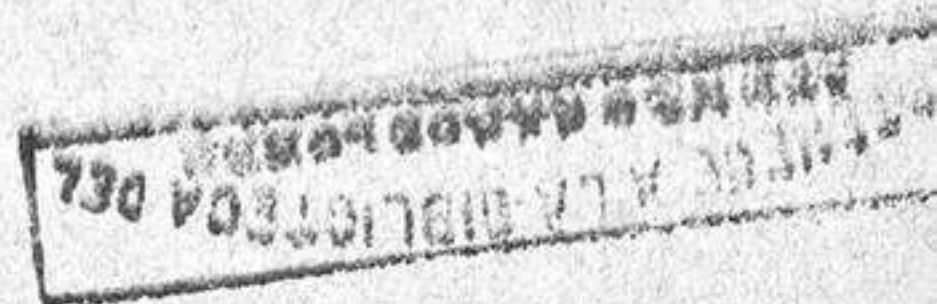
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO.

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

11.024

RECUERDOS



Habíamos quedado, en el último artículo, Martos y yo, enarbolando nuestros respectivos argumentos, ya en pro, ya en contra de Don B. L., pretendiente á un negociado en el Ministerio de Fomento, y prometí relatar, á manera de episodio, el suceso á que Martos y yo nos referíamos al discutir el nombramiento del Sr. L.

Es historia curiosa, triste é instructiva.

Permítame el lector que la refiera con alguna minuciosidad.

Referiré lo que supe, lo que todos los ingenieros sabíamos, lo que en aquellos años fué público y notorio, aunque claro es que yo por mí mismo no tenía manera de comprobar los hechos; pero, ó la crítica no es crítica, ó la lógica no es lógica tampoco, ó todo el mundo puede equivocarse y de nada sirve el estudio de las personas, ó lo que yo voy á describir es un pedazo arrancado de la triste é impura realidad.

El Sr. Don B. L., que por la época á que me refiero tendría unos treinta y cinco ó treinta y ocho años, había sido un joven estudioso, morigerado, de carácter dulce, muy simpático para sus compañeros y que había concluído su carrera con lucimiento en uno de los Cuerpos del Estado.

Poco después de obtener su título, se casó con una señorita de Madrid, muy buena, también muy simpática y verdaderamente preciosa.

Dos años más tarde fué destinado á una capital de provincia, que llamaré X.

Los autores dramáticos necesitamos poner nombre á las personas y á las cosas: de otra manera no nos entendemos.

Y aunque han pasado muchos años desde entonces, cuarenta y cinco ó cincuenta; aunque todos los personajes de aquel drama han muerto, y nadie más que yo lo recordará probablemente; aunque, por lo demás, lo que voy á referir no es en desdoro del principal personaje á que me refiero, porque no es desdoro la desgracia inmerecida ni la persecución infame, sino antes bien, motivo de simpatía, así y todo no me parece discreto citar nombres propios ni localidades determinadas.

Continuaré llamando al personaje principal Don B. L.; á su señora, Andrea; á la localidad en que empezó el drama, X.

Y así podremos entendernos.

Fué, pues, destinado á X el principal personaje de esta historia, y allá se fué con su esposa.

Era jefe superior en los servicios que L. había de desempeñar un D. Tadeo, hombre de cuarenta y cinco años, de pasiones violentas y de carácter rencoroso, aunque hombre de mundo y de maneras agradables.

Desde el primer momento trató al Sr. L. con gran cordialidad, no como un jefe superior á un empleado relativamente subalterno, sino como si hubieran sido dos compañeros ó dos amigos íntimos, y así pasó algún tiempo.

Entraba D. Tadeo en casa de L. á cualquier hora y con absoluta libertad, siempre dispuesto á encontrar perfectos los trabajos de L. como técnico, alabándole con entusiasmo, hallando exagerado su celo y recomendándole á la Superioridad siempre que llegaba el caso: una protección decidida.

Lo malo es que D. Tadeo se había enamorado como un loco de la preciosa Andrea, y que si halagaba al marido, y aun procuraba adelantarle en su carrera, era para congraciarse con la mujer.

En suma, un Don Juan Tenorio, jefe de Administración de primera clase, con mando, y traicionero y canalla por añadidura.

Ni la mujer ni el marido cayeron en la cuenta durante algunos meses.

¡Don Tadeo era tan bueno, tan afectuoso, tan servicial! ¿Dónde se ha visto un jefe más agradable?

Pero el Tenorio administrativo creyó llegado el momento oportuno para ejercer sus altas funciones de jefe con la esposa de su subordinado, y empezó á insinuarse con la inocente Andrea, que dudó, vaciló respecto á las intenciones de aquel amigo, al parecer tan leal; pero al fin tuvo que rendirse á la evidencia, porque el jefe quiso ejercer de tal y administrar bienes que no eran suyos.

Situación difícil para la pobre mujer.

¿Cómo podía ocultar á su marido la conducta infame de D. Tadeo, ni cómo podía seguir tratando á éste con la intimidad á que le tenían acostumbrado?

Calló cuanto pudo callar; pero un día fué tan brutal D. Tadeo, que la indignación ahogó toda prudencia en Andrea, y cuando poco después llegó su marido, no pudo contenerse más: rompió en un desesperado llanto y se lo contó todo.

L. hemos dicho que era de carácter dulce; pero era un hombre honrado y digno, era un caballero, y los más dulces por costumbre son los más violentos cuando llegan ocasiones de honra.

—No llores, no llores—le dijo á su mujer,—y déjale que venga esta tarde, que yo aquí le espero.

Y á pesar de las súplicas de su mujer, que preveía un lance violento, le esperó á pie firme, tragando bilis y haciendo vapor; y cuando D. Tadeo tuvo la osadía de presentarse, en pocas palabras le dijo lo que debía decirle, y le echó de su casa, haciéndole rodar á puntapiés por la escalera; porque aunque L. era pacífico, tenía grandes bríos cuando llegaba la ocasión.

Esta escena fué pública en X.

Pero D. Tadeo se vengó, se vengó cruelmente; venganza más refinada pocas veces se ha visto en estos dramas íntimos de la Administración pública.

Como era jefe superior de L.; como tenía que intervenir en todos los servicios de éste; como á veces estos servicios eran complicados y no podían cumplirse con rigurosa exactitud; como hay subalternos que por malicia ó por ignorancia realizan actos que comprometen á sus superiores, y como todo esto lo sabía D. Tadeo, con calma y con astucia fué envolviendo poco á poco á su subordinado, hasta que concluyó por empapearle, como vulgarmente se dice.

Y le formó expediente, y condujo el expediente de manera que aún resultó más comprometido L.; valiéndose de sus medios de jefe superior, acumuló cargos gravísimos sobre el pobre empleado y terminó entregándole á los Tribunales.

La rueda de la Justicia le cogió entre sus dientes, y empezó un calvario, no de unos meses, sino de algunos años para el pobre hombre, para su mujer y para sus hijos: porque creo que tenía dos niñas.

Don Tadeo no dejaba el asunto de la mano, y de tal modo, con tal maña apretó, que al fin se dictó auto de prisión contra L.

Y sentencia condenatoria en primera instancia, aunque todo el mundo estaba convencido de su inocencia, empezando por los compañeros, que tuvieron que abrir una suscripción para que no se murieran de hambre él y su familia.

A Madrid vino, y en el antiguo Saladero le vi yo muchas veces, siempre con su mujer y una pobre vieja que creo que era su madre política.

Al fin salió absuelto, pero después de dos ó tres años de angustias, de humillaciones, de vergüenza.

Y volvió á sus cargos oficiales, y todo el mundo le consideró y le respetó; pero él había perdido la salud para siempre, y para siempre había perdido la alegría.

*
* *

Tal era el protegido de Martos, y tal era la negra historia á que él y yo nos referíamos, porque de ambos era conocida, por circunstancias especiales, en todos sus pormenores.

Y seguía Martos apremiándome:

—¿No ha cometido la sociedad una infamia con ese hombre?

—Una infamia—repetía yo como un eco.

—¿No es digno de una reparación?

—Sí lo es—seguía repitiendo el eco de mi conciencia.

—¿Y esa reparación no la tiene usted en su mano?

—Es que no puedo, D. Cristino—le decía yo.—Si yo le propongo para la plaza que usted indica, y Zorrilla le nombra, porque le nombrará, y cualquier periódico, porque en estas luchas de la política no hay nada sagrado, le acusa de haber entregado el negociado más importante de Fomento á un hombre que hace pocos años estuvo en el Saladero, y que fué condenado en primera instancia, ¿qué pensará de mí D. Manuel?

—Cuando sepa la historia, que todavía no sabe, pensará que es usted un hombre recto y de energía, á quien le importa poco lo que digan los periódicos cuando cumple con su deber.

—No; lo que pensará es que obré por lo menos con ligereza, proponiéndole, entre tantos ingenieros como tenía para la propuesta, precisamente el que había de proporcionarle un disgusto.

—Pues cuénteles usted la historia de antemano y que él escoja.

—Él no escoge; me ha autorizado para proponerle el nombramiento, y yo no puedo aconsejarle que haga un nombramiento que la opinión pública, que es siempre cruel, y que en gran parte no conoce de esta historia más que las apariencias, puede censurar gravemente.

—¿De modo que está usted decidido?

—Absolutamente decidido; pero yo no quiero ser un obstáculo para la protección que usted concede á L., que reconozco que es nobilísima; y lo que puedo hacer es dejarle á usted el campo libre, presentando mi dimisión.

—¡Por Dios! Un cargo como el de usted, y tratándose de usted, no puede hallarse subordinado á una recomendación mía—dijo levántandose, y hablando con cierta sequedad cor-

tés.—Me habían hecho grandes elogios de usted, á quien yo no había tenido el gusto de tratar, y sólo le ponían un defecto, supongo que sus enemigos: que era usted excesivamente bueno, lo cual, en los labios de los tales, era indicar que pecaba usted por débil; y esto, á fe mía, y á costa mía, veo que era una calumnia: salgo convencido de que tiene usted todas las virtudes, el carácter inclusive.

Y se preparó para marcharse.

Yo le cerré el paso.

—Don Cristino, yo no quiero que se marche usted con esa mala impresión; yo quiero proteger á L. Con tal que no le nombremos para Fomento, yo le daré en Madrid un puesto tan bueno como el que le niego; y hablemos los dos á Zorrilla, y resolvamos la cuestión hoy mismo, y, sobre todo, no se me enfade usted.

Cambió de tono, se rió afectuosamente, y aquel mismo día arreglamos el asunto con D. Manuel.

Primera y última vez que reñí ó estuve á punto de reñir con Martos.

Quedamos amigos y lo fuimos siempre, y muchas veces recordamos en tono de broma aquella primera entrevista. La recuerdo en todos sus pormenores; le veo con los ojos de la imaginación; como si la estuviera viendo en la realidad, sentados los dos en un ancho sofá de gutapercha. Él tranquilo, reposado, de espaldas á la luz, presentando sus argumentos como si estuviera defendiendo un pleito ante mí; yo nervioso, descompuesto, unas veces hablando en tono seco ó violento, otras veces extremando la cortesía; y así hora y media.

Al parecer, él quedó vencido; yo quedé vencido para siempre.

Siempre me fascinó su talento y su palabra maravillosa, y aquella tenacidad á la vez lógica y aristocrática y clásica.

¡Pobre y querido Martos! Mucho tendré que hablar de él en estos recuerdos.

* * *

¡Consecuencias del poder! ¡Y hay quien lo codicia!

Cuarenta y ocho horas llevaba, ó poco más, en mi cargo de director de Obras públicas, y ya había pasado una noche sin dormir ó durmiendo mal, y ya había tenido un disgusto grave con una persona tan admirada por mí, aunque hasta entonces no le había tratado, como D. Cristino Martos.

No habían pasado otras cuarenta y ocho horas, y ya tuve otro disgusto con un amigo muy apreciado y muy antiguo.

Supondré que se llamaba D. Julio S.

Pues Julio y yo hacía más de veinte años que éramos amigos: desde que yo estudiaba en Murcia la segunda enseñanza.

Él había venido ya á Madrid, á fin de prepararse para el ingreso en una escuela militar.

Él fué quien, en unas vacaciones de verano, me dió la *Geometría descriptiva* de Lerroy, diciéndome que era un libro muy sublime, pero muy difícil, del cual le había oído hablar, en unas conferencias que dió en Oviedo, al más tarde célebre ministro de la Gobernación, Sr. Posada Herrera, el cual daba cuenta de aquella obra como del *summum* de la Ciencia.

Con temor casi religioso lo cogí entre mis manos y empecé á leerlo, y vi con alegría que era de una sencillez elemental.

Todo el verano me pasé haciendo modelos, con cartón y con hilos, de los diversos problemas que la obra contenía.

Cuando más tarde tuve que estudiarla en la Escuela de Caminos, no diré que la sabía mejor que el padrenuestro, porque no se me acuse de impiedad; pero la sabía bien sabida.

Desde entonces estreché mis relaciones con Julio, y cuando vine á Madrid nos seguimos tratando con mucha intimidad.

Era un joven muy listo; comprendía las cosas con rapidez, aunque por falta de constancia no las profundizaba mucho.

Su trato era llano y afectuoso, y me profesaba, ó al menos así lo creo, verdadera amistad.

Profundizando en su carácter, acaso se encontraran en él ciertas vetas y manchas de egoísmo, pero tan espontáneo, tan infantil pudiéramos decir, que no le hacían antipático.

Era acaso un optimista de la vida, y creía de buena fe que todo el mundo debía servirle, aun á costa de cualquier sacrificio.

—Para eso están los amigos—decía;—pues si no sirven para eso, ¿para qué sirven?

Si hubiera sido poeta, hubiera escrito una redondilla como aquella admirable de Manuel del Palacio.

No hay que decir que él, por su parte, era amable y servicial.

De todas maneras, no comprendía que no se le sirviese.

Y por cierta altivez de carácter, él casi nunca pedía un favor; quería que se le adivinase.

Fué uno de los primeros en felicitarme por mi nuevo cargo, y es lo cierto que siempre mostró por mí gran entusiasmo, desde que entendí en Murcia con tanta facilidad la obra de Geometría descriptiva que me había prestado.

Vió los modelos que yo le hice, y pasó de uno en otro por una serie de asombros.

—¡Qué claro, qué sencillo! Ahora lo comprendo.

Pues al día siguiente de publicarse en la *Gaceta* los nombramientos para los principales cargos de mi Dirección, vino á verme, y ya traía una cara como le había visto pocas veces: sólo en los momentos en que se suponía víctima de un engaño.

—Ya he visto, ya he visto—me dijo con cierta sonrisa amarga—los nombramientos que has hecho. Buenos nombramientos, y personas muy dignas.

—Querido Julio, yo no hice esos nombramientos, ni podía hacerlos; los hizo el ministro: los hizo Ruiz Zorrilla.

—Sí, pero tú los propusiste: eso me has dicho tú mismo. Ya sabemos que tú eres el amo de Fomento.

—Yo no soy amo de nada ni de nadie; hasta hace tres días era amo de mí mismo, pero sospecho que en adelante ni siquiera de mí podré disponer.

—Exceso de modestia. Nombras á quien quieres nombrar,

y escoges los más dignos, los más inteligentes y los más amigos. No todos tenemos esa suerte.

Yo me quedé mirándole y sin comprenderle todavía.

La verdad es que no estaba muy enterado de su posición social.

Sabía que había concluído brillantemente su carrera; que poco después la había dejado, para emprender negocios por su cuenta.

Que se había casado con una señora muy digna y muy simpática, á quien yo veía, aunque no con mucha frecuencia, cuando iba á visitarle.

Y, en suma, creí que disfrutaba de una posición desahogada, y hasta que tenía buen capital; de modo que nunca imaginé que pudiera aspirar á un destino, que al fin y al cabo sólo eran veinticuatro ó treinta mil reales al año.

Olvidaba torpemente que todo español aspira á ser empleado.

Pero sus frases eran tan punzantes, su tono tan triste, sus quejas tan evidentes, que al fin tuve que darme por entendido.

—Querido Julio—le dije:—ó yo estoy en Babia desde que soy director de Obras públicas, ó tú estás quejoso porque no te he propuesto para uno de los negociados del Ministerio.

—Más penetración mostrabas—me replicó—al interpretar en Murcia la Geometría descriptiva de Lerroy que te presté. Pero los tiempos cambian, los amigos suben, la prosperidad es olvidadiza, y al que está arriba no le gusta mirar hacia abajo.

—¿Pero tú querías ser empleado?

—Naturalmente—contestó con la mayor naturalidad.

—¿Pero tú cambias, ó quieres cambiar, tu posición libre é independiente por veinte ó treinta mil reales de sueldo? Te aseguro, bajo palabra de honor, que no lo había sospechado, y que con tus quejas, que son injustas, me proporcionas un verdadero disgusto.

—Mayor es el mío. No precisamente por el destino, aunque

el destino no me hubiera venido mal, porque no es oro todo lo que reluce, y he tenido pérdidas.

—Que yo ignoraba por completo.

—Querido Pepe, estas cosas no se ignoran nunca; en todo caso, se olvidan cuando la persona de quien se trata no inspira gran interés.

—Pues te aseguro que yo las ignoraba. No fué olvido, fué ignorancia: tú jamás me has dicho nada.

—¿Para qué molestarte? Y, sin embargo, alguna insinuación te he hecho: que los negocios andaban mal, que las amenazas revolucionarias producían una gran crisis; en fin, indicaciones que con tu buen talento, y si yo te hubiera inspirado verdadero interés, debiste tener en cuenta.

—Pero ¿puedes dudar de mi amistad?

—No dudo; pero hubiera querido ver las pruebas, porque aun suponiendo que tú creyeses que yo no había de aceptar, como prueba de cariño y para demostrarme que me tenías en algo, pudiste hacerme el ofrecimiento.

—Pues no se me ocurrió, ¿qué quieres que te diga?, no se me ocurrió.

—Ya comprendo, ya comprendo que estarás muy ocupado contigo mismo.

—No tanto como tú; pero no dejo de ocuparme en mi persona, como es natural—le dije en un tono ya un tanto agrio.

Porque es lo cierto que me molestaban sus frases punzantes; y aunque era hombre de mérito, no podía compararse á ninguno de los que yo había propuesto á Zorrilla.

En la forma anterior seguimos discutiendo un rato; y aunque al parecer quedamos amigos, no volvió á ser nunca nuestra amistad lo que había sido.

Un año después se fué á Ultramar, y ya no he vuelto á verle.

Mas por entonces no sólo tuve que sufrir sus quejas, sino las de un tío suyo, antiguo militar, que hacía alarde de fran-

queza, y que me dijo cosas muy duras, á las que yo contesté con otras no muy blandas.

Y tuve que sufrir todavía las dolorosas quejas de su mujer, que lloró de puro conmovida.

—Creí que era usted más amigo de Julio de lo que es usted en efecto.

—Señora, yo le aprecio mucho.

—Pues en esta ocasión no se ha conocido, y el pobre ha tenido y tiene una pena muy grande. Ha sido para Julio un gran desengaño.

—La pena la comprendo, el desengaño no.

—Desengaño, porque no se portan así los amigos de toda la vida. Y, además, usted sabía que nuestra situación es muy angustiosa.

—Le juro á usted que no lo sabía, ni lo sospechaba siquiera. Es más: creí que eran ustedes ricos.

—¡Sí, sí, ricos!—dijo secándose los ojos.

—Al menos, esas son las apariencias. Viven ustedes en muy buena casa; usted viste con mucho lujo.

Palabra imprudente fué esta que yo pronuncié.

—¡Sí, sí, lujo! No sabe usted los sacrificios que impone la posición social en que se vive.

Y aquí no pudo más la buena señora, y llorando me refirió sus angustias, sus apuros y sus esperanzas cuando supieron que era yo director de Obras públicas.

Yo estaba anonadado, y más anonadado quedé cuando ella formuló resueltamente sus condiciones de paz y de perdón.

—Usted lo puede todo en Fomento—me dijo;—todavía quedan algunas plazas buenas. No me lo niegue usted, porque yo lo sé y lo sabe todo el mundo: que todo el personal de Fomento, alto y bajo, se va á renovar; que hay muchísimos destinos desde doce á cuarenta mil reales, y usted, si es verdadero amigo de Julio, puede pedir al ministro uno de esos destinos, de veinte ó treinta mil reales por lo menos, para mi pobre marido. No me diga usted que no, porque será un nuevo desengaño.

—Señora, yo no tengo esa influencia que usted supone. No le he pedido destinos para nadie á Zorrilla; no tenía derecho para pedírselos, porque no he pertenecido á ningún partido político ni he sido amigo suyo hasta ahora. Ahora lo soy, y muy leal y muy agradecido y muy respetuoso; pero no lo soy para explotarle pidiéndole credenciales.

—¡Ah! ¿Llama usted explotación solicitar una plaza para Julio?

Yo no sabía qué contestar. No encontraba palabras; las que encontraba eran torpes: ofendía sin querer ofender, molestaba sin querer molestar; resultaba agrio cuando quería ser dulce, y descortés cuando deseaba extremar la cortesía.

—¡Por Dios, señora! Yo no me explico bien; yo deseo con toda mi alma complacer á ustedes, pero quiero decir que D. Manuel puede interpretar mal esta petición mía. Después de haberse mostrado tan generoso conmigo, ¿ir con nuevas pretensiones? Puede producirle mal efecto.

—Diga usted que no quiere *gastarse*.

Yo había gastado ya toda mi paciencia; y aunque seguí estando respetuoso y amable, la buena señora se marchó muy ofendida.

¡Qué remedio!

En cuatro días llevaba yo dos disgustos de los de letra mayúscula.

La cuestión de personal ha sido, y es, y seguirá siendo, el gran tormento de ministros y directores generales.

Y esta enfermedad sí que es de las que no se curan jamás. Pero sigamos el calvario.

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

LOS PASOS.—LOS TEATROS: el *de la Cruz*, el *del Príncipe*, el *del Liceo*.
Otros teatros y espectáculos públicos.

El provinciano que visite el Madrid de nuestros días, y en todos sentidos compare la capital de España con aquella otra de donde él procede, ha de encontrar siempre y de por fuerza en la primera, á pesar de todos los pesares, deficiencias y defectos que la hagan desmerecer, ponderando en cambio y sobremodo apasionadamente las bellezas y los encantos de su patria. Y como es natural que en la Villa del Oso y del Madroño, cuyo suelo fué tan fértil en tiempos bien lejanos, no sea posible se den las condiciones especiales y privativas de las demás regiones de España, reuniéndolas en conjunto ni en detalle,—natural es también eche de menos la vegetación exuberante de Andalucía, donde naranjos y limoneros saturan el ambiente de aromas deliciosos; los bosques de palmeras que idealizan las comarcas murcianas y alicantinas; los cármenes deleitosos de la oriental Granada; los huertos de Murcia, los jardines de Valencia, y en fin, cuanto constituye el carácter típico de cada una de las provincias. Lo que ninguno podrá negar, no obstante, es la hermosura del cielo de Madrid, cuando el tiempo no lo impide, como se advierte en los carteles de la *Plaza de Toros*.

En 1833, para dar expansión al espíritu, recrear la vista y

E. M.—*Septiembre 1906.*

respirar aire saludable y puro, de que tan necesitada estuvo y está la Villa desde que á ella se trasladó en definitiva la capitalidad de España, no tenían los madrileños más *Paseos* que el histórico de *El Prado*, el de *las Delicias*, el de *la Virgen del Puerto*, el de *la Florida*, el de *la Ronda*, desde la *Puerta de Atocha* á la *de Toledo*, y desde ésta á la *de Segovia*, y, por último, la *Cuesta de Areneros*, que arrancaba en la *Ermita de San Antonio de la Florida*, y con arbolado nuevo, pasaba por el *Portillo de San Bernardino*, *Puertas de Fuencarral*, de *San Fernando* y de *Santa Bárbara*, para terminar en la *de Recoletos*. Entre los jardines y lugares de recreación, figuraban el *Jardín Botánico*, los del *Buen Retiro*, el del *Casino de la Reina*, la *Moncloa*, la *Real Casa de Campo* y aun la *Montaña del Príncipe Pío*, de que no se hace mención sin embargo como tal en los *Manuales* de la época, siendo en cambio celebrados varios jardines particulares que eran «dignos de llamar la atención», con decir «sólo que en el llamado *del Valenciano*, sito en la *calle del Saúco*, se halla de venta en todas estaciones un copioso surtido de flores de todas especies y simientes para la siembra».

De todos estos *Paseos*, como el más céntrico y aun el más aristocrático antaño, era el principal el del *Salón del Prado*. En él lucía á la sazón «la sociedad elegante los brillantes trenes y la esmerada compostura», que decía Mesonero Romanos, mientras «la multitud, esparciéndose fuera de las puertas», buscaba «los paseos adecuados á sus gustos». Basta leer los dos interesantes cuadros trazados por la pluma de *El Curioso Parlante* con los títulos de *El Prado* y *Las sillas del Prado* para que se comprenda lo que fué al comenzar del segundo tercio del pasado siglo este *Paseo*, como basta leer las novelas de aquella época y aun las posteriores, para apreciar la importancia que para los madrileños tenía, pues no hubo intriga amorosa ó política, ni lance de ningún género entre individuos de las clases llamadas hoy *directoras*, que por escenario no tuvieran el *Salón del Prado*.

Era allí donde las hermosas hacían ostentación de las modas, promulgadas solemnemente entonces en el paseo de *Longchamps* de París; donde se pavonearon nuestras abuelas con las horribles *capotas á la inglesa* ó *á lo princesa de Gales* que, en su almacén de la *calle de Fuencarral*, vendía Mme. Petitbón, y que, aunque parecían morriones, encantaban á nuestros abuelos; donde en trajes de acampanado y gran vuelo, cortos y ceñidos de talle, aparecían por vez primera las *brillantinas* de seda con dibujos á cuadritos, las *muselinas* listadas de realce, los *organdís* blancos y bordados, la *armure danoise*, tejido recamado, de cachemira y seda; la seda listada que decían *Danae*; la *Amaltea*, de pelo de cabra y dibujo de cuadros; las *gasas sultanas*, estampadas y listadas; la vistosa *Argentina*, con listas y cuadros, y el *Pekin Gótico*, extravagante filatura de gusto chinesco, la cual debió de hacer gran furor por lo mismo.

Era en el *Prado* donde por medio de los trajes masculinos iba «ganando terreno visiblemente en nuestra España» la influencia inglesa, que se hacía sentir «desde la confección de las leyes, á la hechura de las levitas», invadiendo los talleres de célebres maestros, tales como Utrilla, cuya fama ha durado larguísimos años, y se hallaba en la *Carrera de San Jerónimo* establecido; los de Picón, en la misma calle; los de Ortet, en la *de la Montera*; los de Alvarez, frente á Correos, y los de Bartelet, en la *calle de Carretas*. Después las influencias británicas en el arte de la sastrería, si bien ya transformadas por la índole de las tijeras sin duda, pasaban á las roperías de los *Portales de la calle Mayor*, casi todos ellos ya por fortuna modificados, y á las de las calles *de Atocha* y *de Toledo* principalmente, roperías en las cuales decía con aires de anuncio Mesonero Romanos en 1833, «se encuentra toda clase de prendas de vestido perfectamente hechas y á precios equitativos», pues «han recibido en estos últimos años un grado de perfección muy notable».

En el *Prado* aparecían los elegantes remedando á los *dan-*

dys, y montando caballos ingleses, los cuales corrían además por las calles, convirtiéndolas en sucursales de *Hyde-Parck* ó *New Market*. Para este mundo *fashionable*, las levitas, con ligeras variaciones, eran siempre cortas, no excediendo de las rodillas, muy entalladas, con lo que entonces estimaban poco vuelo en los faldones, pero que corría parejas con el vuelo exagerado de las faldas mujeriles, y haciendo por extremo prominentes las caderas; los cuellos se usaban bastante largos, caídos sobre los hombros, y por consecuencia bajos, y la prenda se abrochaba con botones grandes ó con cordones negros, que destacaban sobre el color *Lord Grey* del paño, que no se sabe cuál fuese. Los fraques, de color café claro, habían perdido las carteras, tenían el faldón estrecho y el cuello como el de las levitas; los pantalones veraniegos habían de ser de tela de hilo escocesa, estrechos y cortos, y los sombreros bajos.

Con esta indumentaria en primavera y verano, ya discutiendo por el amplio *Salón*, ó sentados en las sillas del mismo, formando tertulias que solían interrumpir las cubas de riego; ya á caballo; ó ya en carruaje,—los elegantes de ambos sexos llenaban el *Prado*, poblándole así de los encantos y de las maravillas de la moda, veleidosa deidad, cuyas galas y primores de entonces excitarían la risa de las gentes de hoy, no de otro modo que parecerán ridículas con sus trajes las gentes de nuestra edad dentro de veinte años por lo menos.

Tenía para la Villa este *Paseo* su historia, y tal historia resultaba con verdad interesante, cuando era llamado *Prado de San Jerónimo*, para distinguirlo de los otros *Prados* inmediatos, cuya memoria, confundida con la de éste, se ha perdido al cabo en ella. Remotos están los tiempos en que, terminando oficialmente Madrid en la *Puerta de Guadalajara*,—la cual abría en aquel trozo de la *calle Mayor* aún *Platerías* denominado,—se conceptuaba lejano de la población el *Prado de San Jerónimo*. Tomó este apelativo del Monasterio á él próximo; y por estar en la confluencia de dos alturas contrapuestas, servía de lecho á las aguas de cenagosos arroyos mal olientes,

surcando lo accidentado é inculto del terreno las veredas que guiaban á través de aquellas soledades á la iglesia de *Atocha* y á la de *San Jerónimo del Paso*. Varios eran los *Prados* conocidos en la Villa durante el siglo *xvi*, y á continuación se hallaban los unos de los otros. Menciona el *Fuero Viejo* de Madrid, el de *Atocha*, que era el más inferior, y que tomando origen en la fuente de aquel nombre, llegaba hasta la desembocadura de la *Carrera de San Jerónimo*; seguía en pos el *Prado* de este título, que es el actual *Salón*, recientemente transformado, corriendo paralelo á él el llamado *Prado alto*, el cual se extendía por el declive de la izquierda en la actual *calle de la Lealtad*, inclusa toda aquella faja hasta la antigua *calle del Pósito*, continuación de la *de Alcalá* en el día. El *Prado de Recoletos* se dilataba finalmente hasta el sitio en que gallardeó solemne y pretenciosa la *Puerta* del propio nombre, inmediaciones de la *Casa de la Moneda* y del palacio construído para *Bibliotecas y Museos*.

Era ya en 1543 el *de San Jerónimo*, que es el que nos interesa, «una grande y hermosísima alameda, puestos los álamos en tres órdenes, que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro fuentes hermosísimas y de lindísima agua», «rosales entretejidos á los pies de los árboles», «y un estanque de agua que» ayudaba «mucho á la grande hermosura y recreación de la alameda», á la cual, «de invierno al sol y de verano á gozar la frescura», acudía multitud «de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores principales en coches y carrozas», disfrutando «con gran deleite y gusto» no sólo del ambiente oreado y saludable en el estío, sino de «muchas buenas músicas» (1).

Prescindiendo de las reformas hechas en el *Prado* el año 1569 con ocasión de las fiestas que preparó la Villa para el recibimiento y agasajo de doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y de las que hubo de experimentar durante el si-

(1) Pedro de Medina: *Grandezas y cosas memorables de España*.

glo xvii, cuando sirvió de antesala de aquel deleitable Real Sitio, en que con ayuda de Madrid supo en breve tiempo convertir la diligencia cortesana del Conde-Duque de Olivares el antiguo y tétrico *Retiro* de los días de Fernando V, Carlos I y Felipe II,—es lo cierto que, con todo, no debía ser su aspecto muy agradable, pues por el *Prado* al descubierto corría con sus aguas infectas y nauseabundas el llamado *Arroyo de Valnegral*, dicho luego *de Abroñigal*, que hubo de afearle bastante, si bien no impidió las aventuras y los lances á que con frecuencia aluden los poetas de aquellos tiempos, ni fué parte á que no le hallara deleitable y ameno la sociedad de los días de Felipe IV y de Carlos II.

Fué el conde de Aranda, ya en los de Carlos III, quien ideó la reforma total del *Prado*, pretendiendo hacer de él «uno de los primeros paseos de Europa». Por la traza del capitán de ingenieros D. José Hermosilla, dejóle en la disposición casi en que le hemos hallado nosotros, y en que disfrutó de él la buena sociedad de los tiempos de Fernando *el Deseado* y de la Regencia de María Cristina, por más que no se hubiesen ejecutado todos los proyectos que se hicieron para la transformación completa del mismo, y entre los cuales figuraba el de D. Ventura Rodríguez; por él, el antiguo *Prado alto* debía adornarse con una especie de pórtico, que podía contener cafés y botillerías, con un terrado para músicas y sitio donde guarecerse con comodidad los paseantes en ocasión de lluvia repentina.

De campo militar sirvió á los valerosos madrileños el 4 de Diciembre de 1808 cuando Napoleón se hizo dueño de la heroica y desmantelada Villa; y en aquel lugar de recreación y de placeres para tantas generaciones, derramaron impiamente los franceses el memorable *Dos de Mayo* la sangre generosa de tantas víctimas inocentes como fueron inmoladas por la salvaje furia de Murat y de sus seides, las más; contra las tapias de las caballerizas del *Retiro*; otras, contra los muros del derruido *Palacio de Medinaceli*, y otras, contra los árboles en di-

ferentes puntos. ¿Quién es capaz de hacer memoria de cuantos acontecimientos han tenido durante el siglo XIX por escenario el *Prado*? ¿Quién recuerda la fiesta celebrada en 1814 para glorificación de aquellos mártires y para la entrada solemne de la Regencia de Cádiz? ¿Quién aquella otra del 24 de Septiembre de 1822 para celebrar el triunfo del 7 de Julio y en la cual fué entoldado todo el *Salón*, donde 9.000 convidados tomaron asiento en torno de 750 mesas?... ¿Quién las revistas militares de los tiempos de María Cristina y de Isabel II? ¿Quién aquella formación de los *Voluntarios de la Libertad*, para esperar la entrada de Prim en Madrid el año 1868? ¿Quién la entrada de D. Amadeo de Saboya al tomar posesión de la corona de España? ¿Quién la entrada conmovedora de Alfonso XII, y las iluminaciones con motivo del matrimonio del rey en 1878 con la infanta doña Mercedes de Orleans?

Mesonero Romanos, resumiendo, decía en 1833: «La concurrencia al *Prado* es general, y casi permanente, y en sus diversos paseos se reúnen gentes de todas especies y gustos. Los verdaderos paseantes por comodidad, que gustan andar despacio y sin tropel, pararse á hablar con sus amigos, *tomar un polvo* y recordar sus juventudes, prefieren el paseo desde el Convento [*de San Jerónimo*] á la *Puerta de Atocha*. Los provincianos y extranjeros gustan del lado del *Botánico*, donde la vista y fragancia de este *Jardín* de un lado, y del otro el continuo paso de coches y caballos, los entretiene agradablemente. Hay quien se dirige con preferencia al *Paseo de San Fermín*, desde la *Carrera de San Jerónimo* á la *calle de Alcalá* [es decir, la faja lindante con la *calle de Trajineros*], y muchos que hallan su recreo en el trozo llamado *Paseo de Recoletos*».

«Pero la juventud elegante, y á cierta hora toda la concurrencia en general, viene á refluir al hermoso *Salón*, situado en el centro del *Paseo*». «Allí—escribe—es donde reinan las intrigas amorosas, donde la confusión, el continuo roce, las no interrumpidas cortesías, la variedad de trajes y figuras, el rui-

do de los coches y caballos, el polvo, los muchachos que venden agua y *candela* [para encender los cigarros], y una vida, en fin, desconocida en los demás paseos de la Corte, producen una confusión extraordinaria, que al principio molesta á los forasteros y concluyen por aficionarse á ella. Es singular en especial—continúa particularizando costumbres borradas—el espectáculo de este *Paseo* en una de las hermosas mañanas de invierno, en que luce todo su brillo el despejado cielo de Madrid: vese en él de doce á tres del día la concurrencia más brillante, las gracias más seductoras, los adornos de más lujo, una multitud de coches y caballos, y en fin, todo lo que puede ofrecer de elegante una capital. Igualmente es notable en las noches de verano en que, sentadas las gentes bajo sus espesos árboles, forman tertulias alegres, respirando un ambiente agradable, después de días extremadamente calurosos». «Finalmente—concluye como apotegma y corolario que han venido á desmentir los tiempos,—el *Prado* en todas ocasiones es el desahogo principal de Madrid».

Aún somos bastantes los que guardamos *saudades* ó añoranzas, ó memorias, ó como en la jerga modernista se diga, del antiguo *Salón del Prado*, no por fortuna en el período á que Mesonero Romanos alude en las palabras copiadas, sino muchísimo después, cuando por él pasaron las tropas vencedoras en Africa el año 1860 ó poco antes; cuando, ya que no de doce á tres en invierno, á la tarde le invadía la multitud regocijada y bulliciosa; cuando en los días de carnaval se hacía imposible dar por él un paso; cuando por las mañanas invernales le ocupábamos con reñidos *marros* y otros juegos los muchachos, después de hacer rabona en el colegio; cuando el día *Dos de Mayo* de cada año le llenaban los madrileños que acudían fervorosos á ver la procesión cívica y oír las misas que por el descanso de los mártires de la Independencia con todo aparato militar se decían y continuán diciéndose delante del *Obelisco*, y las que todavía se rezan en varios otros sitios donde es tradición hubo también fusilamientos.

Aún recordamos, entre sombras medio desvanecidas por lo lejano, aquellas deliciosas noches veraniegas, en las cuales, dividida la parte central del *Salón* por larga fila de sillas de anea y de madera más ó menos blanca, según los años de servicio,—en la faja que lindaba con el paseo de carruajes, las gentes se agrupaban como en los días á que Mesonero Romanos alude, formando corro, á la luz rojiza y tenue de los reverberos de aceite, en animadas tertulias que á las diez ó las once de la noche se disolvían, y en las cuales jugaban papel muy principal la niña casadera y enamorada, el audaz ó amoroso mancebo, la madre soñolienta y complaciente, la murmuradora sempiterna, el orador político, el discutidor eterno, el literato, el periodista; forjábanse allí chismes y enredos, circulaba la crónica escandalosa, se destrozaban reputaciones y honras, y se hacía, en una palabra, todo lo que hoy se sigue haciendo en Biarritz, San Sebastián y dondequiera se reúne la sociedad moderna. Como en formación, por el espacio comprendido entre una y otra fila de sillas paseaban levantando nubes de polvo los elegantes, y llevando consigo un mundo de ilusiones y de apetitos, de aspiraciones y de desengaños.

A la otra parte, es decir, en la faja comprendida entre la hilera central de sillas y los asientos de piedra inmediatos al que se dijo *Paseo de San Fermín*, á causa de la ermita que hubo agregada al *Palacio de Alcañices*, reemplazado por el suntuoso edificio del *Banco de España*,—los hombres y las mujeres del porvenir entonces, ya en la actualidad viejos, saltaban, corrían, jugaban al escondite, al corro, á la comba, persiguiendo enamorados aquéllos á las damas futuras, no dejándolas en paz un momento, propasándose audaces algunas veces á favor de la confusión, y armando entre sí camorras aquellos caballeros de menor cuantía que estudiaban el *Musa Musae* ó la *Retórica* de Terradillos, ó saliendo gentilmente á la defensa de las que hoy son mujeres demasiado hechas, contra la intrusión de la granjería del barrio de San Juan, que quería también entrar con los *silbantes* á la parte... Las verbenas del Car-

men, de San Juan y de San Pedro que allí se celebraban obstruyendo el *Salón*; las *ferias*, las famosas *ferias* madrileñas, un tiempo no lejano allí instaladas... todo desapareció, y últimamente el *Prado*, invadido por grupos de mozuelos y de golfos, había dejado de ser lo que había sido, antes de que el ferrocarril, con ó sin billetes kilométricos y trenes de recreo, facilitase á los pudientes los medios para abandonar la corte en el verano, antes de la reforma del que fué *Prado de Recoletos*, y antes de que en la antigua y frondosa *Huerta de San Juan*, hoy destruída estérilmente á lo que parece, se instalasen los llamados *Jardines del Retiro*, que vinieron á ser lo que había sido el *Prado*, para aquellos que en Madrid resisten valerosos los rigores del estío.

Hoy el clásico *Salón* ha sido transformado, reduciéndole primero para la formación de las dos grandes plazas cuyo centro ocupan las monumentales fuentes de *La Cibeles* y *Neptuno*, trasladadas de su primitivo asiento, cerrando su entrada por la *calle de Alcalá* con balaustradas de piedra que debían tener como complemento las estatuas de los hijos de Madrid, ilustres en los pasados tiempos, y convirtiéndole por último en un parterre adornado con flores y arbustos, el cual presenta, según la humorística y no desacertada comparación de cierto semanario, el aspecto de un escaparate de zorros y plumeros. Cuando la hermosa fuente de *Apolo* sea trasladada al eje del *Salón*, y hayan los jardines arraigado, el *Paseo* será agradable, sin duda, para tomar el sol en el invierno; pero no es fácil predecir lo que ocurrirá en lo sucesivo si le invaden las gentes acostumbradas á ir á él los días de Carnaval, y sobre todo el del *Dos de Mayo*, principalmente en ocasión en que tan próximo se halla el primer centenario de aquel día memorable para la historia de la Villa y de la Patria.

Poco más ó menos, como en 1833 continúa el que recibió título pomposo de *Paseo de las Delicias*, salvo la extensa barriada allí construída, y que ha cambiado totalmente su primitivo aspecto desde este punto de vista. En aquella fecha no

tenía «más ornato que los árboles» plantados en hilera y formando calles, siendo á la sazón «muy concurrido por aquellas personas que van—dice Mesonero Romanos—á pasear por conveniencia y recreo corporal, animando á continuar en él su declive suave, las grandes plazas que de trecho en trecho le cortan, y más que todo, el deseo de encontrarse á su conclusión en las hermosas orillas del canal».

Tales han sido las reformas experimentadas por el que fué agradabilísimo paseo de la *Montaña del Príncipe Pío*, que puede afirmarse de él no queda nada, aunque al proyectar su unión con el *Paseo de Rosales* quiera dársele nueva vida. No faltará, de seguro, quien recuerde con lo modesto de su entrada por la *Cuesta de San Vicente*—en lo que es hoy desembocadura de la vía que se llamó *calle de la Isla de Cuba*,—la plazoleta poblada de flores que constituía su ingreso, y las líneas de árboles que trepaban formando paseos por la *Montaña*, en la cima de la cual había un palomar gigantesco, reemplazado luego por el famoso *Cuartel de la Montaña*, tan lleno de parches y apostillas de todo género, que da lástima y grima al par, pensando con qué poco arte se gasta el dinero para desfigurar edificios que, si bien no tuvieron nunca nada de notable arquitectónicamente, ofrecían por lo menos cierta unidad y procuraban interpretar un pensamiento. La ampliación del *Cuartel*, conservando la fisonomía del mismo, ni era obra de romanos, ni exigía grandes quebraderos de cabeza, dicho sea con todos los respetos imaginables.

Se pierde la memoria al pretender hoy localizar los sitios en que estuvieron muchas de las plazoletas, las fuentes y aun jardines de aquella inmensa posesión, y se recuerda el estanque donde con paciencia digna de mejor causa, en las mañanas rientes de Junio, los aficionados á la pesca, autorizados para ello, regresaban felices á sus casas con media docena de pececillos incoloros, como testimonio de su habilidad y de su parsimonia. Todo ha desaparecido con la urbanización, principalmente después de la Revolución de 1868, y casi no queda

rastró de ello, perdiendo Madrid uno de los lugares más amenos con que podía enorgullecerse, y que primitivamente fueron huertas, las cuales, entre otros nombres, tenían el de *Buitrera*, del *Molino Quemado*, de las *Minillas*, etc. Medía más de seis millones de pies superficiales; y aquel conjunto de propiedades, según rezan los escritores que se precian de saber estas cosas, fué adquirido por D. Francisco de Moura y Costa-Real, presidente del Consejo de Flandes y caballero de la reina, de quien hubo de heredarlo la marquesa de Castel-Rodrigo, casada luego con el *Príncipe Pío* de Saboya, á cuya casa correspondió desde entonces, si bien residiendo los príncipes en Cerdeña. Secuestrada por Carlos IV la posesión, á causa de negarse los príncipes á establecerse en la corte de España, pasó al Patrimonio Real; y cedida en usufructo al infante D. Francisco, «de sitio áspero é inculto que era antes —dice Mesonero Romanos en una de sus obras relativas á Madrid,—ha venido á transformarse en un precioso parque, huertas y jardines, que la generosidad de su augusto poseedor franquea al público». La apertura del ferrocarril del Norte, cuya estación se halla en terrenos que fueron de la *Montaña*, y el ensanche de la Villa, han acabado de desfigurar por completo la que fué posesión del *Príncipe Pío*, de la cual no disfrutaron los madrileños de 1833, porque aún no se había hecho en ella la transformación á que Mesonero Romanos aludía en 1861.

No hay para qué hablar de los demás paseos de aquella fecha, pues han caído en desuso, y en lugar de mejoras han experimentado retrocesos, cediendo ante los que con ventaja en nuestros tiempos les han sustituido, por más que, según ya en otras ocasiones quedó insinuado, el crecimiento y desarrollo de Madrid los hace perder sus condiciones higiénicas y recreativas, tendiendo á encerrarlos dentro del casco de la población, donde casi todos ellos se encuentran.

*
*
*

Dos eran, en realidad, fuera de los accidentales, los teatros con que Madrid contaba permanentes en 1833, es decir, la mitad de los que en el siglo XVIII existían, pues había desaparecido con la guerra de la Independencia el famoso del Retiro, donde brillaron los ingenios de la desvanecida corte de Felipe IV, y en ciertas ocasiones era no sólo admitida, sino solicitada toda clase de público, y el de los *Caños del Peral*, que, al ser en 1737 comenzado á reedificar, se llamaba ya *El Gran Teatro*, fué en 1818 demolido á pesar de su ponderada grandeza para construir el que se dijo *de Oriente*, y hoy, con su singular aspecto exterior, sus apostillas inconexas y sus pretensiones, es elípticamente *el Real* denominado. El decano de aquellos dos teatros, en los cuales tanto disfrutaron los abuelos de la generación actual, era el *de la Cruz*, apelativo extraño para edificio tan pecaminoso como el de una sala de farsas que, cual lugar execrable y endemoniado, miraban muchas gentes, á la sazón timoratas y beaturras en la apariencia, y desenvueltas y viciosas en su vida interna.

Tomó tal nombre el teatro, del terreno donde estaban los solares sobre los cuales se estableció el primitivo *Corral*. Formaba aquél una altura ó pequeña eminencia, de que queda rastro en la pendiente de la *calle de Espoz y Mina*, y allí había una cruz plantada, por lo que el vulgo dió en llamar á dicha altura *Cerrillo de la Cruz*, como apellidó *de la Cruz* la calle que aún conserva el apelativo, la dirección y la angostura de otros tiempos. A la manera que con el fin benéfico de aumentar los recursos del *Hospital General*, fué de orden del rey construída en las afueras de la población la antigua *Plaza de Toros*, inaugurada en 1749 y demolida en 1874,—para atender también á fines de análoga naturaleza, cuéntase por los autores cómo la *Cofradía de la Soledad*, convenientemente autorizada al propósito, en aquellos solares del *Cerrillo* que adquirió en 550 ducados y lindaban por delante con «la calle pública que dicen de la Cruz», construyó un edificio ó *Corral* con destino á las representaciones dramáticas, las cuales comenzaron

en él cuando aún no estaban terminadas las obras, el 29 de Noviembre de 1579, fecha en que lo estrenó la compañía de que era autor Juan Granados.

En las casas aledañas por la *Plaza del Angel*, tenía la Casa real arrendado un corral por donde se hizo paso á los aposentos ó palcos del teatro, y en 1631 mandó Felipe IV arrendar otro, que se dispuso en forma para que con toda comodidad pudiese el coche del rey llegar hasta el pie de la escalera de los aposentos; y habiéndose hecho cargo del teatro la Villa en 1638, á cambio de varios censos y subvenciones, con que gravó á favor de los establecimientos benéficos su presupuesto, —en 1737 fué reedificado «bajo las trazas, dirección y mal gusto de D. Pedro de Ribera». Tratóse de volverle á edificar en 1785 (1); pero nada se hizo, y conforme resultó en la primera de las fechas indicadas, así perseveró hasta su demolición definitiva en nuestros tiempos, para abrir hasta la *Plaza del Angel* la calle de *Espoz y Mina*.

Mezquina y falta de regularidad era su fachada, que apenas si se distinguía de la de los edificios circundantes, aun con los revocos y repintes de que fué constantemente objeto para darle alguna mejor apariencia; incómodo y mal distribuido su interior, que no resplandecía tampoco ni por el arte ni por la riqueza, y tan menguado y pobre el escenario, que trabajo costaba comprender cómo allí pudieron actuar las compañías de comediantes, y sobre todo cuando se dieron funciones de ópera. A no derribar el edificio, diputaba Mesonero

(1) En la Bib. de la Real Academia de la Historia existe por donación de D. Toribio de Areytio un manuscrito de letra de D. Ignacio de Santiago Palomares conteniendo las *Memorias cronológicas sobre el origen de la representación de comedias en España, formadas en 1785 por el corregidor de Madrid D. José Antonio Armona*; y entre las cosas curiosas que contiene el primero de los dos volúmenes de que constan, figura la planta del *Corral de la Cruz*, y la del proyecto de D. Phelipe Jubara, con tres planos de fachada, corte y proscenio, firmados en 1785 por D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino y discípulo del célebre D. Ventura Rodríguez (Mesonero Romanos, *El Antiguo Madrid*, págs. 143 y 144, nota).

Romanos de imposible remedio los defectos capitales de que aquél adolecía, haciéndole indigno de la corte. «Hasta su situación—añadía—es ridícula, en una rinconada, cuyo acceso es por calles estrechas y mal dispuestas, lo que ocasiona gran incomodidad» para el público.

Y con efecto: acusando la humildad de su origen; oprimido por la masa enorme del *Convento de la Victoria* con su huerta y sus dependencias que hasta la angosta *calle de la Cruz* llegaban; en la rinconada que aún para vergüenza en sitio tan principal y céntrico subsiste entre el mísero *callejón del Gato* y la parte alta de la que desde 1836 se llama *calle de Espoz y Mina*; como abochornado de su propia existencia, y confinado por su insignificancia con tales estrechuras, que le impedían desarrollarse,—sólo tenía el teatro acceso por el referido *callejón del Gato*, la *calle de la Cruz*, á la que daba la fachada, la *Ancha de los Majaderitos*, hoy triste y abandonada callejuela á que se ha dado el nombre de *Barcelona*, y por último, la más corta de las dos denominadas de la *Victoria*, la cual volvía en ángulo recto desde la *calle Angosta de los Majaderitos*, que es la actual calle-pasadizo dicha de *Cádiz*, para salir á la *de la Cruz*, frente á frente del teatro.

Estrechos y oscuros pasillos daban entrada al *patio* de éste, donde no con la necesaria holgura, pero sí con sobra de molestias, se hallaban las localidades repartidas ó clasificadas en cuatro diferentes categorías: *lunetas* ó butacas principales de preferencia, que en la temporada de 1833 costaban 8 reales (2 pesetas); *lunetas* de segundo orden, colocadas detrás, á 6 reales (1,50 pesetas); *asientos*, así sencillamente denominados, y situados á la espalda, á peseta; y *sillones* por bajo de las galerías y en lugar levantado, cuyo precio era, según se hallaban en primera fila ó en las posteriores, 11 y 10 reales (2,75 y 2,50 pesetas). Tres órdenes de palcos, llamados antes *apoyentos*, y que se denominaban *bajos*, *principales* y *segundos*, conforme el piso á que correspondían, avanzaban como cajas sobre los muros, con su antepecho de madera; costaban los

primeros 64 reales (16 pesetas), 60 reales (15 pesetas) los *principales*, y 48 reales (12 pesetas) los *segundos*. A esta altura había los *palcos por asientos*, no mayores que los otros, y en ellos el precio de las delanteras era el de 10 reales, mientras los demás asientos no costaban sino 8. Todavía en la parte más alta estaba la *galería*, á 8 y 6 reales el asiento; la *tertulia*, á 8 reales la delantera y á 4 el resto, y finalmente, sólo para la asistencia de las mujeres, en el lugar más culminante y empinado se hallaba la *cazuela*, donde los asientos costaban 8, 6, 5 y 4 reales y medio, respectivamente, según su categoría, «todo con aumento de dos cuartos (unas 310 milésimas de peseta) en billete para ciertos establecimientos de Beneficencia».

No debían ser grandemente morigeradas las costumbres en aquellos tiempos, cuando, como aún hemos tenido ocasión de advertir en algunos teatros de provincia, «las mujeres estaban separadas de los hombres, y ocupaban la mitad de la *tertulia* y la *cazuela*», figurando sólo «juntos ambos sexos en los *palcos por asiento*». Esta medida, con la cual las autoridades procuraban evitar todo escándalo, causa era á la continua de aquello mismo de que se pretendía huir, pues á la entrada y á la salida de las mujeres se producían escenas poco edificantes, demás de que resultaba triste confesión de la impotencia de las leyes y de las autoridades, y de la falta de educación en las masas (1). Por fortuna, en los tiempos actuales, en los cuales tanto hay que reprobar ciertamente, el mutuo res-

(1) Haciendo relación á esto mismo, escribía nuestro *Curioso Parlante*: «Suspica y meticoloso por extremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separación de los sexos en nuestros teatros... ¿y dónde? Precisamente en un país en que se miran reunidos en los templos, en el circo y demás espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fué marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniere en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y también su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeres la defienden por buena; y las otras dos mitades

peto basta para impedir abusos de cierto género, muy en boga á lo que parece en aquella época, en la que sin duda tenía precedentes la famosa *Partida del trueno*, que había de sembrar el pánico por las calles de la corte, en daño de los padres y de los maridos, y de la que se dice formó parte Espronceda.

Todavía en pie, aunque reformado exterior é interiormente en tantas ocasiones que ha perdido casi su antiguo aspecto y su particular fisonomía, en la *calle del Príncipe*, dando frente á la *Plaza de Santa Ana* y llegando hasta la *calle del Lobo*, subsiste el segundo y último de los teatros que en 1833 actuaban. De la calle tomó el nombre, que ha trocado por el de *Teatro Español* definitivamente, por hallarse en especial consagrado á las producciones del ingenio nacional en éste y en los pasados tiempos; y comenzado á edificar en el emplazamiento del famoso *Corral de la Pacheca* en 7 de Mayo de 1582, fué con tal impaciencia estrenado por las compañías de Vázquez y Juan de Avila el 21 de Septiembre de 1583, que tampoco se aguardó á que estuviera concluído.

Cuidó la Villa de reedificarle con arreglo á las necesidades y gustos de la época el año 1745; pero voraz incendio hubo de destruirle casi por completo en 1804, volviendo á ser reconstruído en 1806 «bajo los planos y la dirección del arquitecto Villanueva, que sacó el partido posible del escaso terreno, é hizo un *teatro decente*, aunque pequeño, dándole un soportal y cinco entradas en una fachadita muy sencilla» (1). Perduró

piensan en sentido contrario... ¡Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará! De todos modos, no puede negarse que, cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño, que no es de desdeñar para el curioso observador» (*Panorama matritense, El Teatro por fuera*).

(1) Tal importancia hubo de concederse á esta reconstrucción, como para que su memoria fuese consignada en marmórea lápida que no sabemos en qué paraje hubo de ser colocada, y que se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional* actualmente. Es de forma rectangular, si bien en su parte inferior se hace pronunciada curva elíptica y entrante, lo cual

aquella fachada, con más ó menos deterioros, hasta que, procurando darle cierta apariencia monumental, hubo de reformarla tal y como hoy se encuentra, allá por los años de 1866 á 1867, si no estamos trascordados, aquel ilustre actor D. Manuel Catalina, empresario que fué del teatro largas temporadas, y que al lado de los Romea, de Valero, de Matilde Díez, de las Lamadrid, la Elisa Boldún, la Mendoza Tenorio, la Cairón, Clotilde Lombía, Oltra, Casañer y otros artistas de ambos sexos, cosechó envidiables laureles, cuya memoria no habrán muchos olvidado todavía, y que, reverdeciendo con Calvo y Vico, hoy retoñan lozanos con la Guerrero y Díaz de Mendoza, según hacen constar los críticos é inteligentes.

Fué allá por el año 32 cuando, como decía Mesonero Romanos, «se le ha pintado y adornado con medallones en la bóveda, que contienen los retratos de los poetas célebres españoles y una alegoría en el techo que representa á Apolo después de haber vencido á la serpiente Pithon, en cuya elección, tanto de la fábula como de los retratos, no ha habido el mayor tino», pues si, á juicio del propio escritor, aquellos célebres autores «sólo después de muertos han adquirido derecho de asistir gratuitamente al espectáculo»,—se hallan «en sitio tan poco conveniente, que más parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que más que Apolo parece un tambor mayor». Era entonces el teatro «capaz de 1.236 personas», y «la entrada llena» producía «9.669 reales y 12 maravedises» ó, lo que es lo mismo, 2.417 pesetas, no habiendo necesidad de insistir en lo que á la his-

parece indicar debió figurar sobre un ingreso; está fracturada, y en cuatro líneas de capitales latinas de tamaño distinto declara:

REYNANDO CARLOS IV

COLISEO DEL PRINCIPE

REEDIFICADO A EXPENSAS

DE ESTA VILLA DE MADRID

AÑO DE

1806

toria y vicisitudes del coliseo respecta, después de lo mucho que acerca de él se ha escrito.

Durante el segundo tercio del pasado siglo de las luces, «en este teatro, como más regular» que el de *la Cruz*, eran representadas «más frecuentemente tragedias y óperas serias de gran aparato, para lo cual», advertía Mesonero Romanos, daba «lugar el escenario, siendo decoradas magníficamente y vestidos los actores con toda propiedad y lujo». Si quiere el lector tener idea de lo que era el hoy por antonomasia apellidado *clásico coliseo*, habrá de recurrir por fuerza á la inagotable facundia del *Curioso Parlante*. La función daba comienzo á las siete de la tarde, pero á las seis y media ya había público en las localidades. El teatro aparecía en la obscuridad ambiente como «un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado»... «Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimientos una caja de estuche ó *necessaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la *platea* los costados del edificio, recuerda las anaqueladas de nuestras boticas ó los simétricos nichos de nuestros cementerios».

«Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*», asientos éstos de «aristocráticas pretensiones», colocados entre el *patio* y el escenario, á los cuales hoy, á la americana, llamamos *butacas*, y que, á pesar de todo, dice Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*, «eran estrechos, duros, con forro de mala badana, casi siempre con desgarrones y nunca limpia»; «ya—prosigue el inmortal *Curioso Parlante*—son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aquí y allá, quebrando así la uniformidad de las *gradas* laterales, de los *bancos* céntricos y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenino en los hondos abismos de la *cazuela*, ora el ronco sonido de un tos catarral y aguardentosa revela al observador que algún

sér viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*».

Hoy que el *patio* es sitio de preferencia—pues, lleno de *butacas*, conserva las «aristocráticas pretensiones» de las antiguas *lunetas*,—es difícil que si no lo ha visto en los teatros de Lisboa, donde aún permanece «en su humilde modestia» originaria, pueda el lector formarse idea de lo que fué; «cuando estaba lleno—escribe Alcalá Galiano,—causaba el efecto más desagradable con sus llamadas *oleadas*, porque imitaba la gente, empujándose, el movimiento del mar, y porque era remedo de sus bramidos la gritería, consecuencia de estrujarse y atropellarse los concurrentes, *de pie* durante toda la función, en aquel lugar de diversión y tormento».

«El nuncio de la luz—continuaba diciendo Mesonero Romanos—aparece en fin por un agujero, y, saltando por encima de los bancos con una cerilla (1) en las manos, se acerca á la lámpara», la grandiosa y elegante lámpara deslumbradora y solemne, de facetados vidrios transparentes, dispuestos en colgantes movedizos, en sartales ondulados y en brillantes cascadas de vistosa combinación artística; la monumental araña de regio aspecto y espléndido aparato, con su diadema floreada de dorado bronce por remate, su corona provista de salientes brazos erizados de bujías y el círculo de *quinquets* de que ya en 1806 se hallaba provista, para aumentar su potencia luminosa. ¡Con qué silencioso recogimiento veíala el público descender lentamente desde la techumbre, y, pendiente de rojo pabellón, detenerse á la altura necesaria para que el «nuncio de la luz», haciéndola girar con despacio, comunicase «su inflamación al círculo de *quinquets*» y á las bujías! «Con lo cual, y concluída su tarea», el farolero avisaba «á los de arriba para que diesen vuelta á la máquina», subiendo así «el lu-

(1) Tienen hoy, por extensión, nombre de *cerillas* las fosfóricas; pero en el tiempo en que el autor del *Panorama Matritense* escribía llamábase así los que decimos en la actualidad *cerillos*.

ciente farol con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio». «Majestuosa operación que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen con precaución», no siempre eficaz, «todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta» (1).

Quizás en algún teatro de provincias quede aún la araña. Con ella dieron al traste el gas primeramente, y la luz eléctrica al postre, siendo pocos los que recuerden aquella operación preliminar é interesante, en la cual se invertía algún tiempo, corriendo los espectadores el peligro de que tanto la esperma como el aceite, ya vegetal ó mineral, de que sucesivamente fueron alimentados los *quinquets*, dejara huellas lamentables en su indumentaria. Con el gas y con la luz eléctrica tal riesgo ha desaparecido; pero hay que reconocer y confesar que la araña daba cierta suntuosidad aparatosa al teatro, y constituía uno de los más bellos elementos decorativos del mismo.

Hecha la luz, con ella quedaban, «pues, al descubierto, las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los *palcos por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminación, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la *cazuela* todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detrás de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, siquier gangosas y displicentes, siquier melifluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapasón, y más de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores ó sobre los *crescendos* de la orquesta».

(1) No era la araña el único medio de dar luz á la sala de espectáculos, pues, según Alcalá Galiano, «los días de iluminación velas puestas en brazos salían de los palcos».

«Dos campos iguales en dimensión, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda (se entiende que del espectador), el sexo que solemos llamar bello ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo juega las armas que le son propias: el desenfado, la galantería y la arrogancia... Excepción de esta austera conformidad, es la triple fila de *apuestos* (hoy *palcos*), donde, á par que los sombrerillos y manteletas» con que iban nuestras abuelas al teatro, «vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos», que constituían parte principal en la indumentaria de nuestros abuelos, siendo lugar fijo del abonado la *luneta*, desde donde lo impregnaba todo con el *patchouly* y el *bálsamo de Turquía*, que eran las esencias preferidas. Cuando la parte posterior del *patio* fué provista de asientos, mejorando así la condición de los espectadores, ofrecían grande animación las llamadas filas céntricas, que era la «sección de los inteligentes, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas y tal cual actor en descanso, que aquella noche no le tocó figurar. Esta sección es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelación; pronúncianse *ex-cathedra*; comisión de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atención las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar».

«Los demás compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respectable público* que en el diccionario moderno solemos llamar *las masas*... Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños—decía el *Curioso Parlante*, que es á quien seguimos, porque pinta admirablemente lo que era á la sazón y fué tiempos después el *Teatro del Príncipe*—saben ya lo menguado y

oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien: en aquellas escaleras, en aquellos callejones y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunión misteriosa y armónica de quinientas parejas que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aquí para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades ajenas... De aquí puede inferirse substancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animación y el movimiento de tal escena final».

*
* *

Para población de la categoría y de las aspiraciones de Madrid, Corte de las Españas, dos teatros, en aquella época de reconstitución, eran en realidad muy poco. Menudeaban por ello los *teatros caseros*, amén de las tertulias, y espectáculos públicos hubo establecidos con carácter accidental en distintas calles y edificios sin condiciones. Calcúlese cuáles serían, cuando carecían de las indispensables los dos teatros *de la Cruz y del Príncipe*. Para la compañía dramática que solía actuar en los Sitios Reales con ocasión de las jornadas que á ellos hacían los reyes, y que se hallaba sin contrata en el invierno, habían habilitado un local en la *calle de la Sartén*, y en él hasta 1836 se dieron representaciones escénicas con asistencia del público que el local consentía. Otro había en la *calle de la Luna*, si bien de naturaleza diferente, el cual, parecido á los cinematógrafos actuales, llevaba el aparatoso título de *Teatro Pintoresco Mecánico*, como el que hubo en la *calle del Caballero de Gracia*, casas números 29 á 31, fué denominado *Teatro de Fantasmagoría*. No lejos de este último, en la que se dijo *Plaza del Rey* y fué parte de la huerta del *Convento del Carmen*, en un barracón ligeramente construído, estaba el *Circo Olímpico*, donde «comenzó á dar funciones una compañía ecuestre, de gimnastas y acróbatas, dirigida por cierto Mr. Avrillón», que era muy aplaudido.

Tan del agrado hubo de ser de los madrileños el espectáculo, que para él en 1834 fué labrado *el Circo* en parte del jardín de la llamada *Casa de las Siete chimeneas*, propiedad del conde de Polentinos, quien cedió con aquel propósito el fundo, reservándose ciertos derechos; y de tal suerte creció en Madrid la afición á las fiestas teatrales, que—conforme aconteció muchos años después con el ya demolido *Circo del Príncipe Alfonso ó de Rivas* en Recoletos—aquel otro *Circo*, desaparecido entre las llamas de formidable incendio, y en cuyo emplazamiento levantó después el afortunado Price el llamado hoy *Circo de Parish*, bajo los planos y la dirección del arquitecto Villajos—sirvió en épocas memorables, y á pesar de sus malas condiciones, lo mismo para ópera italiana que para grandes espectáculos de baile, en que alardearon de su habilidad pasmosa la Petipá y la Guy Stephan, así como sirvió también para representaciones dramáticas de todo género, dando albergue durante algunas temporadas á los celebérrimos *Bufos Arderius*, los cuales hicieron un tiempo las delicias de la gente hoy ya forzosamente grave por los años, con las gracias de Rosell, Sánchez Castilla y del propio Arderius, y la plástica exhibición de actrices y *suripantas*, más ó menos vestidas y apetitosas.

Antes de mediar el siglo XIX, Madrid contaba con hasta seis teatros más, fuera de los de los aficionados, y dos circos. Eran aquéllos: el de *Variedades*, en la *calle de la Magdalena*, consumido también por el fuego, y en el cual, después del renacimiento de la zarzuela en 1849 con *El Duende*, actuaron D. Julián Romea, la Matilde Díez y la Berrobiano, como actuaron en la época revolucionaria Vallés, Luján, Riquelme y Ruesga, inaugurando las funciones por horas; el *del Instituto*, que hizo brillantes campañas en 1846 y 1847; el *del Museo* y el *de Buenavista*, sus contemporáneos; el *de Lope de Vega*, en el edificio de los Basillos, *calle del Desengaño*, y el *del Liceo*; los circos eran: el *de Paul*, inaugurado en 1847 y construído en la *calle del Barquillo*, número 3, jardín que fué del duque de

Frías, y otro, de la misma fecha, que estuvo en las afueras de la *Puerta de Santa Bárbara*.

Por lo especial de su significación, por la importancia que tuvo y por los artistas que en su construcción intervinieron, merece particular mención el *Teatro del Liceo*, y justo es le dediquemos cariñoso y particular recuerdo en esta revista de curiosidades del pasado, hoy que de manera tan radical ha cambiado en Madrid todo. El renacimiento del *Ateneo*, sociedad que ostentó siempre representación singularísima, y en la actualidad pretende caminar como portaestandarte á la cabeza de los intelectuales en España, y la fundación del *Liceo Artístico y Literario* en 1838, habían eficaz y poderosamente contribuído al fomento y desarrollo inusitados de las aficiones artísticas y literarias en aquella que denominaban á la sazón «juventud ardiente», y que «en medio de los vaivenes de una terrible revolución», como efectivamente lo era la que fatigaba á España en tales días, y de los «halagos de la ambición política, y... la dominante voz de los partidos», aún encontraba ocasiones para atender, cual se merecía, al cultivo de las artes de la paz, en la evolución saludable que debía de transformarlas. Establecido en local poco adecuado para sus fines educativos, quedó al postre instalado el *Liceo* en el palacio suntuoso de los duques de Villahermosa, el cual se hallaba, y continúa situado, en el extremo inferior de la *Carrera de San Jerónimo*, dando vuelta al *Prado* y frente al antiguo palacio del duque de Lerma y luego de Medinaceli, ya derruído.

La noche del 3 de Enero de 1839 verificábase con toda solemnidad y aparato la inauguración del nuevo local, con asistencia de S. M. la reina gobernadora Doña Cristina, su espléndido cortejo palatino y los elementos oficiales, y meses después de aquel acto, el 18 de Julio, con no menor solemnidad, inauguraba también la reina el *Teatro* particular del *Liceo*, instalado en el «suntuoso y hermosísimo salón de baile» del palacio de los duques. En el número correspondiente al 10 de Noviembre del año referido, publicaba el *Semanario Pintoresco Espa-*

ñol, que en 1836 había fundado la infatigable actividad del ilustre Mesonero Romanos, un artículo descriptivo del *Teatro*, como ilustración del grabado que insertaba, diciendo: «El golpe de vista que ofrece el magnífico salón de la Sociedad... es por manera interesante y seductor». «Hállase éste cortado en toda su anchura de 42 pies, y su elevación de 41, por un bastidoraje pintado que deja sólo una embocadura de 24 pies de ancho por 21 de alto, adornada con pilastras y arcos de tres centros, que cierran el enorme espacio de la magnífica bóveda. La decoración de la embocadura es inexplicable, porque no pertenece á ningún género exclusivamente, y su novedad cautiva y embelesa; pero no se describe. Diremos sólo que hay en su totalidad cierto sabor griego en la combinación de colores y en la clase de ornatos».

«Desde el tablado hasta la imposta del adorno, se compone de dos pilastras á cada lado con capiteles y basas doradas, enriquecido todo con figuras geométricas y otros dibujos que destacan de un fondo de color vivo. Hay á cada costado un nicho cerrado aún, entre jambas, también adornadas, en cada uno de los cuales se ha de colocar una estatua, de cuya construcción se han encargado los socios *D. José Tomás* y *D. Sabino de Medina*. La cornisa arquitrabada que apoya sobre las mencionadas pilastras, sigue el carácter de éstas con caprichosos adornos geométricos, formando una greca. Sobre la cornisa, un adorno dorado reúne con este cuerpo bajo toda la parte superior, de formas sumamente ligeras para que no pesen sobre los dos cuerpos laterales, necesidad precisa para salvar el inconveniente de que las líneas de los cuerpos bajos fuesen á morir en la bóveda del salón, lo cual habría producido deformidad».

«Esta graciosa y elegante embocadura ha sido de invención del Sr. *D. Anibal Alvarez* (1), y la ejecución en la parte de

(1) «Hijo del famoso escultor *D. José Alvarez*, autor del grupo de *Zaragoza* que se halla colocado en el *Museo* de esta Corte: este joven archi-

pintura del Sr. Rosales, auxiliado de un sinnúmero de socios, que han acudido todos los días á ayudarle. El telón de boca consiste en una cortina de elegante forma, que se descorre por la mitad, y entre ésta y la embocadura cierra el espacio un bambalinón con flecos, pintado por *D. Jenaro Pérez Villamil*. El escenario tiene 24 pies de fondo hasta la embocadura, y cinco más fuera de ella, á fin de que pueda cantarse sin descorrer el telón. Hay á cada lado cuatro bastidores, á distancia de tres, cuatro y cinco pies. El tablado se eleva cuatro pies y medio sobre el piso del salón, con un declive que exige la visual tomada, y consiste sólo en ocho tableros fáciles de levantar».

«...La dirección artística de esta construcción ha estado á cargo del celosísimo primer secretario del *Liceo*, *D. Narciso Pascual y Colomer*», arquitecto y autor, entre otras obras, años adelante, del proyecto en público certamen premiado y escogido para la construcción del actual *Palacio del Congreso de los Diputados*, é individuo de número de la Real Academia de San Fernando, fallecido en 1870 como *D. Aníbal Alvarez*.

No queda ya otra memoria de aquel *Teatro*, cuya embocadura aparece en 1846 totalmente modificada, á juzgar por otro grabado que publicó el propio *Semanario Pintoresco Español*

tecto, recién llegado de Italia, ha demostrado, en obras expuestas al público en la Academia de Nobles Artes, ser digno continuador del glorioso nombre que hereda, y á él debemos también el dibujo que va al frente de este artículo». Tal decía en 1839 el *Semanario Pintoresco Español*; y con efecto, aquel joven arquitecto, educado en Italia, fué uno de los más notables artistas españoles del siglo XIX. Vocal de la *Comisión Central de Monumentos*, que tantos salvó de la destrucción y de la ruina después de la exclaustación, director de la *Escuela Superior de Arquitectura* é individuo de número de la Real Academia de los Tres Nobles Artes de San Fernando, ejecutoriada dejó su fama en multitud de obras que la pregonan, y á él fué principalmente debida la idea, acogida por el Estado, de la publicación de los *Monumentos Arquitectónicos de España*. Falleció en 1870, no sin dejar legítimo representante en su hijo *D. Manuel Aníbal Alvarez*, arquitecto eminente y profesor en la actualidad de la *Escuela Superior de Arquitectura*.

en Febrero del año mencionado, ni queda otro recuerdo de aquella Sociedad entusiasta y benemérita que, para cumplir los fines especiales de su instituto, repartía en cinco *Secciones* sus tareas. Figuraban en la *Sección de Literatura*, con D. Patricio de la Escosura y Espronceda, D. Juan Nicasio Gallego, D. Ventura de la Vega, D. Antonio Alcalá Galiano, D. Antonio Gil y Zárate, D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Julián Romea; en la *de Pintura*, al lado de D. Vicente López, D. Valentín Carderera, D. Jenaro Pérez Villamil y D. Antonio María Esquivel; en la *de Escultura*, Ferrant, Santandreu, Fernández, Tomás y Estrada; en la *de Arquitectura*, D. Antonio Zabaleta, Areitio, D. Antonio Cachavera, Castro y el marqués de Torre-Mejía; y, por último, en la *de Música* se hallaban Ledesma, Albéniz, D. Ramón Carnicer, Reart, Blanco, Basili é Inzenga y Castellanos. Otra *Sección sexta* había que se apellidaba *de Adictos*, la cual contribuía al esplendor del *Liceo* con su asistencia, y á su sostenimiento con una cuota de 25 pesetas de entrada y 5 mensuales, teniendo por su parte cada una de las otras cinco *Secciones* la obligación «de contribuir con sus respectivos trabajos al sostenimiento del instituto, amenizando con ellos las reuniones semanales en las noches de los jueves, y suministrando los necesarios en cada uno de los ramos para el periódico literario y artístico» que con el título de la Sociedad comenzó á ver la luz el mismo mes de Enero de 1838, y con una *Introducción* de Escosura publicó en el primer número trabajos del *Curioso Parlante*, de Zorrilla, D. Ventura de la Vega, Espronceda, D. Juan Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Díaz y D. Gregorio Romero Larrañaga, y un retrato de S. M. la reina gobernadora litografiado por D. Antonio María Esquivel, el cual fué, con todos sus defectos, muy celebrado.

No lo fué menos, en 1836, cierta *Galería Topográfica* establecida en el *Paseo de Recoletos*, y que excitó vivamente la curiosidad por ser el que presentaba espectáculo nuevo en la Villa y Corte. El *Templete mágico*, en cuyo centro había un

tiesto de rosas, el cual, con sólo mudar de posición, se transformaba, con grande admiración de los espectadores, en fuente, gruta, cenador, bosque y catafalco; la *Vista* de los restos de la *Piscina mirabile*, de Nápoles; la del delicioso *paisaje de Narni*, en lo que eran Estados Pontificios, y donde la ilusión resultaba tal, que se veía correr el agua de una cascada y se oía el rumor que su caída producía; la vista del túnel bajo el Támesis; el fantástico *Tocador de máscara*, artificioso aparato en el cual, como decía un articulista, «la persona que se mira se ve instantáneamente retratada, ya con traje antiguo español, ya de guerrero, ya de monja, según la parte por donde se asoma, con la particularidad de que, colocado sobre cada espejo un tarrito con una flor, quien se mira en cualquiera de ellos (los espejos) ve despojados los tarros que coronan los otros dos espejos, y siempre una flor diferente».

Si con deleite contemplaban nuestros abuelos y nuestros padres estas y otras maravillosas *vistas*, cuál no era el asombro de las gentes delante de aquellos mecanismos artificiosos é inexplicables que, como *el autómata chino*, bailaba en la maroma con gracia y propiedad, al decir de los entendidos, y *el pintor mágico*, en cuyo caballete, y por arte de encantamiento, aparecían sucesivamente diversos asuntos, sin acertar de qué manera se verificaban tales transformaciones! Estos precursores de las *cabezas parlantes*, de los terroríficos espectáculos sangrientos de Mr. Herrman, de los trabajos ilusionistas que hoy reproduce el *cinematógrafo*, debieron causar impresión muy grande en las muchedumbres durante aquellos tiempos bienaventurados del siglo de las luces, obscurecidos hoy por los progresos de la ciencia y de la mecánica, los cuales sabe Dios adónde llevarán á nuestros hijos y nuestros descendientes, pues no hay nadie que dude de que *hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad!*

Cuando las consecuencias inesperadas de la famosa batalla de Alcolea despertaron el furor escénico de todas clases, y las aficiones al *cancán* y otros excesos — más inocentes en rigor

que muchos de los espectáculos con que en la actualidad se regocija el público, — quedó Madrid inundado materialmente de salas de tal índole, que recibieron nombre de teatros por antonomasia. Desaparecidos el del *Liceo*, con los *del Instituto*, *del Museo* y *de Lope de Vega*, contaba á la sazón la heroica villa con *el Real*, *el Español*, *el Circo*, *Jovellanos* ó *la Zarzuela*, *Varietades*, *Novedades*, *Capellanes*, *el Circo del Principe Alfonso*, que se llamó *Circo de Madrid*, *el Teatro de los Campos Elíseos*, *el del Recreo*, en la *calle de la Flor Baja* y *el Circo de Price*, que, desde el barracón de la actual *calle de Recoletos* esquina á *la del Cid*, fué trasladado al *Paseo de Recoletos*, en el emplazamiento de un jardín público que hubo allí hacia el año de 1834, y que se titulaba *Las Delicias*, ya que no se haga mención, entre otros, de los dos teatros de aficionados más importantes, que estuvieron establecidos, el uno en la *calle de las Urosas*, hoy *de Luis Vélez de Guevara*, y el otro en el piso bajo de un caserón de la *calle de la Reina*, inmediato á *la del Clavel*, y que ha servido luego para varios usos industriales.

Desde aquella época memorable en que no hubo café de cierta categoría que no tuviese su escenario, y donde, al propio tiempo que la infusión de achicoria, la copa de marrasquino, de coñac, de ron ó de aguardiente, se servía á los parroquianos piezas dramáticas furibundas contra el régimen caído, ó contra las clases sociales, ó contra el clericalismo— fueron apareciendo el *Teatro de Eslava*, en el *Pasadizo de San Ginés*, café-teatro en su origen, que recuerda Felipe Pérez en *La Gran Vía*; el *Teatro de la Bolsa*, en que hubo de convertirse el antiguo *Circo de Paul*, después de servir un tiempo de *Bolsa de Comercio*, y que llevó también nombre de *Teatro de Lope de Rueda*; el *Teatro Martín*, el cual subsiste reformado en la *calle de Santa Brígida*, y sólo funciona en determinadas circunstancias; el *Teatro Romea*, que estaba en el número 5 de la *calle de la Colegiata*, y pereció en un incendio; el *Teatro de la Alhambra*, que ha mudado de nombre cada temporada, y que perdura en lo que fué *convento de San Fernando*, en la *calle de*

la Libertad; el *Teatro de Bretón*, en un piso bajo de la *calle de Fuencarral*, frente casi á la *de San Onofre*; el de *la Infantil*, en la *calle de Carretas*, salón denominado hoy *Teatro de Romeo*, y que era célebre por lo excesivo del naturalismo en los bailables de cierta hora; otro en la *calle del Espíritu Santo*, cuyo nombre no acude á la memoria; el de *Buenvista*, en la *calle de Silva*, y ciento más, porque fué incontable el número de *templos consagrados á Talía* entonces.

En ellos no salían siempre bien librados ni el sentido común, ni el habla castellana, ni la moral, ni cosa alguna; pero los empresarios hacían su negocio explotando la fiebre teatral que se apoderó de todas las clases sociales, seducidas éstas por la baratura del espectáculo y por otras cosas. Eran de ver á la sazón la lista de los *Espectáculos* que traía todas las noches *La Correspondencia de España*, así como los demás diarios, y las esquinas de las calles con los anuncios de todas formas y colores que las empapelaban. ¡Qué facundia! ¡Qué inventiva! ¡Qué novedades! ¡Qué dramones! ¡Qué actores y qué espectadores! Todo aquello pasó, y de todo ello quedó en Madrid el convencimiento de que el número de *Teatros* de verdad que existía era escaso para población de tal categoría; que el *Español*, *Variedades* y el *Circo* eran pequeños, y que se hacía preciso dotar ciertos distritos de la que volvió á ser Corte, con edificios destinados á representaciones escénicas.

Así, conservando algunos, como el antiguo de *la Alhambra*, el de *Martín*, el de *Capellanes*, que se llamó también *de la Risa*, y el de *Eslava*, fueron construídos de nueva planta *la Comedia*, el que los gacetilleros llaman *bombonnière*, ó sea el *Teatro de Lara*, el de *Apolo*, el de *la Princesa*, el *Lírico*, hoy *Gran Teatro*, habiendo sido destruídos por accidente fortuito el *Circo* y *Variedades*, y modificados no pocos de los anteriores. Hoy, con varias intermitencias, actúan en Madrid, ó se hallan en disposición de actuar, catorce teatros, que son el *Real*, el *Español*, *la Comedia*, *la Princesa*, el *Gran Teatro* (antes *Lírico*), *Lara*, *Apolo*, *la Zarzuela*, *Novedades*, el *Circo de Parish*, *Es-*

lava, el *Cómico*, la *Alhambra* y *Romea*, sin que dejen de existir otros espectáculos como los de *Actualidades*, ni falten en cada calle, casi puede decirse, *Cinematógrafos*, que son muy concurridos, y que se van transformando con *coupletistas*, bailarinas, guitarristas, cantadores y ventrílocuos.

No podrá decirse que desde 1833, en que sólo existían formales el *Teatro de la Cruz* y el *del Príncipe*, Madrid no ha progresado, lo cual hemos de intentar se haga patente, Dios mediante, comparando la Villa del Oso y del Madroño de entonces con la de nuestros días (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

(1) Permitido habrá de serme expresar en este sitio mi satisfacción, porque, si los periódicos no mienten, el actual Alcalde de Madrid parece trata de llevar á la práctica algunos de los pensamientos apuntados en estos artículos, y entre ellos el de formar espaciosa glorieta al final de la *calle de Toledo*, dejando en el centro la *Puerta* monumental de aquel nombre. Por lo menos, mi trabajo no es del todo perdido, si esto se realiza.

DESDE BERLÍN

LOS PROGRESOS DE LA HIPOFAGIA

I

Frecuentemente se lee en artículos ó revistas españolas que en Alemania se hace gran consumo de la carne de caballo. Estando ya en Berlín, tuve ocasión hace tiempo de leer un artículo, firmado por persona competente, que se ocupaba de los progresos de la hipofagia. En él se decía, entre otras cosas, que en Berlín había una calle en la cual todas las tiendas eran carnicerías de caballo. Como dato curioso, busqué esa calle, pregunté á personas conocedoras del asunto, y nadie me dió razón de ella. Esa calle no existía. Yo no dudo en modo alguno de la buena fe del autor, que es una persona seria; pero con frecuencia llegan á nosotros (por conducto francés) unas veces noticias falsas, y otras exageradas, acerca de Alemania, y esto indudablemente fué lo que sucedió en este caso.

Por esta razón, y para colocar las cosas en su verdadero estado, me he decidido á estudiar el asunto sobre el terreno, visitando el matadero de caballos, las carnicerías; hablando con el personal subalterno, policía sanitaria, autoridades, etc., para aportar el mayor número de datos posible, y poder dar una idea del estado actual de esta cuestión en Alemania.

Por otra parte, juzgando que para hablar con conocimiento de causa de una cosa lo mejor es experimentarla por sí mis-

mo, he empezado por comer la carne de caballo, y, después de haber adquirido un convencimiento personal, me creo con derecho á emitir una opinión fundada.

El asunto, por lo demás, no es, en modo alguno, baladí. Con él están ligados intereses económicos y sociales de gran importancia. El consumo de la carne de caballo se abre cada vez más camino, y en combatir los prejuicios contra el uso de esta carne se ocupan personas muy ilustradas y de gran influjo social. En Francia tiene á su cargo esta tarea el «Comité de la viande de Cheval»; en Alemania, la «Tierschutzverein»; y en Austria su uso está tan extendido, que no necesita ya propagandistas. Pero hay más: actualmente no es sólo la carne de caballo la que se come, sino hasta la de perro. Ya nos ocuparemos en otros artículos de los mataderos alemanes donde se sacrifican perros para el consumo de sus carnes.

II

La carne es un alimento de primera necesidad para la especie humana. Los animales más empleados en esto en los países civilizados son el buey, el cerdo, la oveja y la cabra. En el Sudoeste de Europa se hace también gran consumo de la carne de búfalo; y en algunos sitios de Escandinavia, de la de ciervo.

En el consumo de carnes, los anglosajones aventajan á todas las demás razas. El país donde más carne se consume es Australia (111,6 kilogramos por habitante); á éste siguen los Estados Unidos (con 54,4); viene luego Inglaterra (47,6), Suecia y Noruega (39,5), Francia (33,6) y Alemania (con 31,6).

España no es donde menos se consume (22,2). Es la penúltima de la serie; pero todavía debajo de ella está Italia, con la mitad (10,4 kilogramos por habitante).

Pero además de estas carnes, que son las más usadas, hay otra de la cual se hace también bastante consumo, aunque su

propagación se consigna en las estadísticas con cierta timidez. Esta es la *carne de caballo*, la cual ha de ser objeto del presente artículo.

III

Es indudable que la carne más usada por los pueblos primitivos era la de caballo. Esto está comprobado (Dankins) por el gran número de huesos rotos encontrados en las cuevas que servían de morada á estos habitantes. Este uso se prolongó durante largo tiempo. Primeramente se sacrificaban los caballos, como la caza y las fieras, como alimento humano; pero á medida que los pueblos fueron civilizándose, apareció en ellos la religión y vinieron los seres superiores, los dioses, y aquellos pueblos tenían muchos dioses, y éstos tenían muchas categorías. Y aparecieron luego los sacrificios, y entonces se buscaban los animales más nobles para sacrificarlos en honor de los dioses más elevados. Y el animal más noble que los antiguos germanos conocían era el caballo, y el dios más elevado era Odin. Por eso sacrificaban éstos los caballos en honor de este dios y comían su carne. Pero cuando el Cristianismo empezó á extender sus alas redentoras por todo el mundo civilizado y el Papado alcanzó la supremacía político-religiosa, vino la Iglesia, y por boca de Gregorio III condenó el sacrificio del caballo y el consumo de su carne, y como ejemplo notable de la influencia religiosa de aquella época sobre aquellas sociedades, la carne de caballo dejó de consumirse, y esta prohibición de la Iglesia condujo á un cambio radical en el gusto de los pueblos, formándose una repugnancia instintiva contra el uso de esta carne, que se ha prolongado hasta los tiempos actuales. Este es el secreto de la aversión á la carne de caballo.

Pero no en todos los pueblos ha sucedido lo mismo. En pueblos nómadas, así como en los tártaros y kalmucos, ha continuado el uso sin interrupción de estas carnes hasta nues-

tros días. Otro tanto ha sucedido en la China. Desde hace muchos siglos se hace allí gran consumo de la carne de una raza de caballos que se ceban con este objeto, y se caracterizan por su gustosa carne, su gordura y el poco predominio que tienen las sales inorgánicas en la constitución de su esqueleto.

IV

El primer pueblo civilizado que volvió de nuevo al consumo de la carne de caballo fué el dinamarqués. Durante el sitio de Copenhague en 1807 por las tropas de Napoleón, el Gobierno autorizó su venta, y desde entonces empezó á propagarse su uso en esta nación. De aquí se fué extendiendo paulatinamente á las demás.

En Alemania, durante los años de carestía que siguieron á las guerras con Napoleón (1816-1817), se hizo mucho consumo de la carne de caballo; pero éstos se sacrificaban clandestinamente.

La primera carnicería pública que se estableció en Prusia tuvo lugar en un año de gran escasez: en 1847.

Esta fué fundada por un ilustrado profesor de la Escuela de Veterinaria de Berlín (Spínola), unido á un cantante de la Ópera (Blume). Este ensayo encontró una rápida propagación. En el mismo año se fundaron 11 establecimientos de la misma índole, donde se degollaron más de 3.000 caballos.

Desde entonces ha ido continuamente en aumento el consumo de esta carne. Este aumento trajo como consecuencia la necesidad de reglamentar este servicio de un modo general, y esto se hizo por decreto de 2 de Junio de 1888. Desde entonces el número de carnicerías de caballo adquirió mayor impulso, pues se organizó una seria inspección de estas carnes, y con ello se dió al público una nueva garantía para su consumo.

En Prusia, en 1894, el número de carnicerías de caballo había ascendido á 314, y en 1902 á 407.

V

De todas las poblaciones alemanas, Berlín es donde mayor número de caballos se consumen; por esto y por haber iniciado la marcha en este sentido, sirviendo, por decirlo así, á las demás como portaestandarte del movimiento, describiremos cómo está establecido este servicio en la capital del Imperio.

Después del ensayo de Spínola en 1847, empezó á despertarse en la gente del pueblo la afición á la carne de caballo.

Entonces las autoridades pidieron dictamen á las clases médicas acerca de si el consumo de ella debía favorecerse ó impedirse, y éstas lo hicieron favorablemente, afirmando que estas carnes podían ser consumidas sin perjuicio para la salud pública, siempre que el servicio se montara con arreglo á las exigencias de la higiene y se hiciera una seria inspección veterinaria de los caballos antes y después de ser sacrificados.

Por entonces había ya establecidas muchas carnicerías, y cada carnicero degollaba los caballos donde le parecía. Esto hacía que el servicio de inspección sanitaria se hiciera con bastante dificultad, y que hubiera algunos abusos. Para evitar esto las autoridades se decidieron á centralizarlo, estableciendo un matadero de caballos único. Este *matadero central* no lo montó el Gobierno civil (Polizei Presidium) por su cuenta, sino que dió la concesión á un particular (Meyer), el cual construyó el matadero, y ha explotado el negocio desde hace más de treinta y ocho años, y aún sigue en la actualidad al frente de él. La función de este Meyer es puramente administrativa; la dirección del establecimiento la tiene el inspector de Sanidad (Claus), bajo cuya responsabilidad se ejecuta este servicio. A este inspector-jefe (Kreistierarzt) ayudan en sus funciones otros dos inspectores veterinarios y un empleado del Gobierno civil. Este último vela por el cumplimiento de las órdenes de los inspectores; averigua la procedencia del caballo para com-

probar si éste ha sido robado, y lleva los libros con el registro del movimiento que sirven luego para las publicaciones oficiales del *Konig Statistisches Bureau*.

En estos libros cada caballo degollado tiene su registro, donde consta: el número de orden, la descripción con sus señas particulares (color, alzada, edad, etc.), día de adquisición por el carnicero, nombre del vendedor, certificado de su legítima posesión, reconocimiento veterinario, día en que fué sacrificado y destino ulterior de la carne.

Los inspectores de Sanidad vienen al matadero dos veces al día, una á las ocho de la mañana y otra á las cuatro de la tarde. Reconocen primero los caballos en vida, y admiten ó rechazan los que tienen por conveniente. Los caballos admitidos son degollados, y la carne es después reconocida de un modo detenido, haciéndolo primero del caballo en canal y después de cada una de las vísceras (hígado, bazo, pulmones, etc.). La carne sana se autoriza para la venta, y la enferma se envía á la «Abdekerei» (Quemadero), para su destrucción y aprovechamiento industrial.

Además del servicio ordinario, el inspector-jefe tiene el deber de acudir al matadero siempre que hay que practicar un reconocimiento de urgencia (por ejemplo, un caballo que se rompe una pata en la vía pública). Los caballos que llegan ya muertos no son admitidos, pero el que sean viejos no es motivo para que sean rehusados, siempre que estén sanos y bien nutridos.

Todos los que se destinan al consumo deben ser reconocidos en vida y después de sacrificados. Por los caballos que aquí llegan abonan los carniceros, por regla general, de 60 á 100 marcos.

Las tareas profesionales las verifican doce matarifes. Estos son pagados por los carniceros á quienes pertenece el caballo degollado. Por cada uno reciben 50 céntimos y los desperdicios (cascos, herraduras, etc.). La degollación de los caballos tiene lugar, como para los bueyes, con conmoción cerebral previa. Aquí no se usa la puntilla.

El número de caballos sacrificados cada día oscila entre 40 y 60.

El día que yo visité el Matadero se degollaron 102; pero esta cifra es anormal y se debe á una gran carestía de las carnes, producida por causas largas de enumerar. Aunque está permitido por la ley, raramente se degüellan en este Matadero mulos ó burros. Perros en Berlín no son consumidos.

VI

Una vez que han sufrido el reconocimiento sanitario, las carnes son exportadas á las distintas carnicerías que existen diseminadas por la población. La mayoría se encuentran en barrios donde predomina el elemento obrero, y su número asciende actualmente á 62. He visitado algunas, y he comprobado que las instalaciones son análogas á las demás carnicerías, y en general están bien montadas. Conservan la carne sobrante por medio del hielo, y la mayoría tienen aneja una fábrica de embutidos, con autorización oficial. Las carnes en estas tiendas tienen buen aspecto y están bien presentadas. Por lo mismo que el público no las solicita tanto como las otras, los carniceros procuran presentarlas bien, eligiendo las partes de mejor apariencia. Estas carnes se venden á dos precios, según la región de donde proceden: la de primera (filet) se vende á 60 céntimos libra; la restante, á 40. La de buey cuesta 1,80 (la de filet): de modo que la de caballo es tres veces más barata.

Estas carnicerías tienen mayor ó menor despacho, según los barrios, el lujo con que están montadas, etc. Uno de los carniceros que hacen el negocio más en grande es Schumacher, que tiene el despacho en Weissensee. Este, además de la venta al público, es el proveedor del Jardín Zoológico, donde diariamente se necesita una enorme cantidad de carne para alimentar las fieras.

Por cada caballo que se sacrifica en el Matadero central tienen que abonar los carniceros los derechos prescritos por el Gobierno civil. Estos derechos constituyen la remuneración del personal de la inspección sanitaria. Además, deben pagar una pequeña cantidad al empresario á quien pertenece el Matadero.

La concesión á este empresario termina dentro de seis años. Pasado este plazo, se incauta de este servicio el Municipio. Para la instalación de él se proyecta la construcción de un Matadero de caballos de nueva planta en Eldenaerstrasse, inmediato al de cerdos. La instalación actual no responde al movimiento ni á las necesidades de Berlín.

VII

El consumo y la venta de carne de caballo está regulado en todo el Imperio por la ley de inspección de carnes de 3 de Junio de 1900. Según ésta, no puede venderse esta carne más que en establecimientos destinados exclusivamente á ello. Estos establecimientos deben tener necesariamente una muestra donde, escrito con letras por lo menos de 15 centímetros de altura, se lea de un modo visible: *Despacho de carne de caballo*. Aunque esta carne no es perjudicial, como es más barata, se ha querido dar al público toda serie de garantías para evitar que sea engañado. El vendedor está obligado á declarar que es carne de caballo lo que vende. Esta misma obligación tienen los que despachan embutidos fabricados con estas carnes. La policía sanitaria tiene autorizadas varias de estas fábricas, donde bajo su inspección se usa la carne de caballo en la preparación de embutidos. No se permite la adición á éstos de otras carnes, sino que deben constar sólo de carne de caballo y deben ser despachados con el nombre de *embutidos de carne de caballo*. Pero esta disposición es bastante más que dudoso que se cumpla. El mismo inspector de Sanidad me

confesó en conversación privada que estos letreros *embutido de caballo* no se ven por ninguna parte, y que, sin embargo, gran cantidad de estas carnes se emplea en su fabricación; pero esto, después de todo, bajo el punto de vista higiénico, según él, tiene poca importancia, porque lo principal es que la carne que ha servido para su confección sea reconocida con esmero, y esto se hace á conciencia en el Matadero central; pero es indudable que en los embutidos alemanes se come mucha carne de caballo sin que nadie se preocupe de ello.

E. MAÑUECO VILLAPADIERNA

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

(De la *Revue des Deux Mondes*.)

LA REVOLUCIÓN DE ESPAÑA

(1868)

Prim. — Napoleón. — Bismarck.

Cuando conocí á la reina Isabel era ya una señora de edad, excesivamente gruesa; pero en su expresivo rostro había aún cierto vestigio de majestad, hasta de gracia, y comprendíase que en otro tiempo hubiera podido imponerse y agradar. Desde muy joven se entregó á dos frenesíes, que alternaban: el frenesí erótico y el frenesí clerical. Los favoritos reinantes obtenían para sí y para sus amigos gracias y privilegios cuyo exceso disgustaba á la corte y al ejército; los confesores inspiraban una política retrógrada, de la que se indignaban los liberales, y poco á poco, á la adoración que rodeara á la inocente Isabel sucedió una hostilidad creciente contra la reina galante y devota. El trono se inclinaba visiblemente hacia el abismo.

Hubiera caído mucho tiempo antes si le hubiese combatido un partido único, compacto, con conocimiento de sus deseos y en posesión de un régimen dispuesto á instalarse al día siguiente de la revolución. No se estaba en este caso. Solamente el partido republicano, representado por hombres de la talla de Rivero, Orense, Figuerola, Castelar, sabía lo que quería y no lo disimulaba. Derribar los obstáculos tradicionales opues-

tos al progreso y á la libertad por toda Monarquía; crear una República: tal era el fin de la oposición de aquéllos, oposición lo estrictamente constitucional para no ser colocada fuera de la ley. No obstante su actividad y su brillantez, este partido era poco numeroso y le combatían otras dos facciones igualmente opuestas al clericalismo y á los escándalos del gobierno de Isabel, pero ambas monárquicas: el partido de la Unión liberal y el partido progresista. El primero no era mucho más numeroso que el republicano; contaba con algunos hombres de Estado importantes, como Ríos, pero era especialmente poderoso por los generales O'Donnell, Serrano, Dulce, y por éstos tenía una acción considerable en el ejército. El partido progresista, mucho más numeroso, tenía por jefe honorífico á Espartero; su liberalismo era tan superior al de la Unión liberal, que por muchos puntos hubiera podido confundirse con los demócratas, si no le separaran de éstos su adhesión al principio monárquico y á la dinastía. Gracias á esta mala inteligencia de los partidos, que solamente estaban de acuerdo para criticar, pero no para entenderse en una acción concertada, Isabel, poco respetada, sin ningún apoyo serio en el país, continuaba manteniendo su mal gobierno.

Así ocurrió hasta el día en que intervino en la acción un personaje que precipitó los acontecimientos hacia las soluciones decisivas: el general Prim. En este personaje las formas caballerescas no eran sino un refinamiento de la intriga. Complacíase en las actitudes de estatua ecuestre; era de bronce, en efecto, pero de un bronce siempre en fusión, presto á deslizarse en todos los moldes. Ignorante, ambicioso, venal, audaz, pero inteligente, hábil en juzgar una situación y asimilársela con el dón de arrastrar y crearse entusiastas partidarios. El buen éxito había desarrollado en él á un mismo tiempo los recursos de su inteligencia y las facilidades de su conciencia. «Los partidos no son nada para él, los disuelve; los compromisos no le han molestado nunca, los olvida», decía Castelar. Combatió á casi todos los poderes. La reina le indultó en 1845

de su condena á seis años de reclusión, y le defendió también á su regreso de Méjico. Cuando pidió á Serrano, gobernador militar de Cuba, y á Del Mazo, gobernador civil de la Habana, que le enviasen buques para repatriar á las tropas españolas, negáronse aquéllos á abandonar de tal suerte á los soldados franceses; pero Del Mazo, que fué á Madrid á fin de justificar la negativa, supo con asombro que Serrano no había persistido en ella, y que Prim volvía á España. Los ministros, muy descontentos con su regreso, querían proponer medidas contra él. La reina se opuso. «Si no se le hubieran proporcionado los buques, dijo, hubiera tenido que volver á nado.» Prim fué, pues, recibido admirablemente. La reina contaba con su adhesión. No tardó en darse cuenta de que únicamente se afeccionaba á sí mismo. Convencido de que Dios le había creado para gobernar á España, poco le importaban los medios: constitucionalmente, si Isabel se ponía bajo su dirección; revolucionariamente, si aquélla le rechazaba; con los progresistas, si le aceptaban por jefe; sin ellos, si se negaban á seguirle. La fuerza que buscaba era popularidad en el pueblo y en el ejército; sin embargo, como pretendía servirse principalmente del ejército, no llegaba, en la jerga popular, hasta lo que podía indisponerle con el primero; pronunciaba abiertamente las palabras libertad, progreso, soberanía nacional; pero no hablaba de república, porque esto le hubiera enajenado á los generales poco republicanos. Inauguró su acción modestamente en el Senado contentándose con reclamar unas elecciones libres, persuadido de que le asegurarían el poder. Isabel y su ministro Arrazola aceptaron este programa, pero la camarilla, el rey y el confesor lo desbarataron. La reina destituyó á Arrazola y le reemplazó por Mon, hostil á los deseos de Prim. Éste se incomodó. «Puesto que no queréis elecciones libres, vamos á quitaros los electores, y los diputados y senadores de nuestras ideas no volverán á tomar parte en vuestras sesiones; asistirán como espectadores burlones al desarrollo de las faltas bajo las cuales sucumbiréis.» Esto es lo

que se ha llamado el *retramiento*. No era todavía la revolución, puesto que el fin confesado de esta táctica era el de hacer capitular á la Monarquía, y no el de derribarla.

Lejos de capitular, la Monarquía empleó el rigor: se persiguió á los periódicos; varios generales, entre los que se encontraba Prim, fueron desterrados de Madrid. Los progresistas, á pesar de seguir haciendo protestas de su sentimiento dinástico, acentuaron su acción y organizaron *pronunciamientos*, es decir, sublevaciones en el ejército. Isabel, á la vez asustada por las amenazas y tranquilizada por las declaraciones de lealtad, encargó al general Narváez, uno de sus más fieles servidores, que intentase una aproximación. Concedióse una amnistía por delitos de prensa, y se levantó el destierro á los militares.

La tentativa fué vana, porque no se ofrecía á los progresistas la única reforma verdaderamente perseguida por ellos: la adquisición del poder. Narváez no quería mostrarse reformador en este punto. Dió un cambio; volvió á la política de su temperamento; preparó un proyecto de ley draconiano contra la prensa, y desposeyó á Castelar de su cátedra de la Universidad de Madrid, culpable de hacer censurado la pretensión de la reina de reservarse la cuarta parte del producto de la venta de los bienes de la Corona. Los estudiantes protestan con alborotos; la muchedumbre se une á ellos; la tropa hace fuego sin avisar, y hay diez muertos y sesenta heridos (10 de Abril de 1865). Prim se levanta en el Senado á protestar contra aquella carnicería; luego marcha á Valencia disfrazado de marinero, á intentar un pronunciamiento; no lo consigue, y esta vez, disfrazado de tratante en bueyes, va á probar fortuna en Pamplona. Tampoco logra sus deseos. Entonces se refugia en París.

Estábase en el caso de recompensar á Narváez por el triunfo que acababa de obtener contra los adversarios de la Monarquía. Pero los reyes tienen una lógica especial. Le separan porque le juzgan comprometedor, y llaman al jefe de la Unión liberal, el general O'Donnell, para que calme y se atraiga al

fracasado autor de los pronunciamientos. En efecto, este ministro parece al principio dispuesto á conceder unas elecciones libres. Prim vuelve de Francia, visita á O'Donnell; pero, poco satisfecho de las vagas promesas de éste, reanuda en seguida sus tramas en el ejército. Habiendo corrido el rumor de que Napoleón III volvería de su viaje á Argelia por España, le hace saber que se exponía á caer en medio de las más graves complicaciones. En efecto: en la noche del 2 al 3 de Enero de 1866, estalló en Madrid un nuevo pronunciamiento, que también esta vez fué dominado. Prim, vivamente perseguido, se vió obligado á refugiarse en Portugal, desde donde pasó de nuevo á Francia. En aquella ocasión le vi en casa del príncipe Napoleón; su fracaso no le había en modo alguno desalentado: no dudaba del triunfo final de la revolución. El 22 de Junio subleváronse dos regimientos de artillería de la guarnición de Madrid, al mando del general Pierrard. O'Donnell, secundado por Serrano y Concha, generales unionistas, marcha contra los sublevados y los derrota antes de terminar el día. Del 22 de Junio al 6 de Julio, ordenó setenta ejecuciones. Prim, que esperaba el resultado en Hendaya, huyó de nuevo á París, de donde, expulsado, pasa á Bélgica, y echado también de aquí, á Londres.

Entonces se efectuó la última transformación del partido progresista. Del retraimiento había pasado al pronunciamiento contra los ministros; ahora llega al pronunciamiento contra la reina y la dinastía. Esta última evolución fué determinada por Olózaga. Desde el día en que cayó del poder, acusado por la reina de haber empleado la violencia para hacerla firmar un decreto, la consagró un odio sin cuartel, hostilidad temible, porque Olózaga era de todas maneras un hombre de primer orden. En su persona amplia y robusta, en su rostro majestuoso, aparecía desde luego la fuerza. Mirándole con detención descubríase una sutileza penetrante, igual por lo menos á la fuerza, y este doble carácter se encontraba en su elocuencia vibrante y habilísima. No era la retórica poética de Castelar,

que deleitaba sin dejar nada tras ella; era una elocuencia práctica de irresistible efecto, que aportaba la convicción y determinaba actos. De vasta instrucción, jurisconsulto versado en todas las partes del arte política, sabía conducir y manejar un partido y aprovecharse de las circunstancias, prefiriendo obrar por la persuasión, pero siempre dispuesto también á imponerse con un acto de autoridad. Era una potencia.

*
* *

¿Quién hubiera podido prever que, en la evolución que hacía de los progresistas un partido puramente revolucionario, iban inmediatamente á tener por aliado á aquel O'Donnell que acababa de fusilarlos? Fué preciso para conquistarles aquel concurso inesperado una de las más increíbles inconsecuencias de la reina durante aquella crisis en que todo fué inconsecuente. En vez de entregarse al ministro que tan gravemente acababa de comprometerse por ella, le despidió como había despedido á Narváez; censurábale por haber prolongado con exceso las ejecuciones que hubieran debido hacer todas en un solo día, y hacía á sus doctrinas liberales responsables de los levantamientos progresistas. O'Donnell, extremadamente dolido de la ingratitud, se retira á Bayona; síguele Serrano, y al día siguiente de aquel en que la escisión entre unionistas y progresistas parecía irrevocable, unen sus resentimientos. Los unionistas adoptan á su vez el programa revolucionario; en adelante la dinastía va á ser batida en brecha á la vez por los republicanos, los unionistas, los progresistas, cuya división fuera hasta entonces la única salvaguardia de aquélla. La muerte de O'Donnell (5 de Noviembre [de 1867]), contenido aún por ciertos escrúpulos, y contra el que Prim tenía personales agravios, acortó las distancias. Para llegar á un completo acuerdo, los conjurados hubieran debido entenderse sobre el Gobierno que había de sustituir á Isabel destronada. Pero no se pudo llegar en esto á una inteligencia, porque los demócratas no abdicaban de su República, en la que no consentían

unionistas y progresistas. Estos querían un rey. ¿Pero cuál? —«Hay uno completamente dispuesto: el duque de Montpensier, marido de la infanta; este príncipe es liberal y mal visto de la corte, porque condena la política retrógrada. Será un rey constitucional, tal como España lo reclama.»—De que el príncipe estuviese dispuesto á prestar aquel servicio á su país de adopción, no había que dudarlo. Hacía más que aceptarlo, lo solicitaba. En la misma España encontraba dentro de su familia el recuerdo de una aspiración de aquel género. ¿No se ofreció el duque de Orleans, luego regente, enviado por Luis XIV en socorro de su nieto Felipe V, á ocupar el puesto de éste? Él mismo confesó á su amigo Saint-Simon «que varias personas importantes, grandes de España, y otras, le habían persuadido de que no era posible que el rey pudiera sostenerse, y de aquí que le propusieran que apresurase la caída de aquél y ocupara su puesto; que había rechazado la proposición con la indignación que merecía, pero que era cierto que manifestó su aceptación para el caso de que Felipe V cayera por sí mismo, sin esperanza alguna de levantarse, puesto que entonces no le haría ningún perjuicio, y en cambio haría un bien al rey y á Francia conservando á España en su casa, lo que no le sería menos ventajoso que á él mismo». Establecido en España por su matrimonio con la infanta Luisa, Montpensier renovaba la tradición de su antepasado. En 1862 hizo que ofrecieran su apoyo á los progresistas. Estos, no creyendo llegada aún la hora de las sublevaciones, no le aceptaron. Más adelante, cuando se lanzaron al levantamiento en armas, el duque envió á uno de sus amigos á avistarse con Prim, y reiteró sus ofrecimientos; pero su mensajero no logró inspirar confianza, y no se entendieron. No habiendo podido atraerse á los jefes, se dirigió á los soldados; y si está probado que ni Olózaga, ni Prim, ni Aguirre, ni Sagasta, ni Ríos, ni Ruiz Zorrilla recibieron un solo real de aquél, no es menos cierto que repartió dinero entre oscuros emigrados, y que empleó sumas bastante considerables en comprar el concurso de pe-

riódicos extranjeros y españoles. Obtuvo mejor acogida entre los unionistas; éstos vacilaron en ligarse con él mientras vivió O'Donnell, que hubiera preferido al hijo de Isabel, Alfonso, con una regencia; muerto O'Donnell, los jefes del unionismo, el general Serrano y el almirante Topete, hicieron del duque de Montpensier su candidato á la Monarquía revolucionaria.

Trataron de ganarse á Prim. Hiciéronle presente que si se unía á ellos, la revolución se consumaría en un día al grito de «¡Abajo Isabel!», seguido inmediatamente de «¡Viva el rey Felipe!» Y esta revolución española no hubiera sido sino la renovación de la de 1688 en Inglaterra, por Guillermo de Orange contra su suegro, y de la de 1830 en Francia, por Luis Felipe contra su sobrino. Si la segunda había concluído mal, la primera había triunfado; tal vez ocurriría lo mismo en España. Prim no quiso prometer su concurso todavía: deseaba conservar su libertad y continuar siendo dueño de aprovecharse de lo imprevisto de los acontecimientos. ¿Quién sabe si bajo un título cualquiera no sería él mismo el salvador que esperaba España? Sin embargo, si los unionistas necesitaban de su concurso, él no podía prescindir del de ellos; de otra parte, tampoco podía enajenarse las simpatías de los republicanos, declarándose abiertamente partidario de cualquier candidato monárquico. Salió de la dificultad respecto de unos y otros con un equívoco enfático, y les dijo: «No prejuzguemos nada; dejemos la cuestión abierta; no nos ocupemos más que en demoler. El pueblo nos desempatará después.» Y prefiriendo cada cual el equívoco al abandono de sus pretensiones, el programa adoptado por los tres partidos coligados fué: «¡Abajo los Borbones! ¡Soberanía nacional! ¡Cortes constituyentes!»

La reina, asustada, se volvió hacia Narváez. Este ministro se lanza de lleno á la reacción clerical absolutista. Legisla por decretos: prohibición á la prensa de comentar los actos del Gobierno; entrega al clero de la Instrucción pública; nombramiento, bajo una presión enérgica, de una Cámara servil, en la que no había más que tres diputados de oposición, de los

cuales era uno Cánovas. Dueño absoluto del gobierno, ejerce en la corte, en el ejército, en las Cortes, una autoridad sin rival; rompe todos los obstáculos; reprime todas las tentativas de rebelión, y prueba por su éxito que los únicos Gobiernos que se pierden son los que no saben ni conceder por completo ni reprimir en absoluto. En vano Prim, infatigable en su esperanza, hace un llamamiento á los revolucionarios cosmopolitas, anuda tramas en Italia con los garibaldinos, y bajo la tolerancia tácita de la policía italiana organiza en Pistoia un centro de reclutamiento. La mano de hierro de Narváez hace inútiles tales esfuerzos: Prim es vencido. Pero el destino acude en su ayuda. El 23 de Abril de 1868 muere Narváez de una neumonía, á los setenta años, en todo el vigor de su voluntad y de su inteligencia. Su última frase fué: *Esto se acabó*. Cuéntase que habiéndole preguntado su confesor:—¿Perdona usted á sus enemigos?,—respondió:—Ya no los tengo, padre.—¿Cómo?—Sí, fusilé á todos.

* * *

Su sucesor fué González Brabo. Era hombre de mérito, de gran valor, orador notable, perspicaz. No se hacía ilusiones sobre las faltas de la Monarquía; pero se daba cuenta también de sus peligros, y juzgaba que no era posible ninguna mejora en el estado actual mientras que no se restableciera el respeto al orden legal y no estuviese asegurada la salvación de la dinastía. A esta tarea se consagró. Por desgracia, para luchar contra los pronunciamientos militares hubiera sido preciso ser un soldado, y no supo hacerse perdonar el no serlo: contraría al ejército al crear dos plazas de capitán general en sustitución de la vacante producida por la muerte de Narváez, en provecho del marqués de Novaliches (Pavía) y del marqués de la Habana (Concha), y exaspera á la Marina poniendo á su frente un hombre civil, Martín Belda, odioso á los oficiales de la flota. La consecuencia de estas medidas fué el pase de diez y ocho oficiales generales á la revolución. En la misma corte,

el Gabinete no encontraba sino un apoyo precario. La reina le había impuesto en el Ministerio de Ultramar á Marfori, á quien su incapacidad no le permitió permanecer en dicho puesto, y al que nombró entonces intendente de la Lista civil, desembarazándose así al mismo tiempo de un censor importuno, el conde de Puñonrostro. No era mejor la situación en las Cortes: la animosidad reinaba allí en donde la acción de Narváez hubo establecido el acuerdo, y el nuevo ministro se vió obligado á suspenderlas.

Tuvo que llegar á decisiones más graves. Habiendo venido, algo á su pesar, el general Serrano á Madrid, con su mujer enferma, deseosa de ser atendida por su médico de cabecera, los generales unionistas le decidieron á organizar un pronunciamiento más serio que todos los precedentes: Dulce saldría clandestinamente de la capital, á la cabeza de dos escuadrones de caballería; Serrano, con algunas compañías de infantería, iría á la Granja durante la noche á sorprender á la reina en su sueño, arrancarle una abdicación, proclamar un Gobierno provisional y convocar unas Cortes constituyentes. Al mismo tiempo, se sublevarían algunas tropas de la guarnición de Granada y se formarían unas guerrillas en Cataluña; todo esto organizado con el concurso activo y hasta pecuniario de Montpensier. El Gobierno se enteró por informes de la policía, es decir, por pruebas que no eran de las que pueden llevarse á los tribunales. Se pensó al principio en dejar que el complot llegase á un principio de ejecución, y reprimirle con un vigor que hubiera devuelto su prestigio á la autoridad real y restablecido el orden por mucho tiempo. Otros opinaron que bastaría con alejar de Madrid por orden ministerial á los oficiales sospechosos. González Brabo prefirió prevenir á reprimir.

En la noche del 7 de Julio, Serrano, Vialvarestes, Dulce, Zabala, Bedoya y Córdoba fueron detenidos y enviados á Canarias. «El Gobierno, dijo la *Gaceta*, no quiere hacer que corra la sangre; espera que estas enérgicas medidas bastarán

para hacer que aborte la insurrección.» Decretóse además la expulsión de Montpensier: decíase en el decreto que la reina tenía confianza en su lealtad y su fidelidad, pero «algunos agitadores abusan de su nombre, y para evitar que sea comprometido, le invito á salir de España para no volver, hasta que pueda hacerlo sin ser una causa de dificultades para el Gobierno». Los generales cruzan las calles y las plazas de Madrid sin que el pueblo trate de libertarlos. En la corrida de toros, á la que González Brabo asiste al día siguiente con varios colegas, no se produce manifestación alguna. Celébrase una revista de las tropas de la guarnición, en el Paseo del Prado, en medio de una perfecta tranquilidad, y el 17 de Julio el duque y la duquesa de Montpensier embarcan en Cádiz ante la misma indiferencia aparente.

La reina invitó á Mercier, el embajador de Francia, á ir á La Granja, y le recibió en presencia del rey.—Deseo—le dijo—que pueda usted darse exactamente cuenta de lo que pasa y comunicárselo á su Gobierno, y sobre todo que se encargue de dar particularmente las gracias al emperador por todo lo que hace por nosotros. Dígale usted cuánto se lo agradecemos. Sabemos que nada podemos hacer por él en estos momentos, pero que si se presenta la ocasión alguna vez, sabremos probarle que somos agradecidos. ¿Y qué piensa usted—añadió—del duque de Montpensier?—A juzgar por lo que se dice, su conducta sería tan culpable y tan tonta, que me es muy difícil creerlo.—Es cierto—respondió la reina,—y sin embargo, no podemos dudarle. ¿Cómo es que mi hermana no me haya escrito todavía una sola palabra, y cómo, sabiendo cuanto se dice, no ha hecho nada Montpensier para desmentirlo?—Brabo—dijo entonces el rey—ha sido muy hábil al ponerle en la necesidad de protestar ó de comprometerse. Ante todo, es preciso que las situaciones sean claras. No queremos hacer sino lo que es necesario para nuestra seguridad y dejar la puerta abierta para todos los arrepentimientos. Estamos además persuadidos de que varios generales no han obrado sino arrastrados, y que

otros están menos comprometidos de lo que se supone. Si el duque de Montpensier se encuentra en este último caso, nada le es más fácil que convencernos de ello; nos alegraríamos mucho de reconocerlo.—La reina convidó á comer á Mercier. No se mostraba tan preocupada como se hubiera creído; parecía, por el contrario, tener el espíritu perfectamente libre y hasta alegre, amable con todo el mundo, y en particular con González Brabo. Persuadida de que ya nada tenía que temer, marchó á Lequeitio, cerca de San Sebastián.

El duque de Montpensier estaba autorizado para elegir el lugar de su destierro. Al llegar á Lisboa, pidió al Gobierno portugués autorización para bajar á tierra. Los portugueses respondieron que no había razón alguna para negarle la hospitalidad, y los españoles no hicieron ninguna observación. Apenas desembarcado, lanzó una protesta insolente que contenía acusaciones, y no explicaciones como las esperaba Isabel. Terminaba así: «La medida dictada por el Gobierno de Vuestra Majestad es una violación flagrante de las leyes fundamentales del Estado, así como de los principios más inmutables de justicia, contra la que protestamos enérgicamente sin invocar ni distinción de rango ni lazos de parentesco... Acudimos solamente, en nombre de nuestros derechos de español, á apelar ante Vuestra Majestad del acto de violencia que nos aleja de nuestra querida España; al dirigir esta protesta, esperamos que la reparación será tan pública y tan solemne como la injuria» (3 de Agosto de 1868).

*
*
*

El almirante Topete, ayudado por el general Izquierdo, á quien como á él olvidaron en la redada del 7 de Julio, apréstase de nuevo á preparar la revolución. No trata de obrar en Madrid, del que parece ser dueño el Gobierno: empeñará la acción, mediante la escuadra, en los extremos del país. Topete destaca á uno de los barcos de su escuadra para que vaya á Canarias á recoger á los generales desterrados, los cuales, en

cuanto lleguen, se pondrán al frente del movimiento (8 Septiembre). Pero Prim no quiere que se le adelanten: la revolución llevará su nombre y será su obra. Había obtenido del emperador, con gran trabajo y por mediación de La Vallette, una autorización para ir á Vichy á curarse de una grave enfermedad al hígado. Apenas llegado, se entera de lo que va á hacer Topete, interrumpe su tratamiento y marcha á Londres. En la estación se encontró, según dijeron, con La Vallette. «¿Cómo es—le dijo éste—que deja usted á Vichy, cuyas aguas le eran tan necesarias, á los cuatro días de tratamiento? Esto no puede significar sino que va á estallar la revolución. Bueno, que estalle. El emperador no se opone; exige solamente que no se proclame rey al duque de Montpensier» (1). Gracias á la complicidad de un agente encargado de vigilarle; Prim escapa en Londres á las investigaciones de la policía; se niega á embarcar en un buque fletado por Montpensier; toma pasaje, disfrazado de criado, en un vapor de la Mala de las Indias; desembarca en Gibraltar (17 de Septiembre); llega al buque almirante *Zaragoza*. Topete, contrariado al verle, no quiere obrar antes del regreso de los generales desterrados. Prim, por el contrario, quiere marchar en el acto, sin lo que no sería el primero. Tras una noche de discusión, triunfa de la resistencia del almirante, y el 18, por la mañana, toda la escuadra avanza majestuosamente hasta el puerto de Cádiz y se coloca en orden de batalla á cierta distancia. Topete arenga á las tropas; Prim decreta la insurrección, toma el mando, reconócenle los oficiales, y veintiún cañonazos anuncian que doña Isabel ha cesado de ser reina de España.

Al día siguiente, la ciudad de Cádiz está sublevada. Por la noche, los generales, de vuelta de Canarias, desembarcan, y Serrano se pone al frente del movimiento; Prim pasa á segun-

(1) Este relato lo hicieron Muñiz y Ruiz Zorrilla. Puede ser que La Vallette hablara así sin dar á su lenguaje una precisión matemática. Pero no expresaba más que su pensamiento y no el del emperador. Nuestro relato va á demostrarlo.

da fila, como lo había previsto. Serrano era un buen soldado, un político sagaz, conocedor de los hombres, de probada penetración para discernir las circunstancias favorables y secundarlas con precisión. Todos estaban dispuestos á ir adonde él fuera, porque le consideraban como un presagio de buen éxito. Habitualmente de una placidez algo indolente, salía de ella á veces bajo el imperio de una primera impresión por vivacidades intemperantes, pero se reponía pronto. Había gozado de los favores de la reina, que le llamaba su *bonito*, y no lo olvidó por completo ni aun cuando le fué más hostil. «*La desprecio, pero la quiero*»—decía. Ella, por su parte, no debía guardarle un inexorable rencor. Al recibirle mucho después en su palacio de Castilla, sus primeras palabras de bienvenida fueron: «¿Qué ha sido de ti desde que no te he visto? Yo me he divertido mucho». También para nosotros era un amigo; mostrábase reconocido á Napoleón III por la acogida de que siempre fué objeto en Biarritz y en París, y consideraba á Francia como la aliada necesaria de España, porque con aquélla solamente podría realizar la segunda los fines de su ambición legítima.

El pronunciamiento de Cádiz se extendió á toda España. Sevilla se pronunció con su guarnición, después Córdoba; Serrano, al frente de las tropas, se dirige sobre Madrid. Prim se embarca para recorrer las costas y propagar la sublevación.

*
* *

Estas nuevas no turban al principio á González Brabo, que se encuentra en Lequeitio al lado de la reina. «La lucha mezquina y policiaca me desagrada—decía;—prefiero la gran lucha, blandir resueltamente el puñal y batirme hasta la muerte.» Pero esta noble altivez no se sostuvo. Sintió, á pesar de su valor, que no podía retener en su mano al ejército, y que se necesitaba un general para hacer frente á generales. Solicita ser relevado de sus funciones y aconseja que se llame á don Manuel Concha (marqués de la Habana) y á su hermano don

José. La reina le atiende y llama al marqués de la Habana, á quien le cuesta gran trabajo formar ministerio. Consíguelo, sin embargo, y reúne un ejército de leales, cuyo mando entrega á Pavía (marqués de Novaliches). Su confianza en este ejército y en su jefe no tarda en desvanecerse. El 29 de Septiembre por la noche recibe este telegrama: «Nuestras tropas, después de dos ataques para apoderarse del puente de Alcolea, se han visto obligadas á replegarse mediante una retirada escalonada, volviendo á ocupar por la tarde, tras una lucha encarnizada de cinco horas, las posiciones que abandonaron por la mañana. El general en jefe (gravemente herido) ha entregado el mando al general Paredes». Concha trasmite en seguida estas noticias á la reina y la llama á Madrid, puesto que va á reunir un consejo de generales. Júzgase la situación desesperada, y se decide que D. José de la Concha se dirija inmediatamente á ver á la reina y la devuelva los poderes, mientras que D. Manuel mantenga el orden en Madrid, hasta que pueda entregar el mando «á los generales libertadores». Pero á eso de las diez de la noche de aquel mismo día estalla el movimiento en Madrid con tal violencia, que ya no hay que pensar en gobernar. Preséntase una junta revolucionaria al general Concha y obtiene de éste que entregue sus tropas al general Ros de Olano. Distribúyense al pueblo armas cogidas en los depósitos del Estado ó en los cuarteles.

Mientras tanto, la reina iba á salir de San Sebastián para dirigirse á Madrid, cuando, estando en el coche y habiendo dado ya el silbato la señal de partida, la entregaron dos despachos. Los leyó, se cubrió el rostro con las manos, se apeó del coche y volvió á su palacio. Al día siguiente, deshecha en llanto, bajaba lentamente las escaleras, deteniéndose para abrazar y ser abrazada, en medio de la emoción de los soldados, del silencio respetuoso de la multitud, y aumentaba la lista de los reyes que emprenden el camino del destierro sin que los defiendan. «Creía—dijo—tener raíces más fuertes en este país» (30 de Septiembre).

Ninguna voz se alzó para defenderla: la masa asistía á aquella caída como á un espectáculo; los hombres de partido interrumpían aquel silencio con sus gritos de triunfo. En la misma Roma, no se demostró ningún sentimiento por la caída del trono ultracatólico, y se declararon dispuestos á reconocer «todo gobierno constituido que no pusiera en peligro los intereses espirituales de la Iglesia». Doña Isabel esperaba otra cosa de la Santa Sede; se mostró abatida y se quejó de lo que se contemporizaba con la Revolución y del mantenimiento del nuncio en Madrid.

*
* *

El ejército vencido en Alcolea se rindió á discreción y pasó á engrosar las filas victoriosas. Serrano, que entró modestamente en Madrid seguido de su Estado Mayor, de algunos guardias civiles y de un pelotón de marinos, fué recibido con entusiasmo (3 de Octubre). Sin apearse del caballo, fué á saludar á la Junta. Prim llegó á los pocos días. Su entrada se realizó con gran pompa, en medio de un verdadero frenesí, bajo una lluvia de flores; aunque aparentemente en segundo término, permanecía para el pueblo en el primero, como la encarnación de la Revolución. Los dos victoriosos se abrazaron en el balcón del Ministerio de la Gobernación, y Prim, pronunciando un discurso, exclamó repetidas veces: *¡Abajo los Borbones!* La Junta nombró á Serrano generalísimo; á Prim, capitán general y ministro de la Guerra; á Topete, ministro de Marina; á Sagasta, de Gobernación; á Lorenzana, de Estado; á Figuerola, de Hacienda; á Zorrilla, de Fomento; á Ayala, de Ultramar. Los progresistas dominaban; los republicanos quedaban descartados.

Los nuevos ministros comenzaron por sufrir el primer castigo por parte de los promovedores de revoluciones: el de verse acometidos por los apetitos que han desencadenado, y el de condenarse ellos mismos al desaprobación de las ideas que profesaron, al reprimir los desórdenes de que dieron ejemplo, y que,

no aprovechándolos ya, les parecen culpables. Todo fué bien mientras que no se trató sino de recompensas, y se prodigaron: oficiales, soldados, desde cabo hasta teniente coronel, recibieron el grado superior; redújose á dos años el tiempo de servicio; se realizó un empréstito de cien millones de pesetas; los bienes de los colegios, congregaciones y otros establecimientos religiosos abolidos pasaron á manos del Estado; se respetó únicamente á las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y de Santa Isabel y á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que se consagran á la enseñanza y á la beneficencia.

Pero al pueblo le parecía todo aquello insuficiente: se establecieron en todo el territorio Juntas revolucionarias; destruyeron los impuestos, las aduanas; crearon nuevos gastos al abolir los recursos; la multitud se entregó á violencias sobre las personas y las cosas; mató en la Puerta del Sol al secretario de González Brabo; y, habiendo negado el clero su concurso á una ceremonia fúnebre conmemorativa de los sargentos fusilados en 1866, unos cuantos hombres armados invadieron la Nunciatura y llenaron de injurias y de amenazas al nuncio, monseñor Franchi. Prim trata valientemente de reprimir tales excesos. Corre á la Puerta del Sol, llama canallas y bestias indignas de la libertad á los asesinos del pobre secretario, y dice que si se repite un acto parecido, Serrano, Topete y él se marcharían, abandonándoles á su suerte. Obtiene de la Junta de Madrid que se declare disuelta, é invita á las otras á que imiten el ejemplo; á los que le amenazan con el pueblo armado, responde: «¡No necesitaría dos horas para desarmarle!»

Serrano no es menos enérgico: promete toda clase de reparaciones al nuncio, le hace quedar en Madrid, le envía una guardia. «La situación—le confiesa—no es sostenible: no hay gobierno; cada cual tira por su parte; en las provincias la anarquía es completa; no hay medio de escapar á una lucha: cuanto antes mejor; no espero sino la ocasión; creía que se

presentaría dentro de unos quince días; probablemente será antes. Necesitamos absolutamente un rey, y en seguida. Mientras que el trono esté vacante, las cosas tienen que ir de mal á peor.»

Prim y Serrano encontraron en sus ideas de orden por la Monarquía un auxiliar valioso en Olózaga. Fué el promotor de la campaña antidinástica: durante veinte años estuvo preparando la revolución; hubiera sido natural que ocupase el primer puesto entre los que la gobernaban; sin embargo, no sintiéndose hombre de acción, prefirió reservarse al principio el papel de conciliador y de moderador, y luego, una vez puestos en curso regular los asuntos interiores, contaba con ir á París como embajador para asegurar la situación exterior de España mediante una seria alianza con Francia y su soberano, al que quería. Esperaba lograrlo tanto más, cuanto que su convicción personal le hacía enemigo de las dos soluciones que desagradaban á Napoleón III: la República ó Montpensier. «De los Borbones—decía,—no quería ya ni las ramas ni el tronco.» Pero no se excluye sino lo que se reemplaza, y, como hombre práctico, comprendía que el único medio de impedir que Montpensier fuera la carta forzada era buscar inmediatamente otro rey. ¿En dónde?

Los hombres de Estado de la Puerta del Sol hablaban del duque de Génova, de un hijo de la reina de Inglaterra; pero estos nombres no adquirieron consistencia alguna. De Alemania llegó una sugestión más seria: algunos periódicos lanzaron el nombre de Leopoldo, príncipe heredero de la rama católica de los Hohenzollern, cuyo jefe era el príncipe Antonio, yerno del rey de Portugal, coronel honorario de un regimiento prusiano, del que se decían muchas cosas buenas, y poseedor en su día de una considerable fortuna. Pero en seguida se presentó esta objeción á todos los espíritus: semejante candidatura sería inevitablemente la guerra con Francia. La *Neue Press*, de Viena, contaba «la viva emoción que aquella nueva había causado en las Tullerías» (Marzo de 1869). El mismo padre del

candidato, el príncipe Antonio, fué el que se dió cuenta con mayor clarividencia de las inevitables consecuencias de tal candidatura, si llegaba á salir del dominio de las quimeras. Escribió á su hijo el príncipe Carlos de Rumanía: «Si semejante idea concluyese por ser tomada en consideración... Francia no *permitiría jamás el establecimiento de una dinastía de Hohenzollern en la otra vertiente de los Pirineos*. Ya siente celos de que un miembro de los Hohenzollern reine en el Bajo Danubio».

Loftus, el embajador inglés en Berlín, al transmitir este rumor á su Gobierno, escribía: «Observo que si eligieran al príncipe, la elección sería vista con celos y desagrado en París». Olózaga amaba demasiado á su país y á Francia para poner entre ellos tal motivo de enojo; y, como todos los hombres sensatos de Europa, deseoso de la paz, descartó aquel nombre, sin creer siquiera que se pudiese pensar en él. Encontró al verdadero candidato: Don Fernando de Portugal, un Coburgo, sobrino de Leopoldo, rey de Bélgica, viudo de Doña María, regente desde la muerte de su mujer. Este nombre, que parecía una promesa de la Unión ibérica, grata á todos los españoles, conquistó en seguida los sufragios unánimes. Unionistas y progresistas lo aceptaron; los republicanos apenas hicieron un simulacro de oposición, y el carlista Cabrera exclamó: «Por esta solución me dejaría cortar un brazo, y combatiría con el otro».

Los portugueses eran desfavorables por el mismo motivo que hacía propicios á los españoles, porque los primeros no querían la Unión ibérica. En vano se pretendía tranquilizarlos prometiéndoles que no se trataba de reducir á Portugal al estado de provincia española; que las dos naciones conservarían sus hermosas tradiciones, su gobierno, y no estarían unidas sino por un lazo federativo. No querían creer nada, y no veían en realidad sino la absorción del país pequeño por el grande, la unidad de Monarquía entrañando la unidad de legislación y de gobierno. Sin duda estas disposiciones influían

sobre las de Don Fernando; no hubieran sido insuperables, sin embargo, si el principal obstáculo no hubiese procedido de la persona misma del príncipe. Ilustrado, leal, de firme y recto juicio, era ante todo un artista. Vigilado y celado de cerca por su buena, gruesa y celosa esposa, se explayó en todas direcciones al quedarse viudo, hasta que le retuvo una deliciosa actriz, Elisa Hensler, á la que hizo condesa de Edla. El trono le hubiera obligado á renunciar á los apacibles goces de aquel amor y á las libertades de su existencia artística. No quiso oír hablar de esto.

Descartado el candidato de todo el mundo, si se quería continuar en el sistema monárquico, y no caer forzosamente en la República ó en la Anarquía, no quedaba otra cosa que sentar en el trono, con una Regencia, al hijo de la reina expulsada, Alfonso. La fuerza de las cosas impuso este desenlace, que, adoptado entonces, hubiera evitado á España, á Francia y al mundo muchas calamidades. Muchos lo comprendían; nadie tuvo el valor de decirlo; y Olózaga, cegado por su antiguo odio, no vió esta vez lo que era práctico y necesario. Unionistas y progresistas hicieron lo mismo. Renovóse la discordia; cada cual volvió á sus simpatías ó á sus antipatías; salieron del paso, después como antes de la revolución, remitiéndose al juicio del pueblo, y provisionalmente fueron monárquicos sin rey.

*
* *

¿Cómo había de expresar su opinión el pueblo? La única forma verdaderamente democrática, leal y pronta de inquirir su parecer hubiera sido interrogarle directamente por medio de un plebiscito: preguntarle si quería una República ó una Monarquía, y, si deseaba una Monarquía, á qué príncipe quería conferírsela. El Gobierno provisional prefirió adoptar la rutina francesa de una de esas asambleas constituyentes que no expresan casi nunca el pensamiento del pueblo, como se vió en 1848.

Decretóse, pues, el 8 de Noviembre de 1868 la reunión de

una asamblea constituyente, nombrada por sufragio universal de todos los españoles mayores de veinticinco años de edad. Esta ley electoral era una usurpación evidente, porque un Gobierno nacido de un motín no tiene derecho á dictar ninguna medida orgánica en tanto que no haya sido absuelta su temeridad revolucionaria y no haya obtenido de la nación poderes legales; sin esto, todos sus actos no son más que actos de violencia, contra los que se está en el derecho y, á veces, en la obligación de resistir.

Para llevar fácilmente á las urnas al rebaño electoral, pretendido soberano, Olózaga constituyó una Junta compuesta de cuatro miembros de los tres partidos, y redactó para esta Junta un manifiesto en el que injertó una afirmación netamente monárquica sobre las ideas y la fraseología más revolucionarias. Todo el mundo quedó contento: los unos, por las palabras; los otros, por la cosa.

Olózaga creyó entonces llegado el momento de ir como embajador á París. El emperador anunció que le recibiría con gusto. Al ir á marchar surgió una dificultad. Supo que el Gobierno enviaba á Berlín á Rancés, el conocido agente de Montpensier, y al que se creía dispuesto á favorecer todas las intrigas contra el Gobierno de Napoleón III. Explicó á Serrano que no abrigaba animosidad alguna contra Rancés; que no veía inconveniente en que fuese colocado en otra parte: en Viena, por ejemplo; pero que si iba á Berlín no iría él á Francia, y llevaría la cuestión á las Cortes. Le complacieron. Rancés fué á Viena; Montemar, á Berlín, y los otros puestos diplomáticos se proveyeron dentro del mismo espíritu. Olózaga obtuvo también del Gobierno algunas medidas enérgicas contra las facciones de desorden, y se puso en camino para París el 26 de Noviembre.

*
*
*

El emperador no tuvo durante mucho tiempo motivos para felicitarse de las buenas disposiciones de la reina Isabel respecto de él.

No ocultaba ésta su antipatía, y se negó á asistir á la Exposición Universal. Un viaje de la emperatriz á España, al que correspondió una visita del rey á París, suavizó las relaciones. Durante los pronunciamientos, el emperador cumplió lealmente con sus deberes de vecino: apartó de la frontera á los emigrados comprometidos, y expulsó á Prim del territorio. No quería ir más allá y darse apariencias de aprobador, menos aún de sostenedor, de una política que juzgaba deplorable. Montholon, nuestro ministro en Portugal, habiendo manifestado su contrariedad porque el Gobierno portugués hubiese permitido á Montpensier desembarcar en Lisboa, el emperador hizo informar á Mercier de que tal lenguaje no tenía ningún carácter oficial: «No ha entrado en nuestras intenciones influir sobre el Gobierno de Lisboa. Sea cual fuere nuestro interés por el mantenimiento de la tranquilidad en España, no hemos de sustituir al Gobierno de Madrid, ni suplir su abstención en cuestiones tan delicadas». A su vuelta de Plombières, tras una parada en Troyes, en donde afirmó que nada amenazaba la paz del mundo, Napoleón III se disponía á dirigirse á Chalons, luego á Biarritz, cuando supo que la reina de España, á la sazón en San Sebastián, se proponía visitarle. En el acto hizo telegrafiar á Mercier: «El emperador le manda á decir confidencialmente que desea saber en qué época se efectuará el regreso de la reina á Madrid. La razón de esto es que no quisiera encontrarla en Biarritz. Obre en consecuencia, sin dar á conocer las intenciones de S. M.» El 3 de Septiembre, al marchar á Chalons, ordena á Moustier que reitere la advertencia: «A pesar de todo el deseo que S. M. tendría de ver á la reina, esta entrevista, en las circunstancias actuales, se prestaría á una porción de interpretaciones que no serían buenas ni para los unos ni para los otros». Y se convino en que no habría más que un cambio de saludos por medio de ayudantes de campo.

La entrevista que se quería evitar se efectuó, sin embargo, pero en circunstancias muy distintas. Como fugitiva, y no co-

mo reina, llegó Doña Isabel hasta el emperador. Este la colmó de atenciones, puso el castillo de Pau á su disposición; sin embargo, desde el primer momento afirmó su decisión, de la que nunca se apartó, de no intervenir en los asuntos interiores de España. Telegrafió á Moustier (22 de Septiembre): «Sería conveniente indicar en la prensa que, cualquiera que sea el giro que tomen los acontecimientos, el emperador no piensa intervenir en ellos».

Enviáronse buques á Barcelona, Cádiz, Coruña, con instrucciones de «no mezclarse en nada de los asuntos interiores de España, y limitarse á proteger á nuestros nacionales» (30 de Septiembre). En cuanto estuvo constituido el nuevo Gobierno, Moustier, por orden del emperador, respondió á la notificación oficial de aquél «con las seguridades de la benevolencia que hemos de aportar á nuestras relaciones internacionales, en espera de que la constitución de un poder definitivo nos permita volver á establecer sobre una base normal las relaciones oficiales de los dos Gabinetes». Invitó al Gobierno inglés á que se explicara en el mismo sentido. Ante el anuncio de la convocataria de una asamblea constituyente, se recomendó á nuestro representante «la más estricta neutralidad frente al sufragio universal».

De todas las soluciones que podían preverse, la más desagradable para Napoleón III sería ciertamente la entronización de Montpensier. Hubiera estado en su derecho al oponerse á ella, porque hubiese sido una causa de perturbación interior para su propio reino. Beust decía á Gramon: «No hay que ocultar que el advenimiento del duque de Montpensier alentaría á los partidos antidinásticos de Francia y sería un fracaso para el Gobierno del emperador. La oposición cobraría con ese suceso nuevo ardor y nueva fuerza, y el Gobierno español no tardaría, de grado ó por fuerza, en convertirse para Francia en un vecino incómodo, en un foco de intrigas y en motivo de continuas inquietudes, que podrían, á la larga, producir dificultades interiores, buscadas por el maquiavelismo de Ber-

lín, como uno de los elementos de su política futura». Sin embargo, el emperador se guardó de notificar ni semejante exclusión. Escribió á nuestro embajador: «Mi querido Mercier: El otro día le comuniqué mis primeras impresiones; pero, al reflexionar sobre todas las dificultades que ha de encontrar el Gobierno que suceda al de la reina, pienso que hay que limitarse á decir muy alto que mi Gobierno, salido del sufragio universal, se apresurará á reconocer á todo Gobierno que sea el resultado de la elección popular. Al repetir este tema en todos los tonos, sin que parezca que se hagan reservas sobre la combinación Montpensier, se demuestra un gran respeto por la soberanía popular y no se lastima en modo alguno al sentimiento nacional. Si la suerte favoreciera al duque de Montpensier, creo que había de tropezar con tantas dificultades que no permanecería mucho tiempo». Mercier se guardó, pues, de toda ingerencia. El emperador, con una ojeada en cierto modo profética, veía la sola solución posible y comprendía que, á falta de la reina Isabel, cuya caída le parecía irremediable, el mejor candidato era su hijo, el joven Alfonso. Se encontraba lleno de inteligencia, noble, animoso, simpático, y no dudaba de que más adelante sabría ocupar su puesto. No juzgaba afortunada la combinación de crear un nuevo rey y aumentar así con un partido más los partidos ya harto numerosos de España. Las dinastías antiguas se le antojaban la garantía mejor del principio monárquico. Indicó á su ministro la política que entendía seguir, en una nota en la que se manifiesta la libertad y el buen juicio de su espíritu. «La revolución de España se ha hecho al grito de ¡Abajo los Borbones! Y sin embargo, hay un partido en Madrid que, habiendo recibido fuertes sumas del duque de Montpensier, trabaja por elevarle al trono. Respetamos profundamente las decisiones de la voluntad nacional, y si el duque de Montpensier es elegido de una manera regular por la nación española, nada tendremos que decir. Pero antes de que se produzca este acontecimiento, si es que se realiza, queremos decir nuestra opinión. Si la na-

E. M.—*Septiembre 1906.*

ción española no quiere más Borbones, tanto mejor; pero si rectifica su primera impresión, me parece que no podría hacer una elección peor que elevar al trono á un duque de Orleans, repitiendo en España la usurpación de 1830 y dando á Europa el funesto ejemplo de una hermana destronando á su hermana. Además, la situación de España, en este momento, no nos parece adecuada para admitir la elección de un príncipe que tiene ya antecedentes acentuados y opiniones formadas. Si España pudiera soportar el estado republicano sin correr el riesgo de ver comprometida su unidad nacional con la reconstitución de reinos independientes, es lo mejor que pudiera hacer; porque esto daría tiempo á la nación para formar su educación política y aprender á conocerse á sí misma; pero, puesto que la República no es posible, todo lo que más se le aproxime nos parece que sería lo más beneficioso. Ahora bien: el azar ha querido que haya un joven príncipe, el príncipe de Asturias, sobre el que recaen todos los derechos monárquicos. Es de una edad en la que sus opiniones personales no pueden tenerse en cuenta, y puede ser educado en las opiniones del día, lejos de los aduladores y de las intrigas. Su edad permite una regencia, que sería probablemente ejercida por los hombres que más han contribuído á la revolución. Y este régimen se parecería mucho, durante siete ú ocho años, á una república, en que los agentes podrían ser sustituidos por el voto de las Cortes, y el príncipe de Asturias no sería sino el niño encargado de ocupar un puesto al que ningún ambicioso puede esperar».

He aquí el pensamiento sincero, persistente de Napoleón III, y ninguna afirmación más ó menos auténtica conseguirá desfigurarlo. Thiers ha alterado la verdad en esta ocasión, como en tantas otras, al afirmar que «el jefe de la dinastía imperial puso el veto á la candidatura de Montpensier». Y Monstier se apartaba del pensamiento de su soberano cuando, en una carta particular, prescribía á Mercier que lanzara prudentemente un brulote contra la candidatura del príncipe de Orleans (3 de

Noviembre). Por fortuna, Mercier recordó el deber de un embajador de presentar objeciones antes de realizar un acto que juzga contrario á los intereses ó al buen nombre de su soberano y de su país, y respondió:

«El principal cuidado de los periódicos parece ser el de excitar la desconfianza y la irritación contra nosotros, denigrándonos y propagando toda clase de especies; por ejemplo, que el emperador favorece al príncipe de Asturias y la emperatriz á Don Carlos. Para desconcertar esta táctica estoy persuadido de que no podríamos hacer nada mejor que perseverar en la línea de conducta que hemos adoptado. La menor apariencia de que estamos dispuestos á salirnos de ella sería inmediatamente explotada contra nosotros; y no hay que negar que si un periódico nos prestara este servicio, con la poca sinceridad que hay aquí en las relaciones personales, sería muy difícil que la cosa no se supiera ó, por lo menos, se sospechase pronto. Unicamente en el caso de un real interés convendría exponernos á este inconveniente. Ahora bien: por el momento no veo semejante interés; porque, sin que tengamos nosotros que mezclarnos, hay bastantes periódicos que están dispuestos á caer sobre el duque de Montpensier en cuanto se asome á la ventana. La cosa está en un punto que, si decididamente quiere usted obrar, presumo que lo mejor sería pagar á un periódico para que entonase un cántico en favor del duque.»

Olózaga pudo convencerse, al llegar á París, de los amistosos sentimientos del emperador. Fué recibido en audiencia privada para la presentación de sus credenciales, porque la situación irregular de su Gobierno no permitía la solemnidad habitual, discursos, etc. En aquella audiencia el soberano se mostró tan cordial con el embajador y con su país, que el Gobierno español le dió afectuosísimas gracias. El emperador había obtenido análoga conducta del Gabinete inglés, con el que estaba resuelto á marchar de acuerdo.

*
*
*

Al tenerse noticias de la revolución de España, en todas las cancillerías y en todos los centros políticos se dijo lo mismo: «¡Buen golpe para Prusia!»; añadiendo: «Lo preparó ella». Decíase en todas partes que Bismarck había exclamado al enterarse: «¡Es mi tabla de salvación!» Fomentó esta creencia la desbordante satisfacción de los periódicos consagrados á la ambición prusiana y los temores de los que luchaban contra ella. Leíase, por ejemplo, en la *Nueva Gaceta Badense*: «El lenguaje favorable y las buenas disposiciones que los periódicos prusianos manifiestan por la revolución española no nos han asombrado, y no creemos que esa conducta de la prensa prusiana haya tampoco sorprendido á Francia, porque allí como aquí se debe de saber que Prusia no solamente no es extraña á los últimos acontecimientos de España, sino que los ha provocado. El objetivo de Prusia no es difícil de adivinar. Crear dificultades á Francia, obligar al Gobierno francés á intervenir en España y aprovechar este momento para dar un nuevo paso en la política anexionista tragándose al Gran Ducado de Baden, por ejemplo. He aquí el fin prusiano» (5 de Octubre).

¡Cuánto más se hubiera propagado este sentimiento si el público hubiese podido oír lo que los hombres de Estado prusianos decían entre sí! El príncipe Antonio, el pretendido amigo de Napoleón III, escribía al kronprinz: «La revolución de España ha venido muy oportunamente, porque Francia se ve obligada á permanecer tranquila. Me inspira lástima la suerte de la pobre reina; pero, á decir verdad, era de esperar. Quisiera ver subir al trono de España á un Orleans ó á Felipe de Coburgo, pero no á un regente inventado por Napoleón. Si la república triunfa en España, la habrá no tardando en Francia. Para el desarrollo de Alemania constituirá un peligro menos grande que la dinastía napoleónica» (18 de Octubre de 1868).

Beust, á quien llegaba un eco de todos estos comentarios, decía á Gramont: «A pesar de las espontáneas seguridades que me dió, pocos días hace, el barón de Werther, creo que el Gabinete de Berlín, sin ser el provocador inmediato del movi-

miento, no ha sido, sin embargo, completamente ajeno á él, y tengo por cierto que hubo connivencias entre Bismarck y el duque de Montpensier algún tiempo antes de la revolución. Ignoro si tales negociaciones condujeron á algún resultado práctico; pero tuvieron, de todos modos, por parte del Gabinete de Berlín, un objeto del que hay que darse cuenta. La idea del Gabinete de Berlín sería la de suscitar al Gobierno del emperador dificultades exteriores ó interiores capaces de paralizar sus fuerzas en un momento dado, cosa de que sabría aprovecharse Prusia.

En realidad, el movimiento revolucionario español databa de lejos y no había esperado las provocaciones de Bismarck para organizarse. No es seguro, sin embargo, que no lo facilitase á última hora; antes de que el Gobierno de la reina hubiese huído de Madrid, el ministro prusiano en España recibió la orden de asegurar á González Brabo que su Gobierno no entraba por nada en la conspiración. Ahora bien: en los mismos momentos una correspondencia interceptada daba al ministro español un convencimiento «completamente contrario á aquella declaración espontánea». Una vez consumada la revolución, el embajador prusiano en Viena ofrecía también las mismas negativas. En ciertos casos, quien se excusa se acusa. A pesar de todos los mentís, la opinión, que no admitía en Francia que Mentana no hubiera sido obra de Bismarck, siguió creyendo también que era el instigador de las revueltas de España. Esta creencia, verdadera ó falsa, debía servirle á Bismarck, si verdaderamente no trataba de empujarnos á la guerra, de advertencia para prohibirse toda inmestión en aquellos asuntos en los que Alemania no tenía un interés directo, é imitar el ejemplo de cordura y de reserva que le daba Napoleón III.

El rey Guillermo parecía abrigar estas disposiciones. Un enviado italiano, Barbolani, llegó á Berlín con pretexto de consultar á Prusia sobre la posibilidad de una Unión ibérica, en realidad para sondear la corte amiga acerca de la candida-

tura de un príncipe italiano; Guillermo declinó la consulta, diciendo que no intervendría en los asuntos españoles sino con las otras potencias. Bismarck, por lo menos en su lenguaje oficial, se expresaba en igual sentido. Había ido á Varzín para cuidarse un comienzo de pleuresía cogido á consecuencia de una revista militar, y el Reichstag de la Confederación se cerró en su ausencia (20 de Junio). Una caída de caballo le tuvo también algún tiempo alejado de los asuntos. Pero en Septiembre volvió á la vida activa, conferenció largamente con Clarendon, que fué á Berlín para informarse, y le encargó que afirmara á Napoleón III sus buenas intenciones y que no había tenido nada que ver con la revolución de España. Clarendon tuvo con el emperador, á su regreso á París, las conversaciones confidenciales que se tienen con un amigo, y le transmitió las seguridades de Bismarck. Pero el emperador no acogía ya sino con desconfianza lo que venía de Berlín; y sin entrar en lo concerniente á España, respondió á las manifestaciones pacíficas de Bismarck que «conservaría la paz si Prusia respetaba la situación actual; en el caso en que el Sur entrara en la Confederación del Norte, los cañones franceses hablarían en el acto». El hombre de Estado inglés dió cuenta á la reina de esta conversación, y la reina, según su costumbre de considerar los intereses de Alemania como suyos, comunicó lo hablado al rey de Prusia, quien naturalmente se lo comunicó en seguida á Bismarck. «Le envió adjunta una carta de Clarendon á la reina, relativa á su conversación con Napoleón. Le ha comunicado muy exactamente mis ideas, y se ha enterado, en cambio, de que el paso de la línea del Mein entrañaría la ruptura cierta de la paz. Así, pues, la cosa está descubierta. Indudablemente la carta de Clarendon ha sido escrita á nuestra intención.» Bismarck se sirvió de España para recoger aquel *casus belli* eventual, discretamente, de manera que su respuesta no fuese entendida sino por quien la había formulado. Las sesiones del Reichstag se abrían el 4 de Noviembre; en el discurso del rey introdujo la frase siguiente: «Los

acontecimientos ocurridos en la Península no nos inspiran otros sentimientos que el deseo y la confianza de que la nación española consiga encontrar, en una situación independiente, la garantía de su prosperidad y de su poder».

«Esta frase ha causado aquí una sorpresa extrema—escribe Lefebvre de Behaine;—atribúyese á la iniciativa de Bismarck.» La sorpresa hubiera sido mucho mayor de saberse que era la respuesta al *casus belli* de Napoleón III, y que significaba: «Cuando nos convenga pasar el Mein, ejerceremos la libertad que reivindicamos en pro de los españoles, y no nos detendremos ante vuestras prohibiciones». Algunos días después la *Gaceta Provincial*, diario oficioso de Bismarck, se explicaba más claramente todavía: «La Confederación del Norte debe reconocer al pueblo español, para el arreglo de sus asuntos interiores, la misma independencia que el pueblo alemán entiende tener para los suyos». «El lenguaje ha sido muy comentado», escribe también Lefebvre de Behaine.

*
* *

No tardó en estallar una sublevación en la misma ciudad en que la revolución empezó, Cádiz. Los milicianos no consintieron en ser desarmados, y los obreros de los talleres nacionales no quisieron aceptar una reducción de salario. Atacaron á las tropas, pusieron en libertad á los presos y detuvieron como rehenes á los cónsules de las potencias. Las tropas resistieron con denuedo, valientemente dirigidas por el general Caballeros, que pertenecía sin embargo á las ideas republicanas. Acosados los insurrectos, se les admitió, á petición de los cónsules que retuvieron como rehenes, á capitular sin ser pasados por las armas (5-13 de Diciembre). Reprimiéronse igualmente algunas revueltas en Zaragoza, se desbarataron otras en Madrid, y las elecciones se hicieron en todas partes sin obstáculos. Dieron la victoria á los progresistas. Los unionistas alcanzaron una minoría importante por el número, y sobre todo por la valía de los elegidos (de 30 á 40). Salieron también re-

publicanos y realistas, pero en corto número. Las Cortes constituyentes nombraron presidente al alcalde Rivero (22 de Febrero de 1869). Fué una atención de Prim á los republicanos, excluidos hasta entonces del Gobierno. Serrano entregó los poderes, que le fueron inmediatamente devueltos, y conservó los mismos ministros. Después del discurso de gracias del presidente, Prim pronunció otro que hizo gran sensación. «Aunque en política el decir «siempre» ó «jamás» sea una cosa aventurada, mi convicción es tal respecto de esta dinastía, á la que creo caída para no levantarse jamás. La historia presenta casos de reyes destronados, pero ninguno análogo al presente, en que la dinastía ha sido echada al extranjero por la fuerza de la opinión: de aquí mi convencimiento de que no volverá jamás, jamás, jamás. Y que esto sirva de respuesta á los que, creo sin mala intención, me han expuesto planes de restauración en favor de Don Alfonso de Borbón por la ambición de ser yo regente. El que ha aventurado semejante cosa no me conoce. Jamás he tenido ambición ni envidia de algo ó de alguien. Y si nunca tuve ambición, menos todavía la tendré hoy en que, por mi situación, nada tengo que desear en ningún sentido. Sí; una sola cosa, y ésta con toda la vehemencia de mi alma: ver el país constituido y la libertad asegurada.»

No habiendo duda alguna respecto á la adopción de la Monarquía por las Cortes, Prim hubiera querido, mientras que la Constitución se elaboraba, y antes de que se votase, proclamar al rey al mismo tiempo que la Monarquía. Era de todo punto preciso encontrar un rey. Púsose á ello, y Olózaga vino de París, tanto para vigilarle como para ayudarle. Víctor Manuel ofreció á su hijo, el duque de Aosta. Insaciable, con los ojos puestos en Roma, impaciente por emanciparse de la tutela francesa, animado de un odio personal contra los Borbones, se complacía en la idea de suplantarlos, de privar al Papa del socorro español y de poner un obstáculo á los pies de Francia. Bajo pretexto de arreglar asuntos de familia, Cialdini fué enviado á Madrid. Conquistó á Prim, á Olózaga, á la mayoría de

los miembros del ministerio, y el resto prometió por lo menos su neutralidad. Todo se habría arreglado si el candidato mismo no hubiera opuesto una negativa que no se pudo vencer (Enero de 1869). «Si el rey quiere desterrarme—dijo,—que me diga adónde debo ir, pero no quiero reinar en España.»

«No queda más que Montpensier», dijeron Serrano y Topete. Prim, que en toda esta crisis va á moverse siempre entre el equívoco y la doblez, pareció consentir. Declaró que su grito *¡Abajo los Borbones!* no se aplicaba á los miembros de la familia que habían reprobado la política de la dinastía destronada. Pudo creerse entonces que aquella candidatura iba á convertirse en un hecho consumado, y Mercier envió una advertencia, alarmado, á la que contestó La Vallette: «Mi querido embajador: Sus últimos despachos hacen prever el triunfo de una candidatura que parecía descartada por todos los hombres colocados al frente de los asuntos. Si así sucediese, *podríamos, cierto es, aceptar el hecho sin dificultad, puesto que hemos declarado desde el principio que no queríamos inmiscuirnos para nada en los asuntos interiores de España.* Pero no podría convenirnos el que pareciera que queremos aprobarlo. Su presencia en Madrid sería ciertamente violenta, tanto para usted como para nosotros en semejante momento. El emperador desea, pues, que evite usted encontrarse en tal posición, y tengo el encargo de S. M. de invitar á usted á que busque, en sus asuntos particulares, un pretexto plausible para venir á París antes de que la eventualidad de que se trata pudiera realizarse. No sabría, por lo demás, indicarle el instante preciso en que podría usted salir de Madrid; lo dejo á su apreciación; pero debe usted prepararse desde ahora, *teniendo cuidado de explicar su marcha de manera que no pueda atribuírsele ningún motivo político.* S. M. da mucha importancia á que sus órdenes en este sentido sean bien comprendidas, y recomiendo la ejecución de las mismas á toda su prudencia» (16 de Febrero de 1869).

Pero Olózaga estaba allí, y no quería oír hablar de Mont-

pensier. Anunció que si Serrano y Prim persistían en proponerle, publicaría documentos que le incapacitarían para siempre. Con su dón de insinuación persistente que hacía irresistible, persuadió á Prim, Serrano, Topete y á los miembros de la Comisión de la Constitución de que, prácticamente, la única gestión útil sería reanudar nuevas instancias cerca del candidato universalmente deseado, Fernando de Portugal. Tessara, nombrado ministro en Inglaterra, recibió el encargo de pedir apoyo en París y en Londres para sostener las gestiones en Lisboa. Á Ríos Rosas, enviado especial para verse con Don Fernando, se le autorizó para que prometiera á éste el depósito, en Bancos europeos, de una suma equivalente al capital de la pensión anual que el rey recibía de Portugal, y que perdería si fuese destronado. En fin, se designó una comisión para que fuese oficialmente á ofrecer la corona al príncipe. Este no la dió tiempo de llegar. En un lacónico telegrama notificó una nueva negativa (5 de Abril). La decepción y la cólera fueron extremas en Madrid. Los españoles, á pesar de todas sus pérdidas, seguían considerando á su reino como el primero del mundo, y les parecía increíble que un principillo alemán se atreviese á desdeñarle. Ruiz Zorrilla, con la brutalidad habitual de su lenguaje, dijo al conde de Alte: «Diga usted á su príncipe que no es más que un egoísta, que será la causa de que tengamos aquí la República; pero que después de ser proclamada en Madrid pronto lo será en Lisboa, y que entonces tendrá que continuar su vida voluptuosa al lado de Doña Isabel de Borbón».

Olózaga atribuyó la negativa á las intrigas de Montpensier, y dijo que había que expulsarle de Lisboa. Pero una carta de Tessara arrojó la responsabilidad sobre Napoleón III. «El Gobierno francés, escribía, desea una restauración alfonsina, y alienta los manejos de los emigrados españoles.» En el primer movimiento de cólera contra aquella inesperada oposición, Serrano comunicó el despacho á todo el que veía. Olózaga, muy al tanto de los verdaderos pensamientos del emperador, no cre-

yó en la exactitud de aquella información. Suplicó á Serrano que se callara hasta esclarecerla. Pero la indiscreción había producido sus efectos, y se propagó al público. A pesar de las rectificaciones prodigadas al día siguiente, á pesar de las afirmaciones del ministro de la Gobernación en todos los periódicos, no se habló más que de los proyectos de restauración del emperador.

Olózaga no se engañaba al dudar de la veracidad de los informes de Tessara. Aquel diplomático novicio, de un espíritu desequilibrado, mal interrogado y mal comprendido, y alfonso fogoso él mismo, confundió las alucinaciones de su cerebro con las ideas del Gobierno imperial. La Vallette destruyó en seguida la fábula. «...Debo insistir sobre las intenciones atribuídas al emperador y á su Gobierno por la correspondencia del enviado de España en Londres: que el emperador se alegró de la resistencia de Don Fernando al ofrecimiento de la corona de España, y que no consintió en hacer ninguna gestión para combatir sus vacilaciones. Nada más lejos de la verdad... El emperador permanece escrupulosamente fiel á la política de abstención adoptada por su Gobierno desde el principio de los acontecimientos de España...; sin embargo, Su Majestad, sin salirse de la reserva que se ha impuesto, no ha dejado ignorar en Lisboa su sentimiento respecto de las ofertas hechas á Don Fernando. Este príncipe pudo saber en tiempo oportuno que su aceptación hubiera sido acogida por nosotros con sincera satisfacción. Si no comuniqué estos detalles á Tessara cuando recibí su visita, fué porque no me dió ocasión de hacerlo.» Serrano lamentó lo ocurrido.—«Ya lo ve usted—exclamó Olózaga triunfante:—no hay que atribuir la negativa de Portugal al emperador, sino á Montpensier.»

¿Estaba en lo cierto Olózaga? El duque metía mucho ruido en Lisboa. Cuidaba de popularizarse, prodigaba atenciones á las familias importantes. Él y su mujer asistían á todas las fiestas, mimando á la diplomacia, haciendo excursiones *in fiocchi* por los alrededores. Sus relaciones con Don Fernando eran

frías, y los miramientos que les imponían las conveniencias no les impedían expresarse el uno respecto del otro con una acritud apenas disimulada. El duque no desperdiciaba ocasión de hacer que llegasen al rey desagradables noticias, y Don Fernando y su hijo Don Luis disimulaban poco su descontento con la actitud de su huésped. Montpensier no tenía, pues, ninguna influencia sobre su competidor, y la resolución de éste fué un acto reflexivo de su propia voluntad. No es dudoso, sin embargo, que Montpensier se alegrara mucho de ella y que hasta recurriera á un singular procedimiento para hacerla irrevocable. Hizo presente al nuncio, monseñor Oreglia, lo lamentable del escándalo que ocasionaban las públicas relaciones de Don Fernando y lo urgente que era regularizarlas con un digno matrimonio. Al prelado le agradó la insinuación; ayudado por algunas buenas almas, maniobró con tal habilidad, que poco después Don Fernando se casó con la condesa de Edla. Desde entonces pareció que el reinado del portugués quedaba irrevocablemente descartado.

Serrano, tan obstinado por Montpensier como Olózaga por el portugués, volvió en seguida á su candidato: podría adoptársele, ya como rey, ya como marido de la infanta proclamada reina. Pero había contra este príncipe una corriente invencible de popularidad en todas las clases de la nación: los liberales le miraban con recelo; los conservadores le censuraban su conducta con la reina; el pueblo, desde el duelo en el que mató á Enrique de Borbón, le llamaba el *fratricida* y el *naranjero*, á causa de lo que ganaba con el producto de sus jardines; mostraba torpemente su ambición, y se dudaba que fuese capaz de sostenerla.

Castelar fué en tal ocasión el intérprete de la opinión general. «Hay aquí 80 republicanos, 30 demócratas, 100 progresistas, que estarán unánimes para votar contra él.—Tal vez se espere arrancar á las Cortes su consentimiento por cansancio; pero las Cortes no pueden ni quieren suicidarse. Además, ¿no se ve que el estado del país es tal que, aun cuando la Cá-

mara votase por Montpensier, el pueblo no querría recibirle?»—Los progresistas Zorrilla y Muñiz no hablaban de otro modo. «No pusimos ningún obstáculo á sus intrigas en la prensa ni en el Congreso: no rompimos con ninguno de los amigos y colegas que abrazaron su causa. No contribuimos en nada al fracaso de un designio que no hay que imputar sino á su carencia de tacto, á su impaciencia y á su confianza en hombres inútiles ó desacreditados.»

En Europa no se pensaba más favorablemente. El cardinal Antonelli decía que aquella solución «era una de las que la Santa Sede vería con más desagrado». En Londres, el primer secretario de Estado manifestó al enviado de España que consideraría la elección de Montpensier como lo más funesto que pudiera hacer España, y como la señal de la guerra civil. Tessara replicó que en tal caso no era de temer la guerra civil, puesto que el duque no contaba con un partido serio en la Península, y que seguramente el pueblo español, consultado, preferiría la República.

*
* *

A falta de todo otro apoyo, los partidarios de Montpensier hubiesen querido obtener el de Bismarck. Goltz fué un día en nombre de su jefe á advertir á la emperatriz que Rancés, embajador de España en Berlín, de paso en Marzo de 1867, había, bajo pretexto de saludar al rey, conferenciado con el canciller. Esta gestión de Bismarck se explica naturalmente por el testimonio que uno de sus agentes nos ha dejado de sus sentimientos íntimos. Bismarck se creía mal informado de lo que pasaba en España por su ministro Kanitz. No era un visionario como Usedom, pero era también un apasionado. Usedom simpatizaba con la revolución italiana hasta en su forma más avanzada; Kanitz, por el contrario, era enemigo de la revolución española, hasta en su forma más moderada, y no ocultaba sus predilecciones por Isabel, por su hijo y, á falta de éstos, por D. Carlos. Con tal hombre era difícil tramar intrigas sub-

terráneas. Necesitábase un instrumento más flexible, y sobre todo menos llamativo. Bernhardi, inútil en Florencia desde el reemplazo de Usedom, fué llamado á Berlín, y el canciller le explicó el fin que perseguía en España el Gobierno prusiano. Bernhardi lo manifiesta en estos términos: «Sabido es que el partido cosmopolita hará cuanto pueda para que se proclame la República en España. Nuestro Gobierno no ve nada que sea de temer en el establecimiento de la República en España, y la dejaría implantarse sin obstáculos. En realidad, todo lo que pueda hacer á España independiente de la influencia francesa es bueno y agradable para el Gobierno prusiano, en cualquiera forma que sea. El único fin que tenemos presente es que España permanezca independiente de la influencia francesa.» Bernhardi oyó también de labios de Molke esta indicación de la política gubernamental: «España paraliza á Napoleón—dijo,—obra como un sinapismo: ¡la cantárida española tira perfectamente! No sería inconveniente en que se proclamase allí la República, porque después de la exaltación de un príncipe de Orleans al trono de España, sería lo que más podría inquietar á Napoleón.» Así, pues, la solución más conveniente para los prusianos hubiera sido la República. Se hubiesen acomodado con un Orleans, pero con menos gusto, porque, después de todo, un Orleans siempre sería un francés. Lo que querían era uno de los suyos, un alemán.

Este alemán existía: era el príncipe Leopoldo de Hohenzollern; Bismarck preparaba la opinión para tal candidatura, anunciándola por medio de la prensa oficiosa.

Benedetti no puede por menos de oír esta nueva que corre por todas partes en su alrededor. Comprende la gravedad, y la comunica urgentemente á su Gobierno. Este anuncio produce en las Tullerías una emoción que no había causado la perspectiva de la candidatura Montpensier. Se ordena por telégrafo á Benedetti que se informe. Por estar ausente Bismarck, interroga á Thile: «Semejante candidatura interesaba demasiado directamente al Gobierno del emperador, para que no tuvie-

se el deber de señalársela en el caso en que existieran razones de creer que pudiera realizarse.» Thile da por dos veces su palabra de honor de que «durante su estancia en Berlín, el ministro de España ni siquiera aludió á tal candidatura, y que no había nada en lo referente al príncipe de Hohenzollern para la corona de España» (31 de Marzo de 1869).

Estos informes no parecieron suficientes en París. Se llama á Benedetti, le interrogan, le dan instrucciones formales. El mismo emperador le recibe y le dice:—La candidatura de Montpensier es solamente antidinástica, y puedo aceptarla; la del príncipe de Hohenzollern es esencialmente antinacional. El país no la tolerará; hay que evitarlo. Vuélvase á Berlín, explíquese con el mismo Bismarck, cuidando de no dar á las interrogaciones y á los razonamientos que usted emplee nada que le permita creer que buscamos una ocasión de conflictos.—Estas instrucciones fueron tibiamente ejecutadas. A la tímida interrogación de nuestro embajador replicó Bismarck con un astuto *no ha lugar* enigmático:—Si el príncipe Leopoldo fuese elegido rey por las Cortes, no podría tener sino una duración efímera, y estaría expuesto á más peligros todavía que decepciones. Harto sabía su padre lo que costaba á su fortuna personal el sostener á su hijo Carlos en Rumanía, y no deseaba añadir á este sacrificio otras cargas aún más onerosas. En esta convicción, el rey se abstendría ciertamente de aconsejarle que aceptase el voto de las Cortes.—Benedetti no pudo obtener la seguridad de que el rey estuviese irrevocablemente decidido á recomendar la abstención al príncipe.—En todo caso—dijo Benedetti,—*el príncipe Leopoldo no podría acceder al voto de las Cortes sino con el consentimiento del rey.* Su Majestad tendría, pues, que dictar al príncipe su conducta.—Bismarck (y el hecho es de extrema importancia) no negó la autoridad que Benedetti atribuía al rey de Prusia sobre los Hohenzollern. Se limitó á generalidades y no comprometió en nada las intenciones de un soberano. Hubiera sido natural que el embajador, en formas que no tuviesen nada de mortificante, in-

sistiera é hiciese presente que, á pesar de todo su deseo de permanecer en buenos términos con Prusia, el emperador, aunque quisiera, no podría tolerar la entronización de un prusiano en España. No dijo nada, y él, de ordinario tan locuaz, cerró la boca. Sin embargo, comprendió que no había cumplido por completo con las instrucciones recibidas, y que tenía más que decir.—Si no hubiese temido traspasar los límites que puedan convenir al Gobierno del emperador en un asunto tan delicado—escribió á La Vallette,—habría puesto á Bismarck en el caso de expresarse más claramente; pero he pensado que debía consultar con usted antes de mostrarme más apremiante.

No recibió nuevas instrucciones: el ministro, más aún que el embajador, temía aparecer como buscando una querrela al pedir explicaciones sobre un hecho que no se presentaba con un carácter de inminencia positiva. Respondió á Benedetti:—En la conversación que ha tenido usted con Bismarck, ha podido usted, sin apariencia de premeditación, llevar la conversación á los asuntos de España y á los rumores relativos á la candidatura del príncipe de Hohenzollern. Bismarck no ha negado que el Gobierno prusiano desee favorecer esa candidatura, ó que quiera sencillamente hacer creer que pueda llegar á ser seria, y se ha expresado en términos, por lo menos, ambiguos. Solamente en el caso en que dicha candidatura tomara consistencia del otro lado de los Pirineos, deberíamos preocuparnos de las intenciones reales de la corte de Prusia. Apruebo, pues, su reserva al hablar de este asunto con Bismarck, *rogándole de todos modos que preste atención á cuanto pudiera ilustrarnos sobre la conclusión que debemos sacar de su lenguaje.*

Ciertamente sería superfluo manifestar á Bismarck las consecuencias de una candidatura *Hohenzollern*... En vez de ser uno de los más grandes hombres de Estado de su siglo, sería uno de los más perturbados ó, mejor aún, de los más negados, si no hubiera visto la perspectiva amenazadora que, desde el

primer momento, impresionó al príncipe Antonio, y si hubiera podido suponer que en ningún tiempo, y sobre todo después de los acontecimientos de 1866, soportara Francia la entronización, tras una de sus puertas meridionales, de un príncipe y coronel prusiano. La gestión de Benedetti no le indicaba, pues, lo que no necesitaba que se lo dijeran. Le advertía de una manera discreta que estábamos atentos, y le invitaba á no colocarnos de improviso ante un hecho que nos sería absolutamente imposible tolerar.

*
* *

¿Hubiera sido útil, hubiera sido prudente hablar de esta eventualidad con los españoles, y comunicarles, á título de información, confidencialmente las instrucciones de Napoleón III, infinitamente más precisas que las de su ministro? No lo creo. Prim sabía tan bien como Bismarck la imposibilidad absoluta para cualquier gobierno francés de aceptar la entronización en España de un príncipe prusiano. Semejante advertencia no le hubiera apartado de su maquinación y le hubiese dado pretexto para excitar las suspicacias españolas, siempre prontas á inflamarse contra nosotros, acusándonos de salir de la abstención que afirmábamos en toda circunstancia ser nuestra regla de conducta. Además, en aquel momento nadie podía sospechar que urdiese nada hostil contra Francia. Uno de sus primeros actos había sido reconciliarse con nuestro embajador y expresar el deseo de reanudar con el emperador sus buenas relaciones de otros tiempos. La Vallette, que había sido siempre un amigo servicial suyo y con el que afectaba Prim la mayor confianza, hubiera considerado una acción fea el demostrar un recelo que nada autorizaba.

En fin, el emperador tenía una razón íntima para juzgar aquella precaución superflua: colmaba á la familia Hohenzollern de tantos testimonios de afección, que como hombre de corazón, juzgando á los demás por sí mismo, no podía concebir la sospecha de que un miembro de aquella familia cometie-

ra la indignidad de asociarse á una trama contra sus intereses y los de su país. El temor de agraviar inútilmente, que nos había hecho tan circunspectos en Berlín, nos hizo por consiguiente mudos en Madrid.

La tranquilidad de La Vallette aumentó por un acto significativo del embajador prusiano en Madrid, Kanitz. Una de esas medianías sin consistencia y sin autoridad que zumban en rededor de los grandes asuntos para hacer creer que intervienen en ellos, Salazar y Mazarredo, del partido unionista, indicó, en un folleto consagrado á la candidatura portuguesa, al príncipe de Hohenzollern como otro excelente candidato. Nadie se adhirió á esta insinuación, pero se habló un momento de ella en los círculos diplomáticos. Kanitz tranquilizó espontáneamente á Mercier, quien, por lo demás, no se había conmovido. «No sin asombro habrá usted visto que los periódicos han hablado últimamente del príncipe de Hohenzollern. No hay para qué decir que nunca me han hecho de Berlín la menor alusión á tal candidatura. Pero, en mi correspondencia, he tenido que hacer mención de lo que se decía y, al mismo tiempo, emitir mi opinión sobre los obstáculos que, llegado el caso, opondría el estado de cosas en España. Aquí, cuando me han hablado, tampoco me he recatado para decir que era muy poco probable que el príncipe pudiese consentir en abandonar la magnífica posición que ocupa para correr tan peligrosos riesgos.» En París no volvieron á ocuparse de la candidatura Hohenzollern.

Aunque no tuviesen rey, unionistas y progresistas persistieron, sin embargo, en proclamar la Monarquía. En la noche del 20 al 21 de Mayo fué adoptada en principio, por 214 votos contra 71, y la totalidad de la Constitución se votó el 1.º de Junio. Hubiera podido votarse la víspera, pero era un martes, día nefasto en España, y se dejó para el siguiente. Aquella Monarquía sin rey amenazaba caer en el ridículo ó en la República. Olózaga, á quien la República agradaba tan poco como Montpensier, propuso el expediente de una Regencia con Se-

rrano. Este hubiera querido, por lo menos, compartir la responsabilidad con Prim y Rivero. «Únicamente un poder estable—decía á Mercier—puede tener autoridad. Ya ve usted lo que ha ocurrido durante la Regencia de la reina Cristina y de Espartero, y, sin embargo, estos dos personajes estaban en condiciones muy distintas que yo. Cristina había ocupado el trono y dado la libertad á España. Espartero había terminado con la guerra civil. Sin embargo, las sublevaciones contra su poder no cesaron sino con su caída. Antes de tres meses yo no seré más que un trapo.»

Olózaga obtuvo, con un hermoso discurso, la adhesión de las Cortes. Serrano fué nombrado regente por 193 votos contra 45, con todas las atribuciones constitucionales de la Monarquía, salvo la de suspender ó disolver las Cortes. Y Olózaga, una vez terminada su tarea, volvió á París. Prim ocupó la presidencia del Consejo y la cartera de la Guerra. Tenía la realidad del poder; Serrano, la apariencia. Ahora bien: he aquí cómo Guerrero, su amigo más íntimo, define los verdaderos sentimientos de aquel dueño de los destinos de España: «Concede mucha importancia á estar y seguir en buena inteligencia con Francia; pero la concede diez veces más á permanecer en términos amistosos con Prusia».

EMILIO OLLIVIER

De la Academia Francesa.



EL CASTELLANO EN AMÉRICA

Es un asunto éste de esos que, por ajenos que parezcan al acaloramiento de las pasiones, y por fríamente que se discutan en la región serena de la ciencia y de las ideas, si no levantan ronchas, no pueden menos de hacer cosquillas. Si americano hablase á americanos, si español á solamente españoles, buscando á contentar á unos ó á otros, el carril estaba trazado. Si como español que soy pretendiese darme á conocer en el mercado americano, no había más que seguir el que otros han abierto con gran contentamiento de sus ánimas y bolsillo, y con no menos bien satisfecha vanidad de los lectores que pagan el pato. Soy demasiado Quijote y me apaño harto desmañadamente en estas cosas; en cambio mi brutal aragonesismo me arrastra, quieras que no, á cantar las verdades en sí bemol, si á mano viene, con tal de quedarme satisfecho con el desahogo de la cantata. Soy admirador y amante de los americanos. El gran movimiento lingüístico promovido entre ellos por la ocurrencia que tuvo un Andrés Bello de publicar una sugestiva gramática, y el silencio, lingüístico también, que al propio tiempo por acá en España formaba notabilísimo y lamentable contraste, me pone de parte de los de allá y me aleja de los míos. A los escritores americanos que de una ó de otra manera conozco, no debo más que mil finezas y atenciones. Nada para mí se ha escrito de más subidos quilates acerca de nuestra lengua que el *Diccionario de construcción y régimen*, y con más hondo conocimiento de la psicología del castellano que las

Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, y las modestísimas y soberbísimas *Notas á la gramática de Bello*. Estas obras, producto del cerebro lingüístico de primer orden y del arsenal inmenso de papeletas de la incansable y bien organizada laboriosidad de D. Rufino José Cuervo, me atarían de pies y manos para no soltar la lengua sino en toda suerte de encomios para los escritores americanos, aunque la talla gigantesca del jefe no me dejara ver la cerrada falange que le sigue. Y cuenta que no son astros de pequeña magnitud Emiliano Isaza, con el mejor *Diccionario de la conjugación castellana* que poseemos; ni Bello, con su genial *Gramática castellana*; ni Peña, con la suya; y pasando del estudio del castellano general al de americanismos, tampoco son estrellas telescópicas Esteban Pichardo, que abrió á todos el camino con el *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*; ni Zorobabel Rodríguez, con su *Diccionario de chilenismos*; ni Daniel Granada (español), con su *Vocabulario rioplatense razonado*; ni Ricardo Palma, con sus *Neologismos i americanismos* y sus *Papeletas lexicográficas*; ni Julio Calcaño, con *El castellano en Venezuela*; ni Alberto Membreño, con su *Vocabulario de los provincialismos de Honduras*; ni Antonio Batres Jáuregui, con los *Provincialismos de Guatemala*; ni Eufemio Mendoza, con sus *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mejicanas introducidas en el castellano*. Menos para Bolivia, Nicaragua y Paraguay, existen obras especiales que tratan de los provincialismos de cada una de las Repúblicas americanas. En España, si exceptuamos el *Diccionario aragonés*, de Borao, apenas si merece citarse hasta estos últimos años obra alguna, no sólo de provincialismos, pero tal vez ni aun de gramática castellana en general. En cambio, de toda esa inmensa labor americana, sólo se conoce aquí de veras el *Diccionario de galicismos* de Baralt. No se conocen ni siquiera las obras trascendentales ó, como ahora dicen, mundiales, de Cuervo, Bello é Isaza; porque no es conocerlas el que el *Diccionario de construcción y régimen* se encuentre en algunas bi-

bliotecas públicas tan cerrado como el cofre del Cid, ni el que de la *Gramática* de Bello se hayan hecho dos infames reimpressiones en Madrid, mientras serán contadísimos los maestros de escuela que hayan oído el nombre de Bello, y los profesores de latín y castellano de nuestros Institutos que hayan tenido la curiosidad de consultar, y hasta de abrir, su *Gramática*.

Estoy, pues, por los americanos, y desearía dar á conocer á los españoles ese inmenso trabajo lingüístico, ese nuevo mundo intelectual, enteramente inexplorado y desconocido; pero no sé si en este artículo me quedará espacio para hacerlo. Pocos meses ha nos convocó á unos cuantos aficionados á los estudios lingüísticos la Unión Ibero-Americana, para que tratásemos de una ponencia sobre lengua castellana: habían comprendido los señores de la Junta general lo que el peruano Palma escribió hace tiempo: que «el lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España, es el del idioma». Todo se desbarató, como suele suceder aquí, por causas que me guardaré bien de manifestar. Pero lo que viene al caso es que se propuso una especie de Congreso lingüístico, moral, por decirlo así, sin asistencia de los congresistas, y consistente en que se invitase á los centros literarios y á las personas competentes de América á contribuir con papeletas á la formación de un *Diccionario* de vicios y deficiencias de la lengua castellana en todos los países donde se habla, y de sus correspondientes enmiendas. Lo que allí no se dijo fué que ese sin fin de papeletas que se buscaban estaban ya no sólo recogidas, sino publicadas en otro sin fin de libros americanos, de los cuales son contados los ejemplares llegados á Madrid, y eso de las obras que hayan tocado las costas de la Península, que son la menor parte.

Nuestras publicaciones pasan el charco á duras penas, mayormente si no son novelas, y tresdoblan su precio en manos de aquellos libreros, y aun en las de éstos, hasta el punto de que ciertos libros, aquí baratísimos, solamente los muy acomodados se los pueden procurar. Pero las publicaciones de

allá, ni á peso de oro se hallan en nuestras librerías. Si tienen ó no la culpa los libreros, ó los estafadores de correos, ó lo que fuere, otros lo sabrán, que no yo. Ello es que la vía más directa y económica es la de Alemania ó Francia, camino que, por corto que sea, no deja de ser tan largo como extraño y peregrino.

Pero yo me sospecho que si de América no se traen más libros, es sencillamente porque á los españoles no nos da el naipe ni nos pirramos por la literatura americana. Y aquí entra el cuento. Apreciabilísimas son las obras que por allí se han escrito acerca del castellano, y no menos de estimar algunas obras literarias. Pero, digámoslo brutal y secamente, es tan floja por término general la literatura americana, tan ligera y tan híbrida en el fondo y en la forma, en el pensamiento y en el lenguaje, es un reflejo tan pálido de otras literaturas que tenemos ahí en pasando los Pirineos, y se presenta con tan desgarrado desaliño de lenguaje y estilo, con tan extraña vestimenta de percalinas, cuya hilaza, de manufactura francesa, choca con el clima de los trópicos, de las selvas, de las pampas, que no hay paladar español capaz de arrostrar diez estrofas ó tres capítulos de tan desaborido manjar. Esta es una verdad como un templo; está en la conciencia de todo literato español. Y el menosprecio por esa literatura descolorida y extranjeriza, que suena á castellana y americana y no tiene el alma americana ni el timbre castellano, ha envuelto en la condena general toda producción de allende los mares, desde los más genuinos partos de las musas andinas, que (¿quién lo duda?) bailotean por aquellos oteros que es una delicia, hasta los trabajos lingüísticos, que deberían ser de otra manera apreciados.

La cuestión es compleja, el ovillo bastante enmarañado. Yo voy á prescindir del elemento estético, ateniéndome al lingüístico; aunque á decir verdad, si por el hilo se ha de sacar el ovillo, las puntas del hilo estético y del hilo lingüístico hay que buscarlas en París de Francia: allí está la devanadera,

allí se devanó la madeja, se hizo el ovillo, se armó el telar, se cruzaron los lizos, y de allí se embarcó la hilaza para ultramar.

Al hilo, pues, lingüístico, y á París por él. Pero ante todo aclaremos ideas sin salir de casa.

Hay aquí quien, juzgando solamente por los escritos que han caído en sus manos, se ha formado una idea muy errada de lo que es el habla americana y está muy persuadido de que en América el castellano se halla en un estado de corrupción que, no tiene remedio, está desahuciado. Y ese *quien* son la mayor parte de los españoles que no han salido de su casa. Contra tan general opinión conviene hacer ver que no es así, poniendo las cosas en su punto. Yo distingo en América dos lenguas de tendencias muy diversas, que se encuentran en pugna. No es fácil adivinar cuál saldrá vencedora. Estas dos lenguas son el habla del pueblo no ilustrado y el habla de los escritores y de la gente culta que los imita. El habla del pueblo americano no sólo no está en decadencia, sino que se conserva más sana y fresca que el habla de la Península. Regiones hay, como Chile, donde el carácter fonético del habla indígena y otras circunstancias han hecho evolucionar al castellano en una dirección abiertamente separatista: una nueva lengua se está formando; ni hay diques que la contengan ni lágrimas y quejas que valgan, ni siquiera que sean justificadas. En otras, como en la Plata, existe una verdadera Babilonia, donde se han amontonado toda suerte de pueblos y labios. Las lenguas andan como las sociedades y la historia. Forjarse un idioma en la fantasía como algo que va perfeccionándose, pero que al llegar á la cumbre de una imaginada perfección se estanca ó debe pretenderse que se estanque, ó que, por el contrario, al emprender la carrera por la opuesta pendiente degenera, se corrompe y fenece, es un puro fantasear de los antiguos gramáticos que contradice á la naturaleza del lenguaje. No nace hoy una lengua, mañana florece y al día siguiente se deshoja y marchita. El habla es una misma en todo el curso de la historia, pero que siempre evoluciona y por lo mismo es

siempre distinta. Ni tiene momentos de subida ó de bajada, de perfección ó enfermedad; siempre es un organismo completo, acomodado á la sociedad que lo elaboró, y el más perfecto y acabado para aquel momento histórico de aquella sociedad. Tan acabada es el habla castellana del siglo XII para los españoles del siglo XII, como el habla americana del siglo XX para los americanos del siglo XX. Tan mal entallada le vendría al Cid el habla de Porfirio Díaz, como á Porfirio Díaz el habla del Cid. Las ideas son otras, los sentimientos son otros, y otro es el lenguaje. Dejemos ya estas alturas, y bajando á lo llano, vuelvo al lenguaje de algunas regiones americanas. Estábamos en Chile, y repito que allí ha tomado el castellano otro derrotero. ¿Lo habrá tomado igualmente en las demás regiones americanas? Si es así, ¿estará escrito en la historia del porvenir que divergirán cada vez más aquellas hablas y se apartarán para siempre del castellano? Parecer mío particular es que sí, rotundamente que sí. La naturaleza del lenguaje lo lleva consigo. No hay profecía más cierta para un lingüista, ó la lingüística es una filfa. Para los que se les hace duro queda un consuelo. La evolución lingüística es muy lenta: tenemos para siglos. Y si se añade el freno de la literatura, cada vez más influyente en las hablas vulgares, podemos tranquilamente aguardar y podrán aguardar nuestros nietos hasta que puedan decirse lenguas distintas del castellano las americanas.

El daño está en que la literatura americana, si sigue por el camino emprendido, en vez de contener la evolución la despeñará, y por derroteros más desviados todavía que los seguidos por el curso natural del habla vulgar. Esta en América, hablando en general, se guarda más tradicional y conservadora que en España en muchos puntos. Podría citar centenares de vocablos y construcciones, que los españoles hemos desechado, y que los americanos conservan desde la época de la conquista. Algunos de los autores de americanismos la emprenden contra estos hermosos restos de nuestros mayores, teniéndolos por corruptelas del vulgo ó groserías de la gente

rústica. Con esto no hacen más que contribuir á la emancipación del habla americana, dando bien á entender el criterio que les guía, que no es otro que el de la segunda lengua que he dicho hallo en América: la lengua literaria y del habla entre las gentes de cuenta, en cuanto en ella se infiltra del elemento literario. De esta lengua es de la que he dicho que teníamos que ir á París á buscar el hilo y toda su manufactura. Voy á copilar un ejemplar del género, porque no hay manera de formarse idea cabal de lo que él es, pues sobrepuja á cuanto pueda inventar el más destartalado ingenio, aunque sea el de Don Quijote. El párrafo trata precisamente de la cuestión que ventilamos: es un bocado exquisito, ó digamos retal, que á los lectores dejo decidir si se tejió en cerebro americano de raza española ó en cerebro americano que piensa y teje en París, ó en cerebro que de todo eso tiene, como es lo más cierto. Estamos, pues, en París, y dice así:

Antes de solucionar una cuestión, precisa llevarla á la barra (llegamos al puerto). De momento, el juicio crítico, que se ha hecho hoy un prestigio remarcable, debe dictaminar las prescripciones donde tenga lugar una contestación de idioma. ¿Entiendes, lector? Pues yo tampoco: y eso que todos los vocablos son latinos; sólo que con el latín se pueden hacer muchas cosas: puede hacerse francés, castellano, y mezcla, como la presente, que el diablo que la digiera. Y sigue: No tenemos de menester más razones. Y el juicio crítico no es más que el uso que nos fundamentalizamos (hay que tomar el exprés para cogerle el rabo á ese vocablillo) para plantear el monopolio de palabras nuevas. El que no las adopte merece que le espuyan el nombre como hostil á las grandes conquistas modernas, y tras espuirle débese fustigarle el dorso del honor como imbécil que se sale del rango debido. ¿Qué nos interesa el que los seccentistas expresen sus sentimientos con palabras y ambages que ya persona no entiende? ¿Por cuáles imprentamos nosotros sino por los de hoy? ¿Y cómo nos haremos entender de ellos si los propinamos una dosis repelente? (Con esas propinas repe-

lentes te entenderán, ¡vaya, hombre imprentador!..., hasta los cocheros.) *No resultará; y no sólo arruinaremos el éxito* (parece un fabricante francés), *si que también privaremos de las ovaciones debidas al genio inventor* (aquí al fabricante le nacieron alas y vuela, es un genio). *¿Quién sería en estado de obligarnos?* (¡señores viajeros, al tren!) *á llevar aparejo* (¡demonio!) *para comulgar* (¡tres veces demonio!), *á catar heridas al enfermo, á cutir con el enemigo, ó topar con el amigo, á recordar del sueño, á tener responsión de los criados* (¿quién diablos, ó aparejos de diablos, le dice que hable así?) *y á otras mil banalidades de los sexcentistas* (Cervantes á la cabeza) *que pudibundizarían* (¡ay Cervantes de mi alma! ¡ay rucio de mis entretelas! échale el aparejo que se cubra á ese buen señor que se pu-di-bun-di-za) *al hombre menos dotado del espíritu de combatividad? De todos modos, no me hace menester desilusionar á los sabios; ellos no revocan en duda* (¡qué han de revocar, si ese testuz aun para pared no es buena!) *que esas minquionerías, que son el ridículo al colmo* (al con acento de tres varas), *no pueden hacer la ley en un siglo de luz. Abajo, pues, las anti-guallas, que no llenan más condiciones valiosas* (aquí debía de estar llenando la valija y haciendo la maleta para echar á andar). *Al que me hiciese homenaje de semejante retroceso, yo, después de ringraciarle* (¿no decía yo? aquí de la propina á la criada) *con correctas maneras, le diría que tratar de imponerse al siglo es erigirse en juez sin serlo y portarse como inconveniente* (él no se erige en juez, es muy conveniente). *Pocas contestaciones* (habla á la criada, que sin duda no era respondona) *tendría yo con el que pretendiese que yo defecionase de mis ideales literarios* (con su pan se los coma). *Porque es incontablemente cierto* (¡algo menos, hombre!) *que las frases antes sublineadas ya muchos y valiosos sexcentistas las miraban como de insignificancia absoluta y no insumían tiempo en perseguir el placer de usarlas* (menos Sancho Panza, que era así... tan fácil). *¿Por qué nos han de estorquear* (nadie le aprieta las tuercas, no hay que apurarse) *á nosotros el sacrificio de nuestra*

respetabilidad (aquí sin querer imitó á Teresa Panza, cuando trata á la duquesa de *vuestra pomposidad*; pero no es hurto mayor; adelante) *con tan estudiada manera?* Lo que es por nosotros, no caemos en su sentir; queremos independizarnos en absoluto (hágase, pues, de una vez turco). Trabajemos en grande escala (aquí se mete á farolero) por dispensar favoritismo á la propaganda del nuevo estilo, y no choquemos las pretensiones modernas (no hay miedo que tropiece; sube usted por esa escala que es un primor). Como sepamos mantenernos en una conducta perfectamente correcta (aquí ya es moralista de confesionario) respecto de un estilo racional (nada de estilos asnales), no habemos de menester implantar unas leyes absurdas sobre la dicción. Si estas líneas están concebidas en un tono autoritativo y rotundo (en do de pecho muy redondo, quiere decir; nada de becuadros), es debido á las circunstancias que atraviesa la prensa actual. Nuestra misión, que no puede pasar desapercibida, sería improducente atacarla por el lado más sensible, que es el de la libertad moderna. Del resto (de los relieves que caen de esa mesa de la libertad, de la cual no quiere perder migaja; aunque la de disparatar la tiene todo el que quiera hablar por hablar), sería darse los aires (con abanico japonés) de redentor (¡recóncholis!) y hablar en el aire (como un acróbata) el querer con tan pretencioso designio avanzar un sistema preconcebido, que se haría responsable á los resultados de hacer atmósfera (aquí nos mete en una fábrica de gas) que de ahí se inseguirían bajo estas bases (bajo bases y losas nada se insigue, no puede uno menear un dedo, está uno aconchado como una tortuga). Breve: la síntesis del lenguaje está reasumida en el uso. Bajo este punto de vista, el adoptamiento de los clásicos faltará siempre de idiosincrasia (idiota sin grasa, que diría Sancho). No nos ocupemos de ellos, toda vez que su caracterización no se compagina con nuestros sentimientos y lesiona (esto es ya grave) los más sagrados (¡tate!) intereses (¡ah! vamos, era cosa de cuartos!) de la actual sociedad; por esto no puede tener suceso todo autorizado que se le suponga.

Nuestra actitud reluctante no sabría ser bastante enérgica para hacer aparecer más profunda la solución de continuidad entre ellos y nosotros. El que se coaliga con otros para implantar reformas literarias, se inmiscuye donde no le piden, y como á tal se expone á que le mixtifiquen (hacerle mixtos ó fósforos) si no se va á retiro buscándose otra misión (entre infieles como misionero, ó al retiro como paseante en corte). Sólo resta de practicar lo corriente en el estilo, y en lo respectante á la locución picar á la puerta del uso (bien se conoce que no se la abren, pues ni una de sus locuciones las entienden allá adentro los americanos que hablan puro español, y aun yo le entiendo á medias con saber francés) en demanda de proteccionalidad (que bien la ha de menester), pues las ilustraciones (no ibero-americanas) de la prensa y las notabilidades de la ciencia se enrolaron hace tiempo (usted si que está hecho un buen rollo de mantequilla de Soria) al sistema de hablar que personalizamos (y tan personalizado, que es exclusivísimo de su fábrica de usted). Después de todo, jugar el papel de reformista (que lo juega usted á las mil maravillas) es no prevenirse contra el peligro de perder todo el prestigio (porque ya lo tiene perdido). Estar á la altura del presente (haciendo pinitos sobre la vela de la pedantería) y lanzar en olvido el pasado, es el espíritu de conducta (de vino será mejor para acabar de disparatar) que se debe perseguir (como al ratón el gato), si debemos reasumir en síntesis concreta lo expuesto (buena medalla le habrán dado en tal exposición). Inspirémonos en el uso (de fulano, que se llama yo); fijarse bien en ello (no equivocarse la persona, aunque no es fácil), bajo el respecto del lenguaje español (¡eso no! español, ni por asomo), que hoy debe de ser el portabandera de nuestra cultura contra los faramalleros de fantasía (como un servidor de ustedes).

«En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo á cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Tajo,

Por más que hayas nacido junto al Sena,
Y rabie Garcilaso, en hora buena.
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

¡Ay, Iriarte de mis pecados, que no sabías de la misa la media cuando esto escribiste! Ahora, ahora es cuando hay que rechupetearse los dedos, que los dan con azúcar y canela. El nuevo *espíritu de conducta* no cabe en odres viejos, es demasiado volátil. La agudeza de un Quevedo es chata junto á los conceptos de *las grandes conquistas modernas*, que hay que *expresionar é imprimir en condiciones más valiosas y fundamentalizadas*, para que no *pujubundicen al hombre menos dotado de combatividad*.

Esta jerga literaria, en vez de arrancar de la tradición, de la literatura clásica castellana, es un mal injerto de castellano en francés; es querer pensar y hablar á la francesa con palabras castellanas, de origen castellano por lo menos. Y esta hibridez, vive Dios que nada tiene de loable. Esa es la gangrena del lenguaje empleado por los autores americanos. Por ella no gustan en España sus escritos, ni pueden gustar á nadie. En vano la quieren colorear con el pomposo calificativo de progreso, de evolución del lenguaje, y riñen á brazo partido descomunales batallas contra la literatura clásica, contra la literatura española que en la clásica arraiga, y contra los centros conservadores, como la Academia Española. Pero eso ni es progreso, ni verdadera evolución del habla. La avenida del culteranismo, que inundó el castellano literario de palabras latinas, era de ese jaez, no hizo más que emporcar las claras aguas del castellano, que se deslizaban por su curso natural. El aguaducho galiparlista desde el siglo XVIII no lo ha llenado de menores inmundicias. Nada de evolución natural ni de progresivo desarrollo del lenguaje hay en todo eso, y menos le hay en el afrancesamiento del modo de pensar y de escribir de los americanos. ¿Por qué extrañan que el Diccionario no dé pasaporte á tan sucia mercancía? Vengan con voca-

blos del habla vulgar de las diversas regiones americanas, con términos de plantas y animales que la necesidad hizo tomar de las lenguas indígenas. Todo eso es castellano de América, y deberá aceptarlo el Diccionario, como los vocablos exclusivos de Castilla, Aragón y Andalucía. Pero no se confundan las cosas. Esa habla reciente de los escritores americanos no es castellana; acudan con ella á su Academia correspondiente. Ni es del habla genuina del pueblo americano; son, repito, dos lenguajes tan distintos como antagónicos en sus tendencias.

Estas tendencias no pueden ser más claras. Copio á Palma: «Jóvenes muy inteligentes é ilustrados de la nueva generación me han revelado su poco ó ningún apego por la lengua castellana, con estas palabras no escasas de fundamento: la pobreza del anémico vocabulario español, en la marcha progresiva del siglo, es una rémora para la expresión fiel del pensamiento. El cartabón académico es exageradamente estrecho, y para acatarlo habría que pasar la existencia hojeando el Diccionario para convencerse de qué vocablos de uso frecuente están excluidos del léxico. Hoy, en la mayoría de las Repúblicas, no son muy leídos los libros españoles, y la juventud universitaria devora los textos en francés, inglés ó alemán. No es entusiasta como la de la anterior generación por la lectura de los clásicos españoles. El purismo pasó de moda. El siglo xx impone un vocabulario más rico que el tan admirado del siglo de oro ó de esplendor para las letras castellanas. Hoy tiene caracteres de aforismo esta espiritual frase de Unamuno: «no caben, en punto á lenguaje, vinos nuevos en viejos odres».

Aquí está bien caracterizada con todos sus pelos y señales esa jerga literaria, que han barrido sobre todo del francés «jóvenes muy inteligentes é ilustrados de la nueva generación», pero que tienen «poco ó ningún apego por la lengua castellana». A la verdad, no quieren castellano; quieren otra lengua distinta, híbrida de castellano y francés. ¿Y los nuevos términos extranjerizos de esa jerigonza son los que tienen empeño

en que los acepte la Academia Española? A nueva lengua, nueva Academia. Ténganse ellos, pues, su Academia de esa nueva lengua. Si tienen poco ó ningún apego á la lengua castellana, ¿qué les importa de nuestra Academia ni de nuestra lengua?

Esotra cantilena de que «la pobreza del anémico vocabulario español, en la marcha progresiva del siglo, es una rémora para la expresión fiel del pensamiento», no faltan jóvenes que la solfeen también por acá en España. El vocabulario español lo dejaron precisamente anémico, en camisa y casi en cueros los galiparlistas, que redujeron el sobreabundantísimo léxico del siglo xvi al pobrísimo del siglo xviii por ceñirse en castellano á solos los términos que tienen su equivalente en francés. Y á pesar de eso, ese «anémico vocabulario español» es el doble en grueso del vocabulario francés; y no tiene el lector, para convencerse, más que tomar en su mano cualquier Diccionario español-francés y francés-español, y comparar el grueso del lomo de los volúmenes. Si con la mitad tienen los franceses que les sobra para «la expresión fiel del pensamiento», ¿por qué con el doble de palabras y con el triple de metáforas y frases que empleaban nuestros clásicos, y en parte no queremos nosotros emplear, sólo porque no las tienen los franceses, no podremos expresar ese pensamiento? ¿Tan sutil es y alambicado, tan hondo, tan cerrado, ese pensamiento moderno, que no cabe en el castellano, que abarcó, cual ninguna lengua, desde la mística hasta la picaresca, desde el Renacimiento, donde se hallaba todo lo moderno, hasta la antigüedad grecolatina, que distaba bastante más del siglo xvi que no dista del mismo siglo el siglo xx? Por lo menos, esos jóvenes «muy inteligentes é ilustrados» en su nueva jerga, ¿habrán expresado esas sutilezas, alambicamientos y honduras, que pasan del alcance del castellano? En la literatura americana yo no hallo nada de eso, sino más bien mucha ligereza y superficialidad, y conceptos más romos que agudos, sentimientos más secos que jugosos, filosofías que nada tienen de ger-

mánicas, de hondas, de trascendentales. El Sr. Palma escribe lindísimamente: no por esa nueva jerga, que él no emplea, sino por lo picaresco de su habla; adaptada á la bohemia, á la picaresca, que remedó allá en Lima el modo de ser y de hablar de la vieja España.

Claro está que si esos jóvenes no leen nuestra literatura, sino la francesa, tropezarán á cada paso al querer expresar tan bien en castellano como los hallan escritos en francés los sentimientos y pensamientos franceses. Es que cada pueblo tiene su matiz propio y exclusivo en el sentir y pensar, que sólo puede expresarse en el propio idioma, que con ese sentir y pensar nació. Ahora, que el sentir y pensar francés y su idioma sean más ricos, originales, hondos, pintorescos, vivos que los del pueblo que creó el castellano, esa es una cuestión que puede resolver la literatura comparada y la comparación de los idiomas de entrambas naciones, y el fallo está dado tiempo ha por nacionales y extranjeros.

El sol de Andalucía no cabe compararlo con las nieblas de París, ni la sangre hirviente, negra y tenaz española con la belicosa y rubia, pero ligera como el agua, de nuestros vecinos. La picaresca, la mística, el teatro á lo Calderón y Lope, la novela cervantista, los manolos y chulas, son cosas que les dan á ellos en rostro y que los críticos alemanes é ingleses califican, por el contrario, de lo más original, naturalista, profundo y característico en punto á costumbres y literatura.

Ejemplo al canto: esta *espiritual frase* dice Palma del dicho del Evangelio y de Horacio. ¿Qué significa aquí *espiritual*? Mucho en francés, porque tiene un matiz intraducible. Pero en castellano es simplemente una gansada. Toda frase que exprese un pensamiento, ó dígase cosa del *espíritu*, es *espiritual*. Ese matiz francés del vocablo es, pues, tan bonito como ligero, pero tan poco profundo como lo son ellos mismos: bueno para hacer efecto al primer golpe, y por lo mismo para que lo lleven y sepan venderlo en todos los escaparates del globo terráqueo los modistos parisinos y esté de moda unos días;

pero como le falta profundidad filosófica y colorido de fantasía, su moda pasa y se desvanece como todas las modas parisinas.

Pero, en fin, es inútil que á esos «jóvenes muy inteligentes é ilustrados» les queramos persuadir de que el léxico castellano nada tiene de anémico, sino de sobrado, que es por lo que siempre pecó, como por lo sobrado y exuberante pecaron nuestros ingenios, desde Séneca y Lucano hasta Lope y Calderón, desde Castelar hasta el anémico Tostado. Porque bastaría preguntarles que ¿por dónde saben ellos que nuestra lengua padece de anemia, si, como dice Palma, no han leído á nuestros clásicos? Tiene gracia que, movidos de aversión por todo lo que sepa algo al nombre español, devoren textos no castellanos, piensen extranjerizamente, no hayan abierto un libro clásico castellano, y nos vengan después con lo de la anemia de nuestro vocabulario! Pero aún tiene más gracia el que, después de haberse hecho para su uso particular un vocabulario de palabras barridas con ignorante é inexperta mano de otras lenguas, nos vengan con la ingenua pretensión de que las incluya la Academia en el Diccionario castellano. Pónganlas, noraental, en el Diccionario de esa riquísima, progresiva y espiritual lengua, que ellos se van apañando con tanta inteligencia como ilustración, y dejen estar al Diccionario castellano con lo que es suyo y á la Academia con lo único que le incumbe, que es registrar los vocablos que emplea todo aquel que pretende hablar castellano, no los que empleen jóvenes inteligentes é ilustrados que tienen poco ó ningún apego por la lengua castellana.

Para no condenar en globo á todos los escritores americanos, conviene aclarar las cosas y hacer una distinción importante, que hace el mismo Palma, escritor tan castizo y á la antigua española, que más bien tiende á lo viejo que á lo moderno en su vocabulario y estilo; aunque ciertos desabrimientos, en parte justificados, le hayan hecho últimamente portaestandarte del neologismo y párroco de esa nueva feligresía, muy inteligente é ilustrada.

Los americaños ya entrados en años, los hijos de los que se hicieron independientes, á vueltas de cierta aprehensión de tiranía, que acerca de los españoles les llevó á las narices el humo de la pólvora que cuando niños les rodeaba, conservaron un grato recuerdo de la madre patria, que, si no todas veces oyeron de labios de sus padres, leyeron por lo menos en sus más hondos y arraigados sentimientos.

Los que de entre ellos se han dedicado á las letras se han mostrado hasta extremos en acatar la autoridad de nuestros clásicos y de la Academia Española. No conozco obra lingüística escrita en España donde tantos miramientos se guarden con la Academia, como se echan luego de ver en las mejores compuestas en América. Bello, Cuervo, Peña, Isaza, Baralt, Calcaño, Membreño, Batres Jáuregui, el mismo Palma, son académicos hasta exagerados. No lo soy yo tanto, ni muchos de los mismos miembros de la Academia, y en este punto había de llevarles la contra. Quéjense, es cierto, y repiten en todos los tonos de la gama, de que son una mayoría, cuyos modismos debiera tener en cuenta el Diccionario académico, que algo pesa el voto de cincuenta millones junto al de diez y seis, que el castellano es tan suyo como nuestro; pero estas mismas quejas y la escrupulosidad con que hojean el Diccionario y Gramática de la Academia compulsando con las de ella sus propias doctrinas, y el afán de que se les atienda y el proclamarla como centro de autoridad, ¿no prueban más que manifestamente que son quejas de hijo desatendido, pero en ninguna manera desamorado y rebelde?

¡Cuán otros se nos presentan los jóvenes de la nueva generación! Sin el menor apego á la España, que sus padres, al cabo como españoles, respetaban; antes, con la prevención y aun inquina no disimulada, cautelosos y escamados, han vuelto la espalda y alejándose lo más que han podido de cuanto huelva á español. Cual perro recién desatado de la cadena, se lanzaron tras el resplandor que admiraron en países de otra raza, y allí, encandilados, embaucados, emborrachados como niños inex-

pertos, que niñas son las nuevas nacionalidades, con los vicios y virtudes de los hombres niños, dieron rienda suelta á su hambre por los apetitosos pastos de la novedad, y se hicieron franceses y hasta ingleses ó canchadales, con tal de dejar el habla castellana, último resto que les quedaba de españoles.

Alimentos extraños, mal digeridos y asimilados no podían producir más que ese hartazgo y esa jerigonza de lenguaje que afea las obras de los mejores ingenios sudamericanos. Los españoles no nos hemos cuidado para nada de esos pródigos del habla castellana. No asomó á nuestros labios la menor mueca de desdén ó de resentimiento. Creer que en España se odia ó se mira, aunque no sea nada más que con cierta prevención, á los americanos, es otra niñería por parte de los que por allá crean semejante paparrucha. Lo único que aquí ha caído mal entre los literatos que conocen sus escritos es esa monserga empleada por escritores que, gloriándose de hablar castellano, lo han ido á aprender á París. No hay punta de malquerencia en ello: es el desagrado natural que causa lo deforme, y el sentimiento de que de lo deforme se alardee.

Y el hecho es á todas luces clarísimo, mal que les siente á nuestros hermanos de allende los mares. Hay que decirlo francamente. Salvo las raras excepciones de aquellos varones eminentes, que en punto á literatura estudian nuestro pasado, los americanos escriben mal, la mayor parte horriblemente mal, y, á vueltas de delicadísimos chispazos de poesía, los mejores poetas dan de bruces y sueltan necedades de á tomo. No es el habla del pueblo americano, ni el genio de los escritores: es esa novelería extranjeriza, la que los malea. El galicismo es un cáncer que hay que sajar hasta en sus últimas fibras. Los que lo defienden, sea como fuere, favorecen esa peste del lenguaje literario de América. Ni admite defensa alguna razonable, porque el galicismo es cosa distinta del neologismo necesario.

Hablando de galicismos y anglicismos, dice seriamente el inteligentísimo y muy querido amigo mío Sr. Palma «que algunos de ellos son precisos por no existir en castellano voz

equivalente, como sucede con las palabras *revancha*, *sport* y otras pocas». Adán, cuando llegó á ser abuelo, no sé yo si mandaría traer de París los juguetes que el día de Reyes regalaba, sin duda alguna, á sus rubios netezuelos; lo que sí tengo muy averiguado es que aquellos rapazuelos jugaban y se daban al deporte con más gusto que el más estirado de los ingleses. También sé de buena tinta que cuando Caín jugó aquella mala partida á su hermano, de dejarle en el sitio de un guijarrazo, no faltó quien desease tomar el desquite, y, para que no se desquitasen sin cuenta y razón, tomó Dios por suya la causa del fraticida, señalándole en la frente, y él por su parte se tuvo el cuidado de guardar la pelleja, emboscándose lejos de la gente. ¿Cree el Sr. Palma que nuestros abuelos tenían sangre de chufas, para no sentirse picados y procurarse el despique, y que los nietos del rey que rabió fueron tan severos que en su niñez, ni en su mocedad, ni en su edad madura, ni en su misma chochez, no les gustaba entretenerse, divertirse, jugar, espaciarse, holgarse y echar una cana al aire cuando llegaron á tenerlas? Pues créame que todos hemos sido hijos de Adán y nietos del rey que rabió. Y á eso se reduce todo el alegato en favor del galicismo, y esa es la sencilla contestación que se le debe dar.

JULIO CEJADOR

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

FRANCISCO DE HERRERA

(1576-1656)

A diferencia de Roelas, que ni entonces ni más tarde gozó de mucha boga, Herrera el Mayor fué, como pintor al fresco, al óleo y al temple, arquitecto y grabador, el favorito de sus contemporáneos. Los españoles le estiman como el creador del estilo nacional. Este parece haberse alcanzado primeramente en los antiguos tiempos de Rafael Mengs. «Era, dice Cean Bermúdez, el primero que desterró de Andalucía aquella tímida manera tan arraigada en sus pintores, creando un nuevo estilo que revelaba el espíritu nacional.» Al pie de su cuadro, de la Biblioteca Colombina, se lee: *Formó un nuevo estilo, propio del genio nacional*. Esta indicación crítica ha sido desarrollada más tarde por los escritores. «Ninguna huella de imitación italiana, ninguna concesión al arte del pasado.» «La emancipación de la escuela de Sevilla es el pensamiento de toda su vida (1). Ya de joven era un feroz misántropo, formado en la sociedad autodidácticamente; pero naturalista por abolengo, despreció las estrechas y mezquinas doctrinas de la escuela de Vargas que su maestro Luis Fernández le proporcionó. Todavía, en un libro recientemente escrito á la vista de

(1) *Gazette des Beaux-Arts*, 1859, III 169 y siguientes.

sus obras, aparece como una maravilla á lo Miguel Angel y rodeado de genios y titanes. Contenía ya dentro de sí á Velázquez, Murillo, Cano; si en forma algo *tosca*, con la fuerza y dignidad del genio. Es el primero que abrió allí las puertas del naturalismo.»

Se concibe este prejuicio si recordamos cómo, según se cuenta, se colocaba ante el caballete: «Dibujaba con trozos de caña quemados, y pintaba con pinceles de cerda (*brochas*). Si alguna vez se dió el caso de que le abandonaran sus discípulos, dejó á su criada embadurnar (*bosquejar*) el lienzo con grandes pinceles y escobas (*brochones y escobas* que recuerdan el *balai ivre* de Eugenio Delacroix), y antes de que se secara el color formaba con el pincel figuras y personajes».

Completa el retrato de este patriarca del impresionismo el carácter del hombre. Era tan rudo, tosco y descontentadizo (*rígido é indigesto, de poca piedad*) según Palomino, que sus propios hijos huyeron del infierno de aquel hogar: la hija á un convento, y el hijo Franz á Italia con 6.000 *pesos*. Abusó de su habilidad en el grabado fabricando moneda falsa, y tuvo que refugiarse, perseguido por la justicia, en el Asilo del colegio de jesuítas de San Hermenegildo, cuyo retablo le fué encargado. Cuando Felipe IV, en su juventud, visitó esta iglesia (1624), preguntó por el pintor, y al saber su desagradable historia, dijo: «En este asunto soy juez y parte»; y llamando á su presencia al fugitivo, «Quien posee tan grande habilidad, exclamó, no debiera abusar de ella. ¿Qué necesidad tenéis de oro ni de plata? Id; estáis libre, y cuidad de no reincidir».

Son interesantes estos juicios en el conocimiento de las obras de este pintor, alquimista y superhombre; pero pasemos á su más importante creación (*producción más completa*), su celebrado Juicio final, en la parroquia de San Bernardo, la cual produce decepción, pues se espera otra cosa muy distinta.

El grupo principal está formado por el Senado Celestial, un semicírculo en el estilo de la Disputa, en cuyo centro el Juez

levanta su diestra para bendecir á los bienaventurados, mientras con la siniestra abraza la cruz. No conserva nada de aquella ira de Buonarroti que (como dice Pacheco) parece destruirlo y aniquilarlo todo; es el dulce Hijo del hombre de la teología rafaelesca, y hasta con la misma inclinación de cabeza. En la corte celestial se reconoce al punto aquella Pentecostés de Roelas, si bien las sombras son más oscuras, las miradas más intensas, los diversos tipos á veces triviales, pero nunca vulgares, llenos de vigor y de bondad; entre ellos hay cabezas características, algunas, sobre todo, por el corte de la barba y cabellos de la época. Por último, un rasgo personal los comprende á todos: la profunda seriedad del momento, que llena las conciencias y les hace estar pendientes con ojos y espíritu del Juzgador del mundo, en la calma sepulcral de este terrible minuto.

La parte inferior está dispuesta en forma de escorzo: lo componen un grupo de pobres pecadores y diablos; como soldados al toque de llamada, apiñanse los resucitados. Delante álzase el grande, caballeresco y un tanto sobrio San Miguel, que pesa las almas; el fiero espíritu que esgrime la tajante espada; figura dominante de esta parte del cuadro, ante la cual todo retrocede... ¿Dónde está aquí el improvisador? Cean Bermúdez halla en él «arte de la composición, contraste de las figuras, equilibrio de los grupos, elevación y filosofía en la expresión».

El colorido y claro-oscuro son los de Roelas, aunque un poco más fuertemente acentuados. La luz que cae de la izquierda divide el inmenso cuadro y modela las figuras, dándoles más relieve en virtud de los contornos oscuros; el color es más pastoso y sin fundir.

Aún existen otros varios cuadros notables pintados en esta manera, como, por ejemplo, el casi olvidado hasta ahora San Ignacio ante el altar, en la Universidad, en el cual se ve á los fieles debajo en actitud de devoción fanática; los ángeles revolotean alrededor del celebrante, moviendo incensarios con celo

infantil. Estos geniecillos músicos que esparcen flores son hermanos de aquellos de Roelas; niños gigantes, de frescas y rosadas mejillas y de ancha frente, claros y redondos ojos, rudas narices chatas, rosada boca y largos rizos color de pan, que caen por la frente y cuello en ondas.

Estas obras dan una idea de la manera del pintor, pues fundaron su reputación, y con ellas, como asegura Jusepe Martínez, «conquistó general aprecio de los inteligentes». Con arreglo á ellas le ha caracterizado Palomino, su primer biógrafo (*Museo*, III, 314). Le parece la manera de Herrera (*casta*) completamente italiana, de gran dibujo y fuerza de claro-oscuro, por la cual y el sólido empaste adquieren las figuras plasticidad (*de bulto*).

Así lo que Herrera posee del arte de la pintura procede de Roelas, el cual llegó á Sevilla y alcanzó su apogeo cuando aquél contaba treinta años de edad (1617) (1).

En efecto, él nunca llama á nadie su maestro; pero la semejanza es tal, que la Pentecostés de Roelas fué atribuída á Herrera por persona tan competente como Cean Bermúdez. Lo que él poseía propio era el temperamento.

Pero cuando el éxito aumentó su amor propio y conoció á su público, mostró su natural rebelde á todo yugo, encontrando pronto en toda forma una traba molesta. Quizá le fuese más cómoda la técnica de los frescos, en la cual pintó muchas obras, ha largo tiempo perdidas. Acostumbrado á llenar rápidamente grandes superficies, le impacientaba el lento procedimiento de la tela. Hizo ensayos con más sencillos métodos. Primero parece haber llegado á un claro-oscuro del género de Caravaggio, quizá sin haber visto sus cuadros; fué el primero que aplicó allí las masas de sombra sin transición, de los naturalistas italianos, como puede verse en la gran Pentecostés de

(1) Su obra más antigua, en San Martín, no permite juicio alguno seguro por su estado de ennegrecimiento. De todos modos, no presenta ningún parecido con su última manera.

la galería de López Cepero, que por excepción firmó y fechó, como si temiera que no se reconociese dicho cuadro por suyo. Allí aparece, en segundo término, la reunión de los Apóstoles, y delante un movido grupo de siete fuertes varones en revuelta confusión; los agitados gestos de los convidados parece que quieren hacer palpable la confusión de lenguas; ropajes de sencilla grandeza, grandes superficies de profundas sombras, aunque sin color, con breves transiciones esfumadas sin tonos intermedios sobre fondo á toda luz. Este lienzo dió tal vez más que hacer á sus discípulos que todo lo que el maestro había pintado anteriormente.

Parece ser que encontró estrecho el tradicional círculo de asuntos. Se sabe por Palomino que Herrera pintó primero cuadros de género (*bodegoncillos*, cuadros de cocina ó tienda), gusto estrechamente relacionado con la vida de tabernas y gitanos. Tales cuadros profanos no se encuentran ya apenas en España: desaparecieron en la legión de lo desconocido (1).

La tendencia realista encontró siempre pasto en las leyendas de monjes de las Cruzadas. Herrera pintó en San Buenaventura, además de los caballeros cruzados del techo, que todavía se conservan, cuatro escenas de la vida del santo titular, á las cuales Zurbarán añadió otras cuatro. Tres se ven hoy en la casa de campo The Grove, de Watford, adonde las llevó de España Earl de Clarendon. Las cabezas y actitudes de monjes del coro de la sombría iglesia, el grupo de hidalgos del campo, y otros, están en dicha obra trasladados al lienzo con la ingenuidad incomparable de la vida, trazados con sueltos y redondeados contornos, muy suyos, en un claro-oscuro deslumbrador de un gris verdoso-amarillento.

También terminó en este vigoroso estilo el Pedro arrepentido de la sacristía de la catedral. Es un viejo aldeano que en un

(1) En el interesante cuadro de la Galería Czernin, en Viena (número 64), que representa un ciego tocando la *lira rústica*, creí yo reconocer la manera de Herrera.

arranque de cólera ha tenido la desgracia de matar á un vecino suyo, y que se siente sobrecogido por el terror del infierno. Debajo de una calva y pronunciada frente, y entre los salientes pómulos, se asientan unos ojos pequeños y negros; pero en tan dura fisonomía no pueden reflejarse sentimientos; la contrición se revela solamente en el movimiento de la cabeza y en las rugosas manos cruzadas sobre las rodillas.

Los dos inmensos lienzos del Museo de Sevilla, San Herenegildo y San Baudilio, dan una idea del salvaje amaneramiento en que incidió después, y hacen verosímil la leyenda que Cean oyó á «los viejos pintores» (que debió nacer ochenta años después de la muerte de Herrera). Con este estilo pudo llegar al corazón de los modernos. Son estrafalarios *borrones*; como un loco furioso arroja lejos de sí sus vestiduras, arrojó él las reglas del arte. Disponiendo la extensión en el sentido de la profundidad, amontonaba sus gigantes espectros en perspectiva sobre una superficie distribuída en pisos; sentados sobre las nubes, miran al vacío con redondos ojos de mochuelo. Ahora bien: ¿qué cualidad artística subsiste en semejantes marmarrachadas? No se le puede alabar por un colorido sin transición, pues no se descubre en él ni colores ni claro-oscuro. Tampoco muestra estudios de fisonomía, pues no hay Cristo más falto de expresión que el suyo. Sólo en aquella desdeñosa y fuerte actitud de las figuras, en medio de una «tumultuosa» orgía del pincel, se descubre que asistimos á las ruinas de un gran talento.

A veces la inervación de este vigoroso espíritu falto de equilibrio ejerce un efecto diabólico. Estas cualidades le proporcionaron en otro tiempo un sitio de preferencia en la *Salle Carrée* del Louvre para su «San Basilio dictando su doctrina». En la Galería de San Telmo existen dos trípticos de este asunto. La centelleante mirada perdida en lo infinito y la mano levantada con la pluma, parecen indicar la inspiración del momento en que una idea divina pasa por los umbrales de su conciencia. Alrededor de él ó, mejor, á su lado, un poco más aba-

jo, están sentados como amanuenses que aguardan su palabra, nada menos que San Bernardo, Pedro Mártir y el gran inquisidor Diego, obispo de Osma. Siniestras figuras con puntiagudas capuchas agitan sus blancas mitras, alzándose ante nosotros como los reyes muertos ante la caverna de Forres. Cuelgan de ellos como podre y telarañas del infierno. Asistimos á la alucinación de un preso del Santo Oficio, que ve agitarse ante sí al juez y al escribano que escriben en el papel la condenadora confesión arrancada por el tormento.

Tenía ya más de setenta años (1647) cuando pintó á brochazos sus cuatro cuadros más grandes, antes en el salón del palacio episcopal: El maná, El agua de la roca, Las bodas de Caná y el Milagro de los peces y de los panes. Allí se ve que sólo las muchedumbres y las cosas grandes podían mover su mano, envejecida, sí, pero siempre poderosa. El último de estos cuadros apareció una vez en la escalera de la Academia de Madrid. El Salvador, sentado bajo una vetusta y sombría encina, con los grandes y brillantes ojos dirigidos hacia el cielo, bendice con sacramental solemnidad á los discípulos ordenados en fila. En el valle del segundo término están representados con fidelidad los efectos del milagro. Por último, su inclinación le trajo á Madrid, donde murió en 1656.

Herrera no es el «inventor de un nuevo estilo», pues el suyo es, en realidad, el lenguaje de Roelas hablado por un temperamento radicalmente distinto. Tampoco contribuyó á la emancipación de la escuela de Sevilla, la cual no se echa de menos en las obras de Roelas. No hallamos en sus obras ninguna figura de la fuerza del San Yago, ni ninguna cabeza de más realismo que la de Santa Andrea, y pocos efectos de luz tan poderosos como los que Roelas lograba. Ningún pintor de Sevilla imitó su estilo. Tampoco puede llamársele en cierto modo un naturalista, pues si pintó cuadros de género era demasiado vehemente para ajustarse á un modelo. Pintóse comúnmente á sí mismo, y pintó de memoria. No podemos, pues, dar á esta manera libre (*libertad y franqueza*) tan absoluto valor.

FRANCISCO PACHECO

(1571-1654)

Mientras Roelas y Herrera buscaban nuevos rumbos, un hombre dotado de organización radicalmente distinta defendía con la pluma, y á su juicio también con el pincel, los tiempos que agonizaban, no sin adivinar que predicaba á sordos ni dejar de hacer ciertas concesiones á los jóvenes. Este hombre fué Francisco Pacheco, en otro tiempo condiscípulo de Herrera en casa de Luis Fernández.

Entre los nombres de artistas españoles, hay pocos que el genio de la pintura haya dotado tan escasamente, á pesar de su universal talento, pues era á la vez poeta, biógrafo, arqueólogo y preceptista. Más que otra cosa produce la impresión del aficionado reflexivo, del frío soñador intelectual cuyo temperamento parece inclinarle á servir al arte con la pluma. Pero este docto esfuerzo parece mezclado en él con tan irresistible anhelo de crear como escasez de facultades. Su terca voluntad luchó con las dificultades de su naturaleza, y el trabajo metódicamente disciplinado le dotó á la vez de cierta habilidad adquirida y de un rígido amor propio que, fomentado por la polémica, le animó á acometer los más hondos problemas en competencia con los más fuertes, sin sospechar los peligros de tal rivalidad; problemas tales, que ante ellos retrocediera todo el que tuviera un adarme del ingenio que á Pacheco faltaba. Su cerebro, falto de fantasía, lento y estrecho, poseía cierta aptitud para los retratos, bodegones y cuadros de género; pero carecía del conocimiento de sí propio que hace limitar al artista su esfera de acción, fortaleciendo de este modo sus facultades.

Quizá no hubiera alcanzado el renombre que tuvo sin la posición social que el prestigio de su familia, y principalmente de su tío el canónigo y licenciado Francisco Pacheco, le proporcionó. De este docto humanista proceden las inscripciones

latinas de la Giralda, del San Cristóbal y del Catálogo de los prelados de Sevilla. Sus dísticos se leen todavía bajo los relieves en mármol del antecabildo; también esbozó las estatuitas de la custodia de Arfe. Legó á su sobrino las altas relaciones eclesiásticas y la protección del Mecenas de Sevilla, el duque de Alcalá. Elogios de la amistad, ingeniosos ditirambos de poetas y nobles protectores, le dieron sin duda la mayor confianza en sí mismo.

Crecido Pacheco entre monumentos y recuerdos de la ciudad y la provincia (su nombre es celtíbero), no pisó nunca el extranjero, consagrando sus esfuerzos al espíritu local, en investigaciones artísticas y trabajos decorativos de muy diversas clases. De aquí su talla policroma, evidentemente opuesta al clasicismo. Sostuvo sobre este punto ruda polémica con su amigo Montañés, á quien honraba como un pariente espiritual, defendiendo la policromía ejecutada por pintores especiales contra la hecha por los mismos escultores. Trató de sustituir el pulimentado de brillantes coloraciones al óleo con oro (*platos vidriados* llamaba á estas *encarnaciones de polimento*) por colores sin brillo (encarnaciones mates), con sombreados, á los que añadía paisajes en el fondo. Pero en esto le fué hostil el gusto popular, y algunas de sus obras policromas parece que llegaron á ser más tarde pintadas de nuevo. Primero con el San Clemente (Juan Bautista) de Núñez Delgado, después en las principales obras de Montañés, el Santo Domingo de Portacaeli, el Crucifijo de la Cartuja (en la sacristía pequeña de la catedral), el San Jerónimo, en Santiponce, y otros, dió el patrón de su técnica; las obras más interesantes de esta manera son, sin duda, las dos nobles y animadas cabezas de las estatuas de San Ignacio (según la mascarilla de 1556) y de Francisco de Borja en la casa profesa, hoy Universidad (1610). Después nos refiere cómo en su juventud (1594) pintó los cinco estandartes de 30 y 50 varas, de damasco carmesí, para los negociantes de Indias, con el escudo de la Monarquía y Santiago matando moros. También colaboró en las figuras de

bronce pintado del túmulo de Felipe II en la catedral (1598).

Empezó la pintura histórica con la vida de San Ramón Nonato, de la Orden de Mercenarios Calzados, para su Cruzada, en colaboración con su amigo Ildefonso Vázquez. Era éste uno de los postreros que seguían la bandera de los Vargas y Mohedano, diestro dibujante y hábil compositor. Eran episodios de la heroico-religiosa vida aventurera de este caballero libertador de los esclavos cristianos.

De los seis lienzos de nuestro Francisco, dos están en el Museo de Sevilla, uno en Barcelona: la Aparición de la Virgen al pastor Ramón; el embarque en las costas españolas de las huestes liberadoras. En esta hética pintura se echa de ver tiesura de principiante, composición remendada y pliegues metálicos, sobre todo cuando quería fatigosamente caminar al mismo paso que Vázquez. Los ángeles que guardan las ovejas durante la aparición de la Virgen, parecen colegialas en un día de campo. Únicamente la escena del embarque, en que un marinero lleva al Santo en sus hombros, y la barca en cuyo timonel Asensio quiso reconocer á Cervantes (el cual estuvo en Sevilla desde 1598 á 1599), está arrancado de la realidad. Es una marina, en la cual su sobriedad tuvo un instante afortunado.

En el año 1616 pintó para el hospital de Alcalá de Guadaira, por encargo del maestro Francisco de Medina, un San Sebastián, que actualmente se halla en la parroquia de este nombre. La escena en que el soldado cristiano, después de sufrir el martirio, es buscado y asistido al amparo de la obscuridad por la matrona Irene, ha sido reproducida por notables pintores. La noche, de medroso ambiente; el torturado cuerpo del joven, presa de mortal desmayo; los fieles cuidados de las enternecidas mujeres, todo esto pudiera inspirar á un Schidone, Spagnoletto ó Delacroix. ¿Qué hizo de ello este reformador artístico bajo el cielo andaluz? En una limpia y aseada celda del hospital de Alcalá, de cuya pulcritud se forma un favorable concepto, yace un hombre en ropa blanca, en la cama re-

cién hecha, con una taza de rayas azules en la mano; ante él está una mujer inmóvil, de rostro en extremo pálido, y con los ojos cargados por el desvelo; una criadita pone los vendajes en un plato; sobre la butaca se ve el rico uniforme de oficial; en la pared se conservan como reliquia los dardos. Por la ventana abierta se ve reproducido el crimen. El cuadro recuerda los estrambóticos cuadros votivos de milagros, cual se ven en las canonizaciones en San Pedro. Sin embargo, subyuga por una cierta verdad, como una historia de aldea contada con la simplicidad bonachona y prolija de los cronistas de lugar (1).

La juventud de Pacheco coincide con los tiempos en que se trataba de igualar la «escuela romano-florentina». Consagró desde lejos á los grandes italianos la más ferviente admiración; desde los diez años, «por oculta fuerza de naturaleza» imitó continuamente á Rafael bajo la impresión de su espléndida inventiva, y especialmente por inspiración de unos dibujos en tinta china, cuya afortunada posesión le había deparado la suerte (2). Su inmediato modelo fué Pablo de Céspedes, como él poeta, artista y anticuario.

Esta veneración y estos estudios vacilaban á veces con sus veleidosas pretensiones de igualar á sus modelos y corregir sus obras en algunos puntos.

Don Fernando de Rivera, duque de Alcalá, que sin duda vió el Palacio del Té en Mantua, le confió en el año de 1603 la pintura de los techos del piso principal de la «Casa de Pilatos» por mil ducados. No conociendo la técnica de los frescos, pintó al temple sobre el lienzo; en un decorado de superficie figuró fábulas con grotescas figuras volantes en vigorosos es-

(1) Un limpio dibujo al lápiz de este cuadro se encuentra entre los de la Biblioteca Nacional de Madrid. En él tiene el paciente una expresión de espanto por hallarse todavía en el mundo al despertar de su mortal desmayo. Anotado, 7 de Octubre de 1615. Las santas figuras del Museo del Prado pertenecen á sus más amazotados trabajos.

(2) *Arte de la pintura*, I, 318 (libro II, 5). «Por oculta fuerza de naturaleza»: ¡sin duda era un pariente espiritual suyo!

corzos sobre fondo negro. Estas son: la Apoteosis de Hércules, Ganimedes, Astrea, Perseo, Faeton é Icaro. Como se ve, siempre tuvo elevadas aspiraciones, que no en todo tiempo logró realizar. En una rotonda del centro están los doce dioses de dos en dos, en perspectiva vermicular, cuyos desnudos cuerpos aparecen como torneados balaustres. Él, sobrio y angustiadamente piadoso, quiso rivalizar con el vivo y ligero Julio, que vencía jugando todas las dificultades del dibujo; no obstante, parecía sentir la zozobra de este vuelo de Icaro:

Temo á mis alas, mi subir recelo (II, 24).

A pesar de todo, el muy celebrado Pablo, en Córdoba, alabó esta creación, y Pacheco le dió las gracias en un soneto.

Esta primera manera aparece ya purificada en la gran Anunciación, que debía colocar justamente sobre la obra maestra de Roelas en el retablo de la iglesia de los jesuítas. El cuadro revela indecibles estudios, especialmente en la armonía de los colores, poco importante para los amanerados hasta entonces. Está pintado á toda luz, en tonos claros, anaranjado y azul como contraste principal, y en las ropas de las triadas de ángeles, azul, amarillo y rosa. Pero ¿cómo pudo un *vecino de Sevilla* (como él se llama en el título de su obra) dar al mundo una muñeca de resorte como aquel Gabriel? ¡Y aquellos rostros de sacristán!

Tendría ya Pacheco unos cuarenta años cuando resolvió marchar á la corte (1611). Allí vió en Madrid y el Escorial á sus venerados italianos en persona. Trabó amistad con el hispanófilo florentino Vicente Carducho (*Nuestro íntimo amigo*, I, 128). También visitó en Toledo al Greco, que ya había caído en sus extravagancias; sus primeras obras maestras, de corte veneciano todavía, sus actuales delirios y sus paradojas, le ponían en no poca agitación.

Este viaje tuvo para él consecuencias. El hombre de principios era, sin embargo, demasiado artista para cerrarse á tales impresiones. Su paleta y su pincel parecen desde entonces

cambiados; la inventiva se hace más natural; su pétrea manera adquiere vida; su estilo agudo, liso, claro y rígido cede á otro amplio, pastoso y granuloso; los efectos de luz favorecen el relieve; el meduloso pincel proyecta haces de sombra y brillantes claridades. Ya en los cuatro cuadritos de Pradella, bajo el duro color ladrillo, «Muerte de San Alberto», de 1612, en la Galería de López Cepero, se nota un tono más caliente y una concepción más fresca, al par que expresión en los ojos. Las numerosas tablas del altar de la parroquia de Brenes en Carmona son de sombría disposición (1).

Abrió luego una escuela de pintura, y su casa fué centro de artistas y aficionados, especialmente eclesiásticos. «Su estudio—dice Rodrigo Caro—era una formal Academia adonde acudían las personas más cultas de Sevilla y de fuera de Sevilla.»

Pronto su amor propio no conoció límites. No se dió punto de reposo en acometer los asuntos más arduos de la pintura eclesiástica, como el Juicio final. En su libro hay cuatro dictámenes de los doctores en Teología sobre este cuadro pintado para la iglesia de las monjas de Santa Isabel por 700 ducados (1614). Se desvió mucho de la tradición; borró las figuras paganas que estropean la obra de Buonarrotti y las fantásticas añadiduras (bocazas del infierno). Las explicaciones de este maestro de ceremonias recuerdan al Overbeck, cuando los domingos por la mañana echaba homilias á los asistentes á su estudio sobre la simbólica de sus cartones. Pacheco nos da instrucciones para bajar á la tumba. El Arcángel San Miguel (1637) en San Alberto (llevado á Londres después de la Revolución del 68), llamó la atención por la gran fuerza del color, á pesar de la antigua dureza de su pincel (2). Pudo aún

(1) Durante el examen de este cuadro, el autor de este libro estuvo en 1882 á punto de ser detenido por la Guardia civil como ladrón de iglesias.

(2) F. González de León: *Noticia artística de... Sevilla*, 1844. I, 167. Soberbia pintura: es del tamaño natural, y se ve en ella gran fuerza de tintas y dureza de pincel.

ser testigo del astro que apuntaba (Murillo), pues vivió hasta 1654. ¿Notó esta nueva revelación de la Virgen en sus modelos, las hijas de su país? ¿Le sorprendió acaso esta libertad? La *Purísima* de Pacheco en el cuadro con el retrato del poeta Miguel Cid (*sacristía de los cálices*), dista por lo menos un abismo de la nueva concepción: es una larga, hinchada y dormilona cara de monja.

EL ARTE DE LA PINTURA

Que un pintor de esta naturaleza había de escribir un libro, es cosa que hubiera podido predecir todo el que conociera el personal de aquella rama de la literatura. Como todo lo que emprendía era de largo aliento, así también este libro fué la obra de toda su vida, que tuvo la suerte de ver impresa en su última edad (1). Para el tratado de los cuadros religiosos tomó notas desde 1605. Hay que distinguir en la obra diferentes capas: en un tronco de severa tendencia enramó conceptos modernos y hasta máximas de naturalismo, según sugerencias de su yerno.

El arte de Pacheco no es sólo un trabajo de pintor y de técnico, sino que tiene la profundidad del sabio y el gusto por las fuentes originales. En cada materia acudió á las más competentes autoridades, y dió la palabra á los especialistas en cada estilo. Los problemas de arqueología eclesiástica los discute con sus amigos de capucha; la parte que trata sobre la veneración de cuadros es un tratado teológico. Toma las ideas madres de la escolástica del jesuíta Diego Meléndez (I, 224). Al tratar del rango de la pintura, cita las definiciones jurídicas del honor; sobre ningún asunto han escrito con más abundancia los pintores españoles que sobre la equiparación envi-

(1) *Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas*. Sevilla, 1649. Nueva edición de G. Cruzada Villamil. Madrid, 1886. Dos tomos. Las citas se refieren á esta edición.

lecedora del pintor con los artesanos en cuanto á la contribución (*alcabala*); para los conceptos estéticos cita á los retóricos de la antigüedad (Cicerón de *decorum* y *honestum*). Pero aun en su mismo campo prefiere las autoridades italianas, traduciendo los párrafos más instructivos de Alberti, Leonardo, Dolce, Paolo, Pini y otros, como Durero y Van Mander. La sequedad de cada sección interrúmpese en cada materia por la intercalación de poesías de estilo didáctico y descriptivo, valiosos trozos que nos han transmitido tesoros inapreciables de poetas andaluces. No hay que decir que no nos hace gracia del parangón.

Sin embargo, no vaya á creerse que el libro es una compilación de géneros literarios. Lleva consigo el sello de trabajo artístico por los detalles, juicios y expresiones, que yo preferiría por su substancia y viveza á muchos mamotretos italianos llenos de pomposas frases. Lo más valioso son las numerosas noticias de artistas españoles, sus bandos, sus polémicas y temas de aquel tiempo. Sin él no tendríamos noticias de muchas controversias, pues la criba del tiempo ha hecho caer en olvido los radicalismos de aquellos días. Cuando toma la defensa de alguna cuestión, su lenguaje gana en calor y colorido. En resumen: mientras vemos sus cuadros con poca paciencia, su libro escrito en claro y puro castellano se lee con interés creciente. Revela éste un cerebro limitado, pero universal, un pensamiento severo y liberal, cosmopolita, y *advocatus patriae*, humanista y familiar del Santo Oficio. El que quisiera representarse á lo vivo el estado del arte español de entonces, difícilmente le llamará «obra tan docta como inútil» (1).

La parte á que él mismo da más valor (2), una especie de canon sobre los cuadros religiosos, contiene, en efecto, cosas originales. Su propósito es (como su temperamento) crítico:

(1) Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas*, II, rechaza este juicio superficial con profundos argumentos.

(2) El más ilustre y grande argumento de nuestro libro. I, 104.

quiere limpiar el hecho histórico de las impurezas que sobre él acumula el tiempo, y dar la verdadera idea de los antiguos. Su más alta ambición es que se le estime por digno de la alabanza de Petrarca á Homero en el Triunfo de la Gloria:

Primo pittor delle memorie antiche.

Ejerce también en ciertas leyendas populares, como la de San Jorge, Cristóbal, etc., cierta crítica molesta para muchos. La verdad está sobre el arte y hasta sobre los deseos de los devotos apasionados. «Los cuadros religiosos son un libro popular, pero deben ser un libro de verdad... Desgraciadamente, los artistas poderosos aman con harto ardor la libertad de sus ideas, arrojando con impaciencia el yugo de la razón; en sus obras hay más (*valentía*) que celo eclesiástico. Aquel grupo de Roelas pintado después por Rubens y Murillo, que representa á Santa Ana enseñando las primeras letras á su hijita, es heterodoxo, «porque María poseyó, desde que fué concebida, razón, libre arbitrio, contemplación y una ciencia infusa de lo natural y sobrenatural».

Hay que extirpar las tradiciones que sobre la Sacra Familia ha acumulado la Edad Media con sus anacronismos. La dulce leyenda de los dos niños Jesús y Juan es un aborto de simpleza é ignorancia (II, 276). Elogia á Durero, que nunca pintó los santísimos pies de María. «Loada sea la Santa Inquisición, que mandó corregir tamaña temeridad.»

Con esto nos priva, naturalmente, de algunas bellezas, pero no sin indemnizarnos. Conoce el *menú* del festín que los ángeles sirvieron á Cristo en el desierto (uno de sus cuadros). Puntualiza los instrumentos de flagelación por medio del hallazgo de reliquias auténticas. Describe al apóstol Pablo como si le hubiese visto (1). Parece tener el dón de ubicuidad. Sólo

(1) Paulo era pequeño, algo corcovado, calvo, de agradable expresión, de ancha nariz judía y larga barba gris; al ser decapitado, fué envuelta su cabeza en transparente velo, y le vendaron los ojos con la toca que le consagró Plautilla.

en consideración al fin didáctico de sus cuadros como libros populares, tolera desviaciones de la Historia, como por ejemplo, en ciertas actitudes de la Cena, y permite que se pongan mitras y tiaras á los obispos con el fin de que se les reconozca.

Si echamos una mirada á los tiempos que le siguieron, podremos calificar esta seudorreforma de caprichos extravagantes propios de un estrafalario, tan pronto nacidos como muertos. Este hombre honrado á carta cabal no sospechó que justamente la libertad había de traer la transformación más íntima y verdadera de la cultura española, que aún vive hoy con inmarcesible frescura. Tenía por perdida la pintura religiosa entre los artistas nuevos. «¡Cuán pocos están en estado de comprender siquiera estos mis testimonios (*documentos*)! ¡Oh! no hay esperanza de salvación.»

¿Cómo encargar el puesto de confianza de (*alcalde veedor de oficio de pintores*) del Santo Oficio á persona más digna de este empleo? Y así fué en el año de 1616 en la Sala Capitular. Su colega era Juan de Uceda. Tenían la misión de estudiar los cuadros religiosos que se exponían en la Feria y en las gradas de la Lonja, y dar parte al Santo Oficio de sus faltas y descuidos.

Nadie menos apto que él para el oficio de inquisidor. Tuvo á Durero, de cuya persona y obras se ocupó con la mayor prolijidad, por un severo católico, y llega á colocarle al lado de Juanes y de Vargas, conocidos por su ligero matiz de ascetismo. En unos treinta lugares de su obra cita al maestro Alberto, llamándole el grande y poniéndole al lado de los más grandes según la serie: Buonarrotti, Rafael, Durero. Nadie ha tratado, por lo común, con más afecto y veneración que F. Pacheco al genio de Nuremberg, si bien, por desgracia, echa de menos la *buena manera*. Este culto se fundaba en la impresión que sus grabados y talla la dieron de la limpieza del hombre. Para el sincero devoto será siempre inherente á la íntima manera el criterio religioso. Por esto pudo tener valor el parti-

dario de Martín Lutero como *católico y santo* para el fiel amigo de los jesuitas y clientes de la Inquisición; estos datos contradictorios no fueron tomados en consideración ante el hecho vivo de la pureza de su espíritu.

LOS RETRATOS

Más afortunados fueron los esfuerzos de Pacheco en lo que se refiere á la especialidad de retratos. Cultivó este ramo por su talento, sentimiento de la individualidad y amor á su patria. Los pocos retratos al óleo que de su mano se conservan ponen de manifiesto su relación con los retratistas de la corte. Vió cómo concluía su pariente espiritual Sánchez Coello los retratos en ausencia de los modelos (II, 139). Habla después de 150 miniaturas, entre las cuales señala como la mejor el retrato de su mujer, María de Párama, una tablita ovalada. Pero la parte más apreciable de la obra de su vida la constituyen los retratos de significados sevillanos, de los cuales pensaba publicar unos ciento después de hacer una selección.

Ya hemos hablado de aquella biblioteca de Argote de Molina. Rodrigo Caro escribió las biografías de los varones más renombrados de Sevilla; Pacheco quiso unir el retrato á la biografía. Cuenta que dedicaba las horas que otros destinan al ocio á la elaboración de estos retratos, «como un entretenimiento no impuesto». Reunió 170, entre ellos algunos de mujeres. Al finalizar el siglo la obra tocaba á su fin. El título es: *El libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*. En Sevilla, 1599. Los fué completando hasta su vejez.

Las hojas están dibujadas con lápiz negro y rojo (*dos lápices*) en ricos marcos que bosquejó con pluma á la tinta china en el tieso gusto del Renacimiento, que entonces privaba. Los emblemas indican la profesión de las personas. Los modelos eran grabados en madera, como la edición de Basilea de la

Elogia del Jovius (1577). El estilo tiene parecido con los dibujos de Ottavio Leoni, los cuales son incomparablemente más vivos. *El Padovano*, como él le llamaba, dibujó bajo Gregorio XV y Urbano VIII los más principales personajes de la corte y de la villa, con tiza en papel azul con luces blancas y rojos tonos de carne (II, 135). Conocidos son sus retratos de artistas de la obra de Bellori (1731). Pacheco estaba en favorables condiciones para la empresa por sus numerosas relaciones y su fuerte «órgano de reverencia». En efecto, el elemento eclesiástico sale muy favorecido (tres quintas partes del total). Figuran además siete poetas, tres pintores, dos músicos, un cirujano, un fundidor de bronce y dos caudillos de la guerra de Granada.

La autenticidad no es constante. Según su propia confesión (II, 143), dibujó en muchas ocasiones sólo por referencia, «para no privarles de tan honroso lugar». Otros parecen pintados de memoria; sin embargo, la mayor parte están copiados directamente. Los dibujos son de sobria y bonachona sequedad, rayana en lo cómico. La publicación fracasó por el coste de los grabados y la falta de buenos grabadores de cobre.

Las semblanzas (*epítome*) se componen de datos, dichos y anécdotas muy oportunos y dignos de nota. No sabríamos nada de los poetas de aquel tiempo más que sus versos, á no ser por él; y una parte de éstos se han salvado por su diligencia. Si comparamos su obra con las de sus sucesores, con la del sabio Nicolás Antonio, el autor de la *Biblioteca Hispana* (1672), y hasta con la de Fermín Arana de Varflora (hijos de Sevilla, 1791), tendremos que confesar que Pacheco no desmintió sus cualidades de artista; nos da, en vez de un incoloro artículo de diccionario, verdaderos retratos ricos de color é individualidad.

Según se dice, la obra fué repartida á su muerte entre varios aficionados; se extravió después, y estuvo largo tiempo escondida en un convento hasta que el abogado Francisco María Asensio la descubrió en Sevilla en 1864, comprando un tomo

con cincuenta y seis artículos por 800 duros. La historia novelada de este rasgo de bibliófilo figura en su librito sobre Pacheco. Por espacio de diez y seis años anduvo perplejo antes de decidirse á publicar dibujo y texto en una magnífica obra de lujo fototípica.

PINTURA VENECIANA

El polo magnético del arte español parece encontrarse desde la Edad Media más bien hacia el Nordeste. ¡Qué serie de catedrales góticas de primer orden hasta bien entrado el siglo xvi, al lado del ya triunfante Renacimiento! Si abarcamos con la mirada su pintura, la balanza se inclina un poco en favor de los holandeses antes que de sus hermanos de Italia, tanto en el siglo xv como en el xvi. Por la misma razón les eran más afines las escuelas del Norte de Italia que las romano-florentinas. Ya vimos cuál fué su labor durante los tiempos que precedieron y siguieron á la entrada triunfal de Buonarrotti y Rafael. Pero apenas se ponen en relación y contacto con Venecia y Parma, la fortuna se pone de su parte. La Italia superior (*Gallia cisalpina*) no ha desmentido al lado de los elementos lombardos septentrionales su parentesco con la Francia meridional y Cataluña, tanto en el idioma como en la pintura. Allí valía más la naturaleza que el ideal, el color y la perspectiva que la forma y sus leyes, la gracia y el movimiento que la belleza, el lujo de la ornamentación que la estructura. El valenciano Ribalta y su discípulo Ribera estuvieron en Parma; los sevillanos adoptaron las doctrinas del lombardo Miguel Angel Amerighi; sin embargo, los primeros que supieron hablar al corazón de sus paisanos durante el apogeo del romanismo procedían de Venecia.

Las relaciones del pintor de Cadora con el emperador Carlos y su hijo (desde 1530) llevó á la Residencia gran número de obras maestras; Felipe trató de ganar al mismo Pablo Ve-

ronés para las obras de San Lorenzo. Los cuadros religiosos de Ticiano no debieron dejar de producir gran influjo sobre aquella tertulia de pintores confinados en aquel desierto. Casi simultáneamente con la muerte del Ticiano, en 1575, se pintaba en España en dos puntos independientes á la manera veneciana. El más autorizado de los nacionales en la colonia escorialense fué el navarro (?) Juan Fernández Navarrete, de Logroño (nacido hacia 1526), llamado «el Mudo» á causa de su temprana sordera. Como los romanistas andaluces, pasó el mejor tiempo de su vida en Italia y Roma; el cuadrito que entregó á Felipe II en prueba de su habilidad, el Bautismo de Cristo, pintado con finura, claridad y calor (Prado, 905), parecía completamente de la «escuela de Rafael». Encargóle luego el rey (1569) una serie de cuadros de grandes proporciones para San Lorenzo; figuras sueltas llenas de plasticidad, la mayor parte de severo dibujo y modelado, de bien estudiadas actitudes, y escorzos, de empastado débil, duro y frío como la naturaleza de sus montañas (?). Pero la invasión de las obras del Ticiano, la Cena, el San Laurencio, desataron la vena soñadora del colorismo. Mientras en su Santiago y en su Jerónimo (1570) trató de imitar á Miguel Angel, en la Sacra Familia (alto claustro) tuvo presente al Zuccaro (según C. Cort), nos sorprende en su Flagelación con una escena de la Pasión al estilo de la Coronación de espinas del Milanés; y el Entierro de San Laurencio es un eco del célebre nocturno de la iglesia de los jesuítas en Venecia y el Escorial. Pero cerca ya de los cincuenta abandonó su sistema, penosamente adquirido; manejó desde entonces el pincel como si hubiera estudiado en el Biri grande. Esta variación resalta más en sus seis parejas de Apóstoles que sobre montuosos paisajes pintó para los altares laterales del Escorial (1575-1578). Felipe II vióse en posesión de un vasallo que era más pintor que los que hizo venir á peso de oro de Italia. Pero «Ay, la vida toca á su fin y el arte apenas ha comenzado». El Mudo murió en 1579, y ninguno de los que vivían era capaz de tender su arco.

EL GRECO

El aplauso que hallaron los cuadros del *Greco* es una nueva prueba de la atracción que para los ojos españoles tenía la manera veneciana. Mientras en el Escorial el joven Navarrete pintaba por primera vez á lo Ticiano, aparece en Toledo un griego de Creta apodado como aquel hijo del barquero de Milo, Antonio Vassilacchi, el Aliense (ἀλιεύς, ¿pescador?), que se había hecho dueño de la pintura de la ciudad de las lagunas. Firmaba siempre en griego, menos el nombre, que le escribía en latín en vez de Kyriakos:

Δομήνικος Θεοτοκόπουλος Κρής ἐποίησεν.

Este hombre es tan notable por su genio pictórico y por el movimiento que introdujo en la pintura española, como por la degeneración sin ejemplo y casi enigmática en que rápidamente cayó. Hasta ahora sólo se le conoce desde su aparición en España. El lugar de su nacimiento y su aprendizaje están aún rodeados de obscuridad; pero debió de haber recibido una espléndida educación. Pacheco le conoció en su última edad; le llamaba «gran filósofo», lleno de ingenio y de oportunas sentencias; redactó un tratado sobre pintura, escultura y arquitectura. En su cuadro de la Expulsión de los mercaderes del Templo colocó abajo, en un extremo, cuatro medias figuras, de las cuales tres se reconocen á la primera ojeada: Ticiano, Miguel Angel, Julio Clovio; la cuarta es un joven de luengos cabellos que parece representar á Rafael. Rindió así un tributo de gratitud á los que le hicieron cual luego fué: dos muertos y dos ancianos.

El primer dato conocido de esta interesante existencia es su entrada en Roma en el año de 1570 y su visita á Julio Clovius el miniaturista, al cual el viejo Ticiano, su maestro, le había recomendado. Clovio escribe sobre él á su protector, el cardenal Farnesio, en Viterbo, hablándole de un autorretrato

del joven griego, que hizo sensación entre los pintores romanos, y le aconsejó que le diese una habitación en el palacio Farnesio. El retrato que allí pintó de Clovio (Museo de Nápoles) es tal vez lo más fino que de él se conoce. De estos sus primeros tiempos en Venecia y Roma proceden varios cuadros pequeños que pueden colocarse al lado de los mejores de la escuela veneciana. Si bien de fisonomía muy marcada, han circulado largo tiempo atribuidos á Ticiano, Pablo Veronés Bassano y al mismo Barocci. Sus ricas figuras animadas y movidas, historias del Evangelio, parecidos en los rasgos atrevidos y en los gestos al Tintoreto, pero más ricos de carácter y de color más pastoso. Se ve á lo lejos, sobre la plaza pavimentada de mármol, siguiendo una serie de palacios, por una puerta monumental, las montañas, lo que da un fuerte acento veneciano. Como algunas figuras demuestran, fué influído por Miguel Angel, y, lo que es más raro, le persiguieron antiguos recuerdos bizantinos en la invención y composición que más tarde renacen también en el colorido. Nos referimos á la Cura del ciego de nacimiento (en Palma y Dresde), la Expulsión de los mercaderes (dos veces en Inglaterra) y el Reparto de la túnica (antes en la Galería Maufrin) (1).

En el año 1575 aparece en Toledo, que no abandona ya (murió en 1614). El motivo de su llamamiento fué el retablo de la iglesia de Santo Domingo de Silos, cuyo marco arquitectónico y las estatuas son obra suya; el cuadro del centro, y el más importante, es la Asunción. El celebrado retablo de Frari aparece allí traducido al español. La Virgen extiende ambos brazos en extático arrobamiento. Los Apóstoles son montañeses de Toledo. La tempestuosa agitación de aquellas figuras del Ticiano ha desaparecido. Exteriorizan, como bue-

(1) Los tiempos italianos del Greco, todavía en la obscuridad, han sido estudiados por el autor en la primera edición de este libro, y más extensamente en la *Zeitschrift für Bildende Kunst*. N. F. VIII, 1897, f. Traducido APMONIA επιστημονικον περιοδικον συγγραμμα, de K. M. Κωνσταντινοπουλος Athen, Marzo.

nos castellanos, sus impresiones, aun las extraordinarias, en lenta solemnidad con brazos y dedos. El cuadro tiene increíble fuerza de claro-oscuro, con lúgubres y ardientes colores arrojados sobre el lienzo.

Esta obra abrió al Greco el camino de la catedral. Invitado para pintar el cuadro principal de la recién edificada sala de la sacristía, resolvió ejecutar su Cristo en el Monte Calvario en gran tamaño. Cristo está de pie en el centro en actitud de profunda resignación, con la mirada de sus brillantes ojos dirigida á lo alto; á la izquierda, más en segundo término, tres nobles mujeres; á la derecha, un hombre inclinado taladra la cruz. Detrás se agolpan las cabezas y bustos de la muchedumbre, que se agita con crujir de armas. El capitán, con la coraza, está á la derecha de Cristo; un esbirro recoge el manto rojo, á la izquierda. Pocas obras venecianas de entonces superan á este episodio en riqueza de carácter y estudio de fisonomías.

Sus principales y magistrales obras, colocadas en lugar preferente en las ricas iglesias españolas, dieron por primera vez la representación del arte del Ticiano, de su fuerza plástica, de su vida, en luz, color y naturalismo. Theotokopuli creíase un rey como colorista. Tuvo el honor de pintar al viejo cardenal arzobispo Quiroga (1).

Y desde entonces, y por espacio de más de cuarenta años, llenó la ciudad del Tajo y las iglesias de Castilla la Nueva con obras de altar, las salas de caballeros y prelados con retratos. Pero sólo en los primeros conservó la herencia veneciana. No pudo luego mantenerse á la misma altura. Embriagado por el aplauso, y faltándole una crítica sincera en colegas y aficionados de la misma altura, disgustado por la alabanza «pinta como Ticiano», por la cual se creía rebajado á la categoría de

(1) En la sacristía de la catedral de Valladolid. El de este mismo nombre de Ludovico Cornaro de la Galería Hamilton, actualmente en la National-Gallery, es una pequeña reducción.

imitador, buscó originalidad á toda costa; y como consecuencia persiguió la contraposición del gusto veneciano, en el que tanto prestigio alcanzara. Cayó en un estilo nuevo y nunca visto; más bien la caricatura de un estilo que en la mayor parte de los casos obscureció sus cualidades.

Sólo para los españoles de entonces conservaron sus cuadros el mismo atractivo. Cadavérico en el color, sombrío en el modelado, al pronto repele; pero si hacemos abstracción de sus extravagancias, notamos que sabe recoger casi como nadie tipos, caras, gestos, el aire de los caballeros, damas, consejeros, prelados, ascetas de entonces; muy impresionista, es verdad, pero con tal carácter como nadie aún había sabido trasladar al lienzo. El número de estos retratos revela que sus originales se reconocieron con satisfacción. En Santo Tomé se ostenta un gran retrato, que pasa extrañamente por su obra maestra, aunque es de su peor estilo. Una asamblea de caballeros enlutados de la corte de Felipe II asisten al sepelio del conde Orgaz, cuyo cadáver bajan á la tumba dos espíritus, en los cuales se reconoce á San Agustín y á San Esteban. «Los toledanos se reunían á menudo ante este cuadro para nuevos descubrimientos de retratos de caballeros.» En efecto: si contemplamos las tiesas y ceremoniosas actitudes, los rostros inmóviles y solemnes con que los caballeros revelan la impresión que les causa los aparecidos espíritus, y se recuerda cómo hubieran pintado tal asunto los italianos y holandeses, hay que confesar que el extranjero conocía á las mil maravillas el extravagante gusto de los españoles.

Aun hoy ejercen sus cuadros de mujeres y niños un raro encanto. Tenía, en efecto, en el Tajo (*espejo de rostros bellos*, Tirso) envidiables modelos. En las cabezas inclinadas hacia atrás de sus muchachos y muchachas, de largos cuellos; en los negros y deslumbrantes ojos, en la graciosa mueca de sus labios, en las redondas barbillas y en el caliente tono de marfil de la piel, ha hermanado la plenitud de vida é inocencia de la infancia con el germinar de las pasiones. Es insuperable el en-

canto melancólico de aquellas pálidas cabezas femeninas, con su insondable y soñadora mirada, tan pronto adornadas con mantillas de encaje como envueltas en monjiles tocas. Compréndense los versos del poeta respecto á las toledanas (1). Pero en la historia y figuras sagradas se entregó á aquel feroz amaneramiento que es difícil explicar si no se acepta una perturbación patológica.

No es menos extraño que sus rarezas hayan sido aplaudidas tanto tiempo. *Ya era loco*, dice hoy el sacristán cuando enseña sus retablos. No se ha visto nunca semejante ejemplo de extravagancia. Pero estos *crueles borrones* (Pacheco) son ricos en enseñanzas. Su pintura amorfa puede estudiarse como espejo y compendio de las degeneraciones pictóricas. Cautivo en locos ensueños, su pincel parece querer darnos la clave de los extravagantes incubos de su caldeado cerebro. Modeló las figuras con febriles dedos como de cauchú, en doce tamaños de cabeza, y las colgaba en loco embadurnamiento, sin modelado, ni contornos, ni perspectivas, en asombrosas y simétricas filas, con agua azul y azufre como colores favoritos, sableando antes el lienzo de blanco y violeta negruzco. Es muy verosímil que en todo esto tomase parte una perturbación del órgano de la vista (como Turner en su vejez); las causas psicológicas ya están indicadas: afán de originalidad, megalomanía, afectación de bravura, miserias pasajeras y ofensas de que no se podía eximir el extranjero. Tales situaciones no son raras en la vida de los artistas, y en él encontraron terreno abonado en su naturaleza neuropática.

La suya necesitaba una presión atmosférica más fuerte que otras; encontróla en Roma y Venecia en el trato con aquellos

(1)

Ojalá que la opinión
que da á España la hermosura
toledana, á la blandura
tratable, en mi humilde cara
su fama calificara!

TIRSO: *No hay peor sordo*, I.

poderosos á quienes pudo acercarse poco antes de su muerte. Encontró cuerdas sensibles para todo lo que constituye un buen pintor. En el ruinoso nido de rocas de Toledo cayó en el aislamiento (1).

Degeneró después: con tales palabras describe Ponz su nuevo estilo. La degeneración consiste en la pérdida de adaptabilidad artística y en la creciente impotencia para subordinar las formas de los objetos á las exigencias del asunto interpretado clara y dignamente, y á las reglas de la belleza y el decoro que consiguen el aplauso de los ojos normales.

Bien puede afirmarse que nadie mostró soberbia más satánica para burlarse con solemne y patética ironía de todo lo que llamamos naturaleza, arte y razón en todo lugar y en todo tiempo.

Este griego tan poco griego y aun tan antigriego, juzgado y discutido siempre como cerebro extraviado, ha gozado en nuestra era de reivindicaciones, de su rehabilitación. Los testimonios de ésta en boca de artistas y legos constituyen legión. En efecto, es un profeta de los modernos, á los cuales, en verdad, poco les ha dejado que inventar, incluso ciertas parodias parisienses del Banquete Evangélico, de carácter equívoco, vestidas á la moda. El azar hizo que en los tiempos de Felipe II madurase un fruto que difícilmente hubiera llegado á sazón en otros países de Europa. Porque en aquellos tiempos la tradición, la instrucción y el prestigio de las clases que protegían á los artistas tenían á raya á los temperamentos inclinados á la degeneración. Sólo cuando las reglas y la tradición cayeron en una especie de enconado menosprecio, y se dió la palma á los espíritus limitados y groseros, presentando los extravíos del momento como camino de salvación; desde

(1)

Bien dicen que el Tajo hechiza
á quien beberle apetece,
que á los hombres *entontece*
y á las hembras *sutiliza*.

TIRSO: *En Madrid y en una casa.*

que los doctos predicaron al vulgo la esclavitud de los sentidos y la ciega sumisión á la fe, preparóse el terreno para toda clase de delirios, que había de extender y propagar la vanidad y el espíritu de imitación.

La crítica en este punto se considera incompetente, y deja la palabra al psicópata y al oftalmólogo.

Por esta complicada génesis de un fenómeno como el del Greco se explica también que, si fué maestro solicitado en todo tiempo, no hallase ningún imitador. Los que se señala como discípulos suyos le son muy desemejantes: sólo tomaron de él elementos y estímulos no contaminados de ningún germen patológico.

ESCUELA DE TOLEDO

Pedro Orrente de Montealegre, Murcia (nacido hacia 1570, muerto en 1644 en Toledo), trabajó en esta provincia y en Valencia. Es el único que muestra una acentuada manera veneciana tomada del Greco. En la misma sala para la que pintó el *Cuadro de las vestiduras* se ve su Milagro de Santa Leocadia, los Pastores, los Reyes, con vagas reminiscencias de Pablo Cagliari.

Pero después encontró en Bassano un género que tenía grande afinidad con el sencillo estilo de sus rimas populares, más que con las pomposas estancias del Veronés. El gusto por los paisajes, pastores é iluminaciones fué satisfecho casi exclusivamente por este Pontes, cuyo número aún hoy es allí grande. Así se explica la viva demanda por el Bassano español recientemente descubierto. Sus cuadros fueron imprescindible decoración de los camarines aun de los sitios reales. Son confundidos á menudo con sus modelos y hasta con el Tiziano, aunque los colores, más débiles y delicados, se neutralizan en un tono amarillo. Muchos poseen mayor contenido que los de sus originales venecianos; rara vez se echa de menos en ellos

inventiva y buenos asuntos de paisaje, íntima observación de la vida del campo (*novedad y capricho*), y pinta con más propiedad el ganado que todos los demás pintores, con excepción de los holandeses.

En los otros dos discípulos de la escuela de Toledo bórrase la descendencia veneciana. Las obras de Juan B. Mainos, un monje predicador de San Pedro Mártir, más tarde de la Corte de Felipe IV, son muy raras.

Gustó, según Martínez, la comodidad que le debió de haber quitado mucho tiempo. Sus obras capitales fueron las cuatro grandes *Pascuas* en la mencionada iglesia, las cuales se vieron reunidas en el disuelto Museo Nacional (1). En ellas es, á lo sumo, veneciano el acento naturalista y la riqueza pictórica de los ropajes; recuerdan al Greco los pequeños coros de ángeles. Se halla en él, además, gran perfección hasta en la brillante rotundidad del empaste, belleza del color y alegría, así como la tendencia á huir de las extravagancias del maestro, en lo posible. En ellas se advierte el diáfano aire de Toledo, que sutaliza y determina las formas de los objetos.

Trasladó al lienzo los sanos y vigorosos montañeses, en grupos pintorescos y con la flema de los cuadros de género, en trajes populares y caballerescos.

Su María es una lozana y rubia chata, con el color de rosa y leche de las muchachas del campo. Los vestidos morunos, flamencos y castellanos dan á estas escenas el tono local que en sus fisonomías muestran todavía hoy los multicoloros y medio moriscos toledanos. Es interesante, además, su semejanza, en la impresión del conjunto, con Caravaggio en su primera, buena y clara manera; nadie llegó tan cerca de los lombardos como este dominico español, hasta en su afición á las telas amarillas. Véanse sus magníficos soldados acorazados, de

(1) Sólo una, la Epifanía, llegó al Museo (núm. 3.116, c.). Las restantes fueron llevadas á los Museos provinciales, aunque en el Prado hay bastantes medianías que le pudieran hacer sitio.

centinela ante el sepulcro. Martínez le llama el discípulo de Caravaggio.

Algunos cuadros nos le muestran como buen retratista. En la galería de Don Sebastián se ve un rojizo rubio, con gorguera, que sin el rótulo se tomaría por holandés. El retrato de un jurista, Diego Narbona, grabado, según su dibujo, por María Eugenia de Beer, parece un Velázquez (1).

Más que de Maino hablóse de Luis Tristán (nacido sobre 1586, † 1670), á quien tuvo el mismo Theotokopuli por su mejor discípulo, según cuentan; si bien, como la rareza de sus obras pone de manifiesto, «la suerte no le recompensó con arreglo á sus méritos» (Martínez, 185).

No encontramos más huella del maestro en su pintura que las extensas proporciones, anchos pechos, pequeñas cabezas y fuerte musculatura de algunos desnudos.

El carácter que le atribuyen los libros es completamente soñado: en lugar de buscar sus obras auténticas, algo inaccesibles (sólo Stirlig considera que valen un viaje á Yepes), se han basado las descripciones de sus cuadros en los elogios del Greco y de Velázquez, así como en cuadros apócrifos de Madrid que se le atribuyeron, según esos mismos datos de referencia (2).

Su principal obra de Yepes, el altar de las monjas de Santa clara, en Toledo; la degollación del Bautista, en Carmen Descalzo (menos el grosero San Francisco del Louvre), dan de él una muy diferente idea.

Mientras el Mudo y el Greco, á nuestro juicio, eran coloristas, Tristán es un tenebroso. La luz chillona dirigida desde

(1) Frai Juã Bapt.^a maino, f. Galería del infante D. Sebastián en Pau, Nr. 674. Del raro grabado de la artista holandesa se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

(2) Por ejemplo, el San Benito (núm. 2.124), copia fatigosa de un Greco; el retrato de un viejo (núm. 1.048), de un pintor influido por Tintoretto; un convento de monjes fantástico, restituído, con justicia, al genovés M. Magnasco; un retrato de Lope en el Ermitage, y otros.

lo alto delinea en claros contornos las principales figuras, cuyas sombras negruzcas se sumergen en el fondo obscuro. Sólo le faltó el arte de las masas; rompe las superficies por hacinados pliegues serpenteantes. Le gustan más que nada los vigorosos acentos de la forma y color, como en las iluminaciones. Sus historias sagradas tienen el rasgo nacional de seriedad y distinción; muestra habilidad en la invención y en los gestos; las cabezas son un poco insignificantes; las mujeres, sin embargo, no carecen de finura y gracia. Hombre de transición, no tiene ya el sabio dibujo de los amanerados, y sólo en parte el gusto de la naturaleza y de los modelos. En armonía con este modo de ser, le llamaron sus contemporáneos un «segundo Caravaggio», y Martínez llegó á afirmar que estudió con Ribera; pero Tristán pintó su obra más importante en Yepes, en 1616, cuando todavía trabajaba á sueldo para su suegro. El llegar Tristán por su solo esfuerzo á su claro-oscuro demuestra que, si no era un artista importante, tampoco lo era completamente obscurecido.

El busto del cardenal Sandoval en la sala de invierno del Capítulo de Toledo, uno de los mejores lienzos de aquella interesante galería de prelados, da un concepto favorable de él como retratista. La buena observación del artista muéstrase en el giro original de la cabeza, modelada en oscuros tonos negruzcos, en la mirada tranquila y penetrante de los grandes ojos oscuros del arzobispo, que parece meditar. Este fué el noble varón que socorrió con una pensión á Cervantes en sus postreros días.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,
EDUARDO OVEJERO

SOBRE LA CONSECUENCIA, LA SINCERIDAD

En todos los órdenes de la vida vivimos cada vez más del crédito y cada vez menos del pago inmediato en dinero, ó cosa que lo valga, contante y sonante. Nos apoyamos en la autoridad ajena para no tomarnos la molestia de formarnos y afirmarnos una autoridad propia. El gran principio de la vida social moderna, sobre todo en nuestro país, es el principio de la delegación: lo delegamos todo. Y no son los que más truenan contra el autoritarismo los que menos buscan apoyarse en ajena autoridad.

En el libro I, «Fisiología de la guerra», de su notabilísima obra *Mi rebeldía*, y página 70 de ésta, dice D. Ricardo Burguete esta gran verdad: «La defensiva es una forma democrática: se confía en el esfuerzo común, y éste descansa en el mérito ajeno». Es indudable; las democracias, más que otra forma alguna social, descansan en la confianza mutua... en el esfuerzo ajeno. Cada cual echa el mochuelo al prójimo, y procura zafarse. El reconocer y afirmar que todos tienen derecho á gobernar no es para arrogarse uno el gobierno, sino para sacudírselo al prójimo. Y para esto nos hace falta que los demás sean consecuentes, es decir, que sean como nosotros les queremos hacer.

Todo ello es en gran parte resultado del principio de la diferenciación—mejor que división—del trabajo. Es lo que sucede con el perito ante los tribunales. Un juez á quien se le resiste dar una sentencia que cree justa, si se encuentra con un

perito que le ofrece un apoyo para la injusticia, aunque esté convencido de lo absurdo del informe del perito, se agarra á él, y diciéndose: «aquí que no peço, si dice un desatino, como es él quien lo dice, allá por su cuenta, yo siempre tendré en qué justificar mi acuerdo», falla contra su conciencia y á favor de su deseo. Nos es muy cómodo eso de los peritos para sacudirnos responsabilidades.

Vivimos de autoridad ajena; la autoridad de un publicista nos ahorra tener que pensar ó que estudiar. «Lo dijo Blas, y punto redondo.» Por mucho que protestemos contra esta sentencia, todos nos atenemos, más ó menos, á ella, y no menos los que más la censuran. La mayoría de las veces, cuando decimos de algo que la ciencia nos lo enseña ó nos lo demuestra, no queremos sino decir que nos lo enseña don Fulano de Tal ó don Zutano de Cual, que pasan por autoridades científicas. Todo esto es de clavo pasado. La inmensa mayoría de los españoles con título académico creen bajo autoridad, y no más que bajo autoridad, que la tierra gira en derredor del sol, siendo incapaces de aducir las pruebas de orden objetivo en que tal principio astronómico se asienta. Y no digo nada de otros principios menos conocidos.

Todo esto se ha dicho y se ha repetido mil veces; pero conviene decirlo y repetirlo aquí la vez mil y una, como base de las sencillas reflexiones que van á seguir.

Vivimos de crédito, de autoridad y de confianza, y por eso pedimos consecuencia al prójimo: para que no nos engañe, es decir, para que no engañe la idea que de él tenemos. Queremos que el prójimo se mantenga fiel al concepto que de él nos hemos formado, y hasta que se haga esclavo de esta nuestra representación de él. Y he aquí por qué predicamos consecuencia... en los demás.

Dígase lo que se quiera, hay dos morales: la del prójimo y la propia. Una es la conducta que pedimos sigan los demás para con nosotros, y otra la que queremos seguir para con ellos. No es raro encontrarse con ladrones que predicán contra

el robo para que los demás no les hagan la competencia. Todo el mundo sabe la frecuencia con que unimos los términos de «bueno» y de «tonto», y cuán á menudo, al oír decir de uno que es un buen hombre, traducimos al punto que es un majadero. Un buen hombre es un hombre como nos conviene á los demás que sea, pero como ninguno de nosotros desearía ser; un buen hombre es un hombre bueno para los demás. En cambio hay muchos criminales á los que se les admira sin reservas. Tal es la pura verdad, sea ello bueno ó malo, que de esto no trato ahora. Y de la misma manera que pedimos á los demás otras cosas, les pedimos que sean consecuentes para con nosotros, que no nos salgan un día con algo que no esperábamos de ellos.

Hay, sin embargo, dos muy distintas consecuencias: la consecuencia en el ser y la consecuencia en el pensar, ó sean la consecuencia en el carácter, y hasta en los afectos, y la consecuencia en las opiniones. No siempre se siguen la una á la otra, y hasta me atrevo á afirmar, por muy paradójica que parezca á nuestros pobres diablos semejante afirmación, que en la mayor y la mejor parte de los casos ambas consecuencias se excluyen. Conozco espíritus singularmente constantes y consecuentes consigo mismos en medio del más vivo cambiar de opiniones y de ideas, así como conozco otros que predicando siempre el mismo sermón, enseñando siempre las mismas enseñanzas teóricas, apenas guardan afectos permanentes. «¿En qué consistirá—me decía un día un amigo—que R., que ha pasado por tantas opiniones, y á quien todos tachan de tornadizo y sin ideas fijas, sea uno de los hombres más fieles en sus amistades y afectos?» Y hube de responderle: «Precisamente en que no liga sus afectos á ideas abstractas ni esclaviza sus amistades á teorías; es un hombre y no una fórmula encarnada». Seguimos luego hablando de R., que se nos presentaba como el patrón de la inconsecuencia, y de P., modelo de consecuencia, y hube de añadirle: «La inconsecuencia de aquél no es más que aparente; está en sus ideas, no en su espíritu. No es

R., por fortuna para él y para sus amigos, y acaso para su patria, un intelectual; no ata y liga su espíritu á teorías y conceptos, sino que se sirve de éstos para manifestarlo; y en cuanto á su espíritu, á poco que estudie usted su vida pública, verá que ha sido siempre uno y el mismo, constante y consecuente. Es demasiado hombre para tener ideas fijas; tiene sensaciones inmediatas; lo abstracto se le escapa y odia lo técnico. En cambio, el respetabilísimo P., modelo de consecuencia, hace el efecto, no de un hombre, sino de una fórmula encarnada, y tú sabes á qué nimiedades descendió en su mejor obra».

Es una cosa que tengo muy comprobada la consecuencia moral de los inconsecuentes mentales, ó que así aparecen por lo menos; y por el contrario, cuán frecuente es que los consecuentes mentales inventen todo género de supercherías para justificar consecuentemente sus inconsecuencias morales. El hombre más fiel á sus principios, el más terco en sostenerlos, el más terriblemente consecuente que he conocido — ¡Dios le haya perdonado!, — fué un hombre que, habiendo sido muy buen amigo mío en la juventud, y sin que tuviéramos el más pequeño rozamiento personal ni el más leve agravio, llegó á negarme el saludo tan sólo porque yo no pensaba como él. El pobre era un fanático, y no fué acaso su terrible consecuencia lo que menos contribuyó á acarrearle la muerte.

Y lo más terrible es que no sólo exigimos á los demás consecuencia, sino entendida á nuestro modo. Hay quien llega á la satánica idea de rechazar al prójimo que no hace el bien por las razones en que él cree deben fundarse los que lo hacen, y así si sabe que un hombre benéfico no cree en los castigos y recompensas de allende la tumba, frunce el ceño, arruga el hocico y dice:—¡Hm! no hay que fiarse en las buenas obras de ese sujeto. Las virtudes de los paganos no eran virtudes verdaderas, sino aparentes—lo dice, entre otros, San Agustín,—cuando no pura soberbia y ostentación. Someto yo ahora á la piadosa consideración del lector si no es mayor falta de humildad y sobra de soberbia y presunción, que no la de los antiguos

paganos, la de decir: «quien no haga el bien por las razones que yo creo debe hacerse, no lo hace con perfección; quien no ponga á sus virtudes el fundamento este, no tiene sino virtudes aparentes y falsas». Por mi parte, me ocurre que antes desconfío del que busca las razones por las que me beneficia que no de aquel otro que me beneficia sin buscar razones. El intelectualismo ético es el peor de los intelectualismos todos, y si alguna vez he temido que se me anegara la conciencia moral, fué leyendo la teología moral de San Alfonso de Ligorio, por lo cual la dejé de lado.

Lo más triste de todo es que solemos comprar la consecuencia á precio de la sinceridad, y que á trueque de aparecer ante los demás como les hicimos esperar que apareceríamos, nos hacemos traición á nosotros mismos. Ser consecuente suele significar las más de las veces ser hipócrita. Y esto llega á envenenar las fuentes mismas de la vida moral íntima.

Conozco un caso terrible, verdaderamente terrible, de esta insinceridad por orgullo de consecuencia. Figuraos un hombre que detesta y ha detestado siempre á los vividores políticos, á los que se sirven de las ideas para medrar y que rinde ferviente culto á la consecuencia y la convicción. Este hombre se enamoró de unas doctrinas por la brillantez con que sus maestros las exponían, por lo romántico de ellas, porque iban contra la corriente general, porque se prestaban mejor que otras á los arrestos de su juventud. Con ellas salió al palenque, con ellas logró una autoridad y un prestigio. Y le tenéis ya esclavo de este prestigio y de esta autoridad. Pasan los años, y con ellos los ardores juveniles; vienen desengaños y madureces; acaba por convencerse de la vacuidad de sus primeras doctrinas, y á partir de ellas ve que por natural evolución le nacen en el espíritu otras de que abominó. ¿Va á declarararlo? ¿va á mostrar su cambio íntimo? ¡Imposible! Aparecería como uno de tantos, como uno de aquellos á quienes fustigó. Y ahí le tenéis queriendo sugestionarse una consecuencia pegadiza, prisionero de su pasado, esclavo de sí mismo. ¡Ah, si

le dierais un medio de que, sin sufrir el menor daño su buen nombre y su crédito de consecuente, pudiera mostrar las entrañas de su espíritu y no se viese forzado á sugerirse lo que se le resiste ya! ¡Si pudieseis libertarle de sí mismo! No habría más medio que cambiarle de ambiente, echarle á otro mundo, donde nadie le conociera y donde á nadie conociera él. Resurgiría.

Esto del otro mundo me recuerda el llamado Nuevo Mundo, el de allende el océano, y con él ciertas palabras de un norteamericano que trae P. Bourget en su obra *Outre-mer*, y que dicen: «Nosotros los americanos tenemos de bueno el no tener en cuenta el pasado de los hombres. Creemos que jamás es un hombre demasiado viejo para recomenzar su vida, y no vamos á buscar en lo que fué con qué impedirle ser lo que es ó lo que será». ¡Nobles palabras! Pocas fes hay, en efecto, más fecundas ni más nobles que la fe de que nunca es uno demasiado viejo para recomenzar la vida y para sacudirse del hombre viejo que le esclaviza. Porque el hombre viejo está más bien fuera que dentro de nosotros; el hombre viejo lo alimenta y sostiene la sociedad que nos rodea y nos lo impone.

Antes de ahora he tenido ocasión de citar aquella ingeniosísima ocurrencia del humorista yanqui Wendell Holmes respecto á los tres Juanes. Cada uno de nosotros lleva en sí tres Juanes: Juan tal cual es, Juan tal cual se cree ser y Juan tal cual le creen los demás. Y sobre las mutuas acciones y reacciones de estos tres Juanes cabe muy sutil indagación. Somos, en efecto, de un modo; creemos ser de otro, y los demás nos creen de otro. Mas lo que cabe afirmar es que la idea que cada cual de nosotros se forma de sí mismo está influida por la que los demás se forman de él más aún que ésta por aquélla.

Juan tal cual es, el Juan primitivo y radical, podrá vivir preso de Juan tal cual él se cree ser, pero vive mucho más preso del Juan que los demás se han forjado. Los diversos conceptos que de cada uno de nosotros se forman los prójimos que nos tratan vienen á caer sobre nuestro espíritu y acaban por

envolverle en una especie de caparazón, en un duro dermato esqueleto espiritual, en una recia corteza. Es la corteza de la consecuencia bajo la cual se agita y revuelve un pobre espíritu que no puede romper con la sinceridad la consecuencia. Antes de hacer ó decir algo reflexiona si es lo que de él esperaban los demás; y para seguir siendo como los demás le creen, se hace traición á sí mismo; es insincero.

Hay, sin embargo, algo que puede parecer insinceridad y que es forzoso y obligado; hay un principio de exageración ó de énfasis que es necesario en la vida. La absoluta llaneza viene á ser absurda, porque no acomoda nuestros dichos ni nuestros actos al fin que con ellos nos proponemos.

Cuando uno habla, habla para que le oigan y no para oírse á sí mismo, y por ello no basta que su voz llegue distinta y clara á sus propios oídos, sino á los oídos de los que le escuchan, también distinta y clara. Si hablamos en medio del silencio y el que nos oye es fino de oído, no necesitamos esforzar la voz; pero si hablamos en medio de barullo ó á alguien que sea de oído torpe, nos es preciso esforzarnos y alzar la voz. Creo que no habrá lector alguno que no esté de acuerdo con esta observación empírica, ni le habrá que vea en ella una paradoja; siquiera por esta vez, convendrán todos en que estoy atinado y feliz. Pues bien: siempre que hablamos á otro hay algún barullo en el interior de este otro, siempre tenemos que calcular el desgaste que nuestra expresión sufre en la transmisión al prójimo y al ser por éste recibida, y en consecuencia tenemos siempre que reforzarla. El que nos oye tiene otras preocupaciones que no las nuestras, otras ideas, otras atenciones; y como nuestras palabras van á romper el curso de sus pensamientos y acaso á desviarlo, nos es forzoso darlas énfasis, exagerarlas, para que las reduzca á sus debidos términos.

Todo es teatro, y en el teatro, si se sirve sopa, conviene vaya hirviendo, para que, al ver desde los más lejanos puestos el vaho del hervor, puedan decir: «en efecto, es sopa caliente».

Los actores que propenden á la naturalidad—una naturalidad casi siempre afectada, es decir, no natural,—y sacrifican á ella el énfasis, corren el riesgo de que se les grite desde el fondo de la cazuela ó del patio: «¡más alto! ¡que no se oye!»

Porque, en efecto, si nos ponemos dos amigos á conversar, y de pronto se nos dice que continuemos nuestra conversación, pero de tal modo que nos la oigan dos ó tres mil personas desparramadas en un vasto salón, nos es imposible variar la intensidad de la voz sin variar su tono.

El teatro exige énfasis, y lo exige la vida. Al que se empeña en ser absolutamente natural no se le oye, y la tan decantada naturalidad de los clásicos suele serlo de afectación.

La misma necesidad y la misma justificación que el énfasis ó la hipérbole, tiene la paradoja. La paradoja suele ser el modo más vivo y más eficaz de transmitir la verdad á los torpes y á los distraídos, y sobre todo al pueblo. La paradoja, la hipérbole y la parábola eran los artificios retóricos de que usó el Cristo en sus enseñanzas. Como hace notar muy bien Holtzmann en su *Vida de Jesús (Leben Jesu)*, en el Evangelio abundan las paradojas, bastando con citar aquí la de que es más difícil que éntre un rico en el reino de los cielos que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, y que quien quiera salvar su alma la perderá.

Y ofrecen una ventaja las paradojas del tipo de esta última, de construcción antitética, y es que son convertibles. Lo mismo que se dijo que quien quiera salvar su alma la perderá, puede decir que quien quiera perder su alma la salvará. No sé si fué Pascal el que, encontrándose con el dicho de que el hábito es una segunda naturaleza, lo retrucó y dijo que la naturaleza es un primer hábito. En cierta ocasión dije que el corazón ve muy claro, aunque no ve lejos, y lo mismo pude haber dicho que ve muy lejos, aunque no muy claro. Y combinando ambas proposiciones, que es el corazón miope y présbita á la vez, que ve lo de muy cerca más claro que la cabeza lo ve y que ve mucho más allá que ésta. Ventajas del método paradójico.

Algo de paradoja es también pedir ó sinceridad en la consecuencia ó consecuencia en la sinceridad. Todo menos sacrificar la una á la otra; y si se pusieran en conflicto, poner siempre la sinceridad sobre la consecuencia.

Claro está que sólo defiendiendo aquí la inconsecuencia que arranca de sinceridad, los cambios de expresión que son reflejo de íntimos cambios de pensar, y de ninguna manera la inconsecuencia del vividor. Aunque en realidad los más de los que se dice que cambian de ideas nunca las han tenido.

Hay, por otra parte, que andarse con ojo con los de la sinceridad, pues la del momento no es la permanente, ni todo lo que se nos ocurre en un caso dado es reflejo de nuestro carácter propio. Miles de veces se nos pesa de la sinceridad de sopetón, de la sinceridad explosiva; no todo lo que se nos ocurre brota de nuestras entrañas estadizas. Hay, pues, una cierta consecuencia en la sinceridad y una especie de sinceridad que es, en el fondo, inconsecuente, como hay una consecuencia y una inconsecuencia insinceras.

Ha de ser, además, nuestra consecuencia la nuestra, y no la que nos dicten los demás.

Nuestros pensamientos y nuestros actos se siguen ó *con-siguen—consequunt*—unos á otros y entre sí en virtud de un seguimiento ó consecuencia—*consequentia*—propia, según ley interna, y no á medida de la consecuencia que para ellos quieran establecer los otros. De los principios que yo asiento, yo concibo y yo siento, nadie mejor que yo saca las naturales consecuencias; ó, mejor dicho, mis principios en ningún espíritu se desarrollan mejor hasta sus más naturales consecuencias que en mi propio espíritu, en que nacieron. Nada conozco más ridículo que ese tan socorrido artificio polémico que se reduce á decir: «si fuera lógico, sacaría de sus principios estas ó las otras consecuencias»; ó esto otro: «los positivistas—y quien dice positivistas dice cualesquiera otros terminados en -ista,—por una feliz inconsecuencia...», etc. ¿De cuándo acá ha de saber mejor que yo mi adversario cuáles son mis principios y si

de ellos he de sacar las consecuencias que saca él ó las que yo les saco? «¿Usted niega el libre albedrío?—me dice uno de esos razonadores á tenazón.—Luego usted niega el derecho á castigar y premiar.» A lo que sólo cabe replicar esto: «Eso sería así si yo diera al derecho de castigar y premiar el fundamento que usted le da»; ó aún podría decirse esto otro: «¿Usted afirma el libre albedrío? Luego usted niega la utilidad del premio y del castigo».

Y ahora vengamos á una funesta confusión que se establece entre el político y el escritor ó publicista, entre el hombre de acción y el hombre no más que de palabra.

Que á un político, á un hombre que ha de tratar de llevar á la práctica sus ideas y de aplicar sus teorías, se le exija consecuencia en éstas, se comprende; pero no á un pensador, escritor ó publicista.

Hay el inventor de máquinas, el fabricante de ellas, el comerciante y el que las aplica; uno inventa el arado mecánico, otro lo fabrica, lo vende otro y otro ara con él. Dejemos por ahora fuera de cuenta al fabricante, suponiéndolo uno con el inventor, y tendremos tres entidades. Y lo mismo sucede con las doctrinas, teorías é ideas: hay quien las inventa, quien las vulgariza, pone en circulación y vende, y quien las aplica cuando son aplicables.

Al que las aplica es justo que se le pida consecuencia en su aplicación, y que no esté cambiando de máquinas á cada momento; justo es también que se le pida probidad comercial á quien las vende; pero al que las crea, ¿qué quiere decir el pedirle consecuencia con sus invenciones? Tanto valdría condenar al que ha inventado un mecanismo á que no invente otro distinto, tal vez para opuesto empleo, ó que mejore su primer invento. Es ridículo, soberanamente ridículo, pedirle consecuencia á un puro pensador.

Acusábanle en cierta ocasión á un escritor de inconsecuencia, y contestó: «No voy para estatua». Y al pedirle explicación de ello, dijo: «La estatua perpetúa á un hombre ó su

figura en un momento y en una postura dada: ó adolescente, ó adulto, ó viejo, ó decrepito; sentado ó de pie; en actitud de callar ó de hablar, de dolor ó de alegría, etc. Y yo, si hubiera de perpetuarse mi figura, preferiría fuese, á ser posible, en un cinematógrafo que abarcara mi vida toda. Y en los estudios mismos biográficos los hay escultóricos como los de Taine, cuyo Napoleón es estatua en postura sintética, y los hay cinematográficos. Prefiero éstos. No soporto á los hombres de una sola pieza».

Un gran espíritu, un hombre que conservó lozana y fresca juventud hasta en la avanzada vejez á que murió, D. Federico Rubio, decía en el epílogo de su libro sobre *La mujer gaditana*: «Huyo de lecturas ajenas cuando medito. Huyo de lo que yo mismo he dicho. No quiero la sugestión ajena ni la propia. ¿Veo como antes? Bueno. ¿No veo como antes? Mejor. No me duele lo inconsecuencia. Que el lector escoja una ú otra opinión, ó que se quede sin ninguna. Si le hice pensar con mayor acierto, ¿qué más quiero?» Y otro hombre que todavía vive y que, aun habiendo pasado de setentón hace más de cuatro años, conserva el espíritu más joven que muchos jóvenes de treinta, decía que al concluir cierta obra se encontró con que pensaba respecto á lo en ella tratado de una manera muy diversa, acaso contraria, á como pensaba al emprender á escribirla.

Y no fué poca ventaja, pues así no sólo hizo la obra, sino que ésta le hizo á él. El pensamiento se hace según se piensa, y el espíritu sincera y sanamente enamorado de la verdad no puede saber nunca de antemano adónde han de llevarle sus pesquisas.

No hace falta sino indicar, por ser muy conocido, lo que dice Emerson en su ensayo sobre la «Confianza en sí mismo» (*Self-reliance*): «Supón que tengas que contradecirte: ¿y qué? Parece ser regla de sabiduría que jamás te apoyes en tu memoria tan sólo, ni aun apenas en actos de pura memoria, sino que traigas el pasado á juicio ante el presente de mil ojos, y vivas

siempre en un nuevo día... Una necia consecuencia es el fantasma de los espíritus estrechos, adorada por los pequeños estadistas, los filósofos y los teólogos. Un alma grande sencillamente no tiene nada que hacer con la consecuencia. Tanto habrá de cuidarse de su sombra en la pared». Y todo lo que sigue.

Walt Whitman, el poeta yanqui, cuyo desdén á la consecuencia es conocido, decía: «¿Que me contradigo? Pues bien, ¡me contradigo! Soy amplio, contengo muchedumbres». Y no cabe duda: las almas de los que no se contradicen deben de andar muy cerca de ser simples con la simplicidad de los elementos químicos, ó, á lo sumo, no más complejas que un compuesto orgánico. Cuanto más simple un cuerpo, más inalterable es.

De nuestras cabezas puede decirse lo que decía Joao de Deus de la de Rapozo, á quien no cabía meterle en los cascos el vislumbre de una idea:

Como?... por onde? Impossivel!
Se é um todo irreductivel!
Se é todo o atomo puro,
E typo de quanto ha duro!

Nada más consecuente, en efecto, que el átomo puro: el de oro siempre oro, y siempre hierro el de hierro.

La consecuencia en el pensar sólo la conservan esos espíritus simples que empiezan por la tesis, siguen por la respuesta á las objeciones y pasan luego á las pruebas; los que discurren abogadescamente en defensa ó en impugnación de una doctrina previa. La consecuencia en el pensar no cabe más que en el dogmático, en el que conserva la mente en equilibrio estable; es decir, petrificada.

Y suelen ser esos abogados de la filosofía, esos espíritus al servicio de un dogma ó de un principio fijo, los que más truecan contra los sofistas, contra los abogados tornadizos que hoy defienden el pro y mañana el contra, siempre por la pi-

tanza. Rencillas de oficio, porque tan abogados son los unos como los otros; los dogmáticos lo son tanto como los sofistas. Son los unos los dogmáticos, como abogados al servicio y á sueldo del Estado, con retribución fija y de por vida, jubilación y hasta viudedad para sus mujeres si ellos se les adelantan en morir; y son los otros, los sofistas, como abogados de libre ejercicio, á merced del público y atentos á defender los intereses del primer cliente que la fortuna les depare. Y es de ver cómo se juzgan los unos á los otros, cuando de Juan á Diego no va un dedo. Por mi parte, declaro que siempre he visto en el fondo de todo dogmático un sofista, y en el fondo de todo sofista un dogmático. Y vamos de paradoja.

Puesto á elegir entre unos y otros, entre dogmáticos y sofistas, declaro que me quedo con estos últimos. Los antiguos sofistas, los sutiles sofistas griegos, fueron grandes agentes de libertad mental; enseñaron á jugar con las ideas, á perderlas el respeto; enseñaron que las ideas son para los hombres y no los hombres para las ideas. Son incalculables los servicios que en todo tiempo y en todo país rinden los sofistas al espíritu público; sin ellos caería éste bajo la barbarie del dogmatismo, y estancándose en ella la podría. Sin los abogados en libre ejercicio, con bufete abierto al público, por perniciosos que ellos sean al progreso de la república—y lo son mucho,—sin esos abogados serían irresistibles los otros, los que están al servicio del Estado, como jueces, magistrados, fiscales, abogados del Estado, etc., etc., y que son más perniciosos aún que los primeros para el progreso de la república.

Mas dejando á dogmáticos, sofistas y abogados al servicio del público ó del Estado, y volviendo á la consecuencia en el pensar, consecuencia que exige y tiene derecho á exigir el cliente en el abogado que paga por lo que á su pleito respecta, es evidente que en un pensador sano y sincero la consecuencia se reduce á la continuidad en el pensar, á que sus pensamientos surjan natural y vivamente los unos de los otros, aunque el término de la serie discrepe diametralmente del

principio de ella. Puede pasarse de un color á otro cualquiera por gradaciones insensibles del espectro. La continuidad es la verdadera consecuencia del espíritu; un pensamiento continuo es siempre consecuente. Y no ya continuo con la continuidad formal lógica, con continuidad didáctica y externa, de las que van por 1.º, 2.º, 3.º, A, B, C y a, b, c, sino con continuidad sustancial psíquica, con continuidad inventiva é interna, con la continuidad que da la asociación de ideas y que se ve en una oda de Píndaro ó de Horacio, á pesar del aparente desorden lírico; con una continuidad estética, en fin.

Dice Kant: «Cabe que se rompa la exposición filosófica en algunos pasajes—pues no puede aparecer tan rígida como la matemática—mientras no corra el menor riesgo la contextura general del sistema, considerado como unidad, sistema para cuyo examen, si es él nuevo, pocos poseen agilidad de espíritu, y menos aún gusto para ello, porque toda novedad les molesta. Hasta es posible eliminar las contradicciones aparentes que surgen al comparar entre sí paisajes aislados, desgajados de su conjunto, sobre todo en obras que se siguen en libre discurso; contradicciones que á los ojos del que se fía del juicio ajeno dañan mucho á la obra, pero que se resuelven fácilmente para el que se ha adueñado de la idea en conjunto. Si una teoría tiene sostén propio, la acción y la reacción que le amenazaron con grave peligro en un principio, sólo sirven con el tiempo para pulir desigualdades; y si se ocupan en ella hombres de imparcialidad, de juicio y de verdadera popularidad, le dan pronto la debida elegancia.»

Dice el teólogo Ritschl: «Es una experiencia que se repite á cada nueva acuñación de la verdad cristiana, que aquellos á quienes les sabe el vino viejo mejor que el nuevo ejercitan su saber en entresacar los elementos de la nueva concepción que les chocan y el combatirlos vivamente como puntos de doctrina aislados sin penetrar primero en el contexto de la nueva doctrina. En los más de los casos, los prematuros refutadores de particularidades son tan poco capaces como poco

voluntariosos para ello. Si el representante de una nueva concepción general se deja llevar á rebatir semejantes refutaciones fragmentarias, corre riesgo de deshacer en puros detalles su adquisición, cuyo valor estriba en la totalidad de su sentido, detalles en que no se ve bien su relación al todo. Lutero entró á luchar por aquella su convicción que se apartaba de la opinión tradicional, antes de que hubiese establecido y articulado la concepción total del cristianismo como tal. Se dejó llevar por sus adversarios á disputas sobre puros detalles, sin que los haya compensado nunca mediante una exposición sistemática de su concepción del Evangelio.»

Darwin dice: «Si me dice usted que no puede dominar la serie de pensamientos, bien sé yo que son demasiado dudosos y oscuros para ser dominados. A menudo he sentido lo que usted llama sentimiento deprimente, de verme más envuelto en dudas cuanto más meditaba en los hechos y examinaba puntos dudosos. Consuélome, sin embargo, con el porvenir y con la firme fe de que los problemas en que no hacemos sino entrar han de ser resueltos un día; y con sólo que preparemos el terreno habremos hecho un servicio, aunque no podamos cosechar.» «Concedo que hay muchas dificultades que no pueden explicarse con mi teoría del origen por modificación; pero me es imposible creer que una teoría falsa explique tantas clases de hechos como, á mi entender, los explica. En este suelo echo el ancla, y creo que irán desapareciendo poco á poco las dificultades» (1).

Renan dice: «Ruego al lector considere este libro, no por una página aislada, sino por su espíritu general. Este no puede expresarse más que con el sucesivo diseño de diversos pun-

(1) Estas tres citas no son aquí y en este caso directas, sino que están tomadas las tres del tomo segundo de la *Kritik der reinen Erfahrung* (Crítica de la experiencia pura), del Dr. Ricardo Avenarius, uno de los más extraordinarios filósofos de nuestro tiempo, y tan poco conocido entre nosotros como el prestigiosísimo teólogo Ritschl, autor de una obra sobre la justificación y la redención y de una historia del pietismo.

tos de vista, cada uno de los cuales no es verdadero más que en el conjunto. Una página sola tiene que ser forzosamente falsa, porque no dice más que una cosa, y la verdad es el compromiso entre infinitas cosas» (1).

Estas cuatro citas me ahorran otras consideraciones para aquellos de mis lectores que no estén poseídos por la barbarie escolástica á la española y que sepan ver en una obra de pensamiento, no un mecanismo articulado lógicamente y que se mueva como por resorte, sino un organismo trabado vitalmente, con las internas discordancias con que suelen brotar los organismos y que la vida misma elimina y corrige. Hasta tal punto hay una consecuencia y continuidad íntimas en procesos al parecer inconexos y llenos de contradicciones, á la vez que otros se nos presentan con rigor de engranaje y por dentro carecen de verdadera alma, de principio de unidad profunda, que conozco libros de historia plagados de errores de detalle, llenos de fechas equivocadas y de hechos falsos y que están, sin embargo, henchidos de verdad y de vida, mientras los hay —ahora me acuerdo de uno, de Jansen— en que cada hecho, cada fecha, cada referencia, cada cita, ha sido escrupulosamente comprobada, y que sin embargo no nos ofrecen más que una monstruosa mentira y una muerte. Estos últimos libros no mienten por lo que dicen, sino por lo que dejan de decir; no mienten con los hechos, sino con el modo de agruparlos. Su continuidad es una continuidad mecánica, la de un sistema de poleas, no una continuidad orgánica, la de un sér vivo. Suelen ser, de ordinario, las tales obras, obras de abogado.

He pasado aquí de tratar de la consecuencia en una persona, de la consecuencia en sus ideas ó entre éstas y sus actos, á tratar de la consecuencia lógica en las obras que los hombres

(1) Tampoco esta cita es directa. La tomo del libro *Mi rebeldía*, de don Ricardo Burguete, libro notabilísimo y lleno de espíritu, que es mejor que estar lleno de inteligencia, aunque abunda en ésta.

escriben, de esa consecuencia que consiste en que aparezcan debidamente conexionadas las ideas que las componen y sin contradicciones internas. Una y otra consecuencia tienen grandes afinidades entre sí. Combatir una obra filosófica buscando en ella contradicciones, me parece tan pueril como combatir á un hombre por inconsecuente. Y de ordinario las tales inconsecuencias no existen más que en la mollera de quien las denuncia. Se comprende que los abejorros, que no pueden ver una catedral desde la distancia necesaria para abarcarla en conjunto de una sola ojeada, maten la vida revoloteando en derredor de sus pináculos, flechas, agujas, contrafuertes y arbotantes y señalando las contradicciones que entre éstos notan, y cómo unos empujan para dentro, otros para afuera y hacia abajo otros.

Volviendo á la consecuencia en el hombre, debo añadir que sus más entusiastas defensores son los que creen que los hombres debemos estar al servicio de las ideas, y no éstas á nuestro servicio. Y aunque son ya muchas las veces en que he sostenido mi cada vez más fuerte convicción de que el hombre es superior á las ideas, y éstas sirven para servirle antes que él para servir las, vuelvo á mi tema favorito.

Cabe, en rigor, sostener que cada uno de nosotros lleva dentro de sí muchos hombres, mas por lo menos dos: un yo profundo, radical, permanente, el yo que llaman ahora muchos *subliminal* — de debajo del *limen* ó nivel de la conciencia,—y otro yo superficial, pegadizo y pasajero, el *supraliminal*. Y del mismo modo tienen las ideas una superficie y un dentro, una cáscara y una almendra, un continente y un contenido. Lo que llamaba Fouillée la idea-fuerza es, en realidad, el contenido de la idea, su entraña. Cuando nos servimos de una idea general, sea la de fuerza, su entraña, su contenido vivo es la obscura masa de sensaciones concretas que en nosotros despierta, el vago recuerdo de esfuerzos sentidos, la muchedumbre de impresiones de que ese concepto abstracto brotó. Lo otro, el concepto lógico de fuerza, tal cual pueda defi-

nirse en un tratado de física ó de metafísica, no es más que una cáscara para someterla, con otras, á *solitarios* lógicos, á combinaciones dialécticas. Cuando oigo hablar de substancia, se me despiertan obscuras reminiscencias de substancias concretas, de la substancia del caldo, de lo substancioso de un cocido, de lo insubstancial de un escrito, de la substancia de la carne, etc. Lo otro, la definición metafísica de la substancia, sirve para escamoteos dialécticos tan burdos como aquel de suponer que puede subsistir una substancia separada de sus accidentes todos. La substancia de las ideas, su carne, su entraña, es lo que lleva elemento motor y elemento sensorial, lo que puede ó movernos á acción ó provocar sensaciones. Todo lo demás son mondaduras y peladuras lógicas.

Pues bien: el hombre exterior, el que nos forman los demás, el debido á los juicios ajenos, el que nos impone la sociedad que nos rodea, el yo en que á mi yo íntimo han envuelto aquéllos con quienes vivo, ese yo opera con ideas superficiales, con conceptos lógicos, que son los transmisibles. Cuando ese mi yo pegadizo y pasajero le habla á mi prójimo de Dios, no puede darle la impresión que este vocablo en mí despierta, el contenido de él, el mundo de impresiones y sensaciones que en mí despierta el nombre de Dios, contando entre ellas la de aquel venerable anciano, de lengua barba blanca, tendido entre nubes, encima de Cristo, de la Virgen y de la paloma, tal como se me presentaba de niño en el altar mayor de la parroquia. Este contenido del concepto baja á vivificar el contenido de mi espíritu, y ambos contenidos son intransmisibles por la palabra.

En ese hombre interior, donde se cumplen las misteriosas fusiones de la vida espiritual, no es fácil distinguir la entraña del hombre mismo de las entrañas de sus pensamientos, porque de éstas está formado; el contenido del concepto de Dios se funde allí con mi propio contenido. Refiriéndonos á tales honduras, no cabe hablar de ideas y de espíritus como cosas distintas; allí una idea es un espíritu ó parte de él, y allí nues-

tro espíritu es una idea, la más compleja, la más viva, la más real, por ser la más ideal. Pero saliendo de allí y refiriéndonos á esta vida social en que vemos cortezas de ideas despedidas y recibidas por cortezas de hombres, aquí ¿en virtud de qué han de sujetarse los hombres á las ideas? No veo la razón de que nos dejemos escacharrar los hombres por las ideas, y nos rompamos la corteza para que ellas se mantengan enteras y no se les vaya el contenido por las hendiduras de rotura alguna.

*
* *

Si hay entre los que lean este ensayo algunos que me hayan seguido desde que empecé á lanzar al público el resultado de mis reflexiones y de mi vida interior, no faltará seguramente entre ellos quien crea que todo esto no es más que una apología ó defensa de mi propio proceder. No lo niego. Estoy profundamente convencido de que no tiene eficacia ni valor sino lo que arranca de la propia vida concreta.

Si cuando combato algún vicio, algún absurdo modo de pensar ó sentir, no tuviese ante los ojos interiores á tal ó cual sujeto vivo que sufre del vicio ese ó piensa ó siente de la manera absurda que combato, no valdría lo que escribo ni la centésima parte de lo que vale, valga lo que valiere. Y no lo hago por molestarle ni combatirle, y hasta me importa poco que quien me sirve de modelo no lo sepa; lo hago por dar vida á mi obra.

Pues bien, no niego que la doctrina desarrollada en este ensayo la he sacado de donde se sacan todas las doctrinas vivas: de mi propia experiencia. Si llego algún día á escribir una historia de mi pensamiento — historia que deberían escribir todos los que escriben para el público, — allí mostraré cuán continuo, cuán consecuente ha sido en mí. Mirando las cosas desde fuera, desde donde sólo se ven envolturas ó cacharros de hombres y envolturas ó cacharros de ideas, podrá parecer que no he guiado yo á mis ideas, sino que ellas, las ideas, me han

traído y llevado como los vientos á una veleta; pero yo, que miro desde dentro, desde donde se siente el líquido viviente de mi espíritu y de mis ideas, y los que sepan penetrar en interiores, verán que todo ese afluir de ideas distintas, que bajan ya de esta sierra del pensamiento, ya de aquella, en manso regato ó en torrente desatado, unas bajo tierra, otras sobre ella, y juntamente la disuelta substancia de ideas que me ha llovido sobre el espíritu desde el cielo espiritual, todo eso ha venido á engrosar mi espíritu, que quiero sea nõ un charco de aguas estancadas, sino un río de aguas corrientes y vivas, por cuyo cauce no pasen dos veces las mismas aguas. Un río cualquiera tiene fisonomía propia, carácter propio, propia acción, y, sin embargo, es mucho menos consecuente que un pantano, sobre todo si éste se hiela.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL PRETENDIENTE AMERICANO

(NOVELA)

VI



Los cuerpos de los hermanos gemelos llegaron á buen puerto y fueron remitidos á sus destinatarios. Hay que renunciar á describir la cólera del anciano duque cuando recibió á sus molestos parientes: su rabia superó á cuanto se puede imaginar.

Sin embargo, cuando se hubo calmado un poco, reflexionó que, después de todo, los gemelos bien tenían, por su sangre, algunos derechos morales, cuando no legales, á la consideración pública; estimó, pues, que no debía tratarlos como difuntos vulgares, y los depositó en la tumba de familia de Colmondeley, con los honores debidos á su rango; presidió él mismo la ceremonia, pero de aquí no pasó su generosidad: no pudo resolverse á ornar el catafalco con las armas de su casa.

En cuanto á nuestros amigos de Washington, esperaban con febril impaciencia que transcurriesen los diez días, y murmuraban contra el pobre Peter por el importuno aplazamiento que les había impuesto.

Mientras tanto, Sally Sellers, tan práctica y americana como lady Gwendolen Sellers era novelesca y gran dama, llevaba una vida de las más activas y sacaba el mejor partido posible de su doble personalidad. Durante el día, Sally Sellers, encerrada en su cuarto, trabajaba para atender á su familia; pero por la noche lady Gwendolen, como verdadera mujer de mundo, representaba dignamente á la familia de Rossmore.

Americana por el día, se enorgullecía de su trabajo manual y de sus buenas operaciones comerciales; por la noche descansaba de su labor y gustaba de reinar sobre todo un mundo imaginario, haciendo ostentación de sus títulos. De día, la casa no era para ella más que un modesto taller en el que se afanaba para subvenir á las necesidades de los suyos; de noche habitaba en la suntuosa morada de Rossmore Towers.

En el colegio había aprendido un oficio, sin sospecharlo: sus compañeras habían descubierto que cortaba y confeccionaba sus vestidos; esta ocupación, en efecto, le dejaba pocos ocios; pero no se quejaba de ello, porque, como todas las personas extraordinariamente dotadas, el trabajo no era para ella una fatiga, y el tiempo que pasaba en su cuarto no le parecía nunca largo.

Así fué que á los tres días de llegar á casa de sus padres encontró ocupación; antes del desembarco de los gemelos en el suelo anglosajón, y antes de la llegada de Peter á Washington, Sally Sellers tenía trabajo con exceso; pudo, por lo tanto, solventar en seguida ciertas deudas chillonas y despachar á los acreedores, más dispuestos á aceptar el dinero que los malos cromos de familia.

—Mi hija es alguien—decía Rossmore al mayor, hablando de ella.—Es el retrato de su padre: de una gran actividad de espíritu, pronta á obrar, sin el menor respeto humano; no se deja detener por nada. Por lo demás, todo le sale bien: esencialmente práctica y americana por instinto, sabe ser gran dama, y el atavismo le da un sello aristocrático europeo indiscutible. Me reconozco en mi hija: es Mulberry Sellers, en cuanto financiero é inventor, en las horas de trabajo; por la noche, una vez terminados los negocios, Mulberry Sellers lleva el mismo traje, pero es otro hombre: el Rossmore del Gotha, el verdadero gran señor.

Los dos amigos no dejaban de ir diariamente en busca de su correspondencia á la lista de correos.

El 20 de Mayo encontraron una carta dirigida á X. Y. Z.

El sobre tenía el sello de Washington, pero la carta no estaba fechada.

He aquí cuál era su contenido:

«Barril de cenizas, detrás del farol, paseo del Caballo Negro. Si juega limpio, vaya á sentarse allí mañana por la mañana, á las diez y veintidós, ni antes ni después. Espéreme.»

Los amigos leyeron y releieron el lacónico billete; después el duque dijo:

—¿No le parece á usted que nos toma por policías provistos de un mandamiento de prisión?

—¿Por qué?

—Porque nos fija un singular lugar de cita, que nada tiene de atractivo ni de agradable; ha elegido ese sitio para poder observarnos á su gusto: le será, en efecto, fácil, oculto desde la esquina de una calle, estudiar á los individuos encaramados, por indicación suya, en el famoso barril: ¿comprende usted?

—Perfectamente, comprendo; según esto, ese individuo no debe de tener la conciencia muy tranquila. Se conduce como si... ¡Por vida de...! Hubiera preferido saber sencillamente el hotel en que ha parado.

—También yo, amigo mío; pero nos lo ha indicado.

—¿De veras?

—Sí, y sin quererlo. Ese paseo del Caballo Negro es un camino estrecho y solitario, en donde se encuentra el hotel de New-Gadsbey. Seguramente pára allí.

—¿Cómo lo deduce usted?

—¡Oh! muy sencillo. Para mí, ocupa un cuarto frente al paseo en cuestión; se sentará tranquilamente en su habitación mañana, á las diez y veintidós de la mañana; y cuando nos haya contemplado en el barril, se dirá: «He visto á uno de esos individuos en el tren»; se escapará entonces hasta el fin del mundo, con su saco bajo el brazo.

Hawkins, desolado, estuvo á punto de ser víctima de un accidente.

—¡Oh Dios mío! Todo está perdido. Con tal de que su plan no le salga bien...

—No se inquiete. Me encargo de ello.

—¿Y cómo, si se sirve usted decírmelo?

—Me instalaré yo en el barril, y no usted. Usted llega cuando le vea que se me acerca y empieza á hablar; usted llega en compañía de un agente de policía vestido de paisano, y...

—¡Qué imaginación tiene usted, coronel! Jamás se me hubiera ocurrido una idea semejante.

—Tampoco lord Rossmore sería tan perspicaz; pero ha llegado el momento en que Mulberry Sellers tiene que ir á su oficina. Desde ahora va á eclipsarse mi personalidad ducal. Venga usted á que le enseñe el cuarto de ese individuo.

Eran, poco más ó menos, las nueve de la noche cuando pasaron junto al farol en cuestión y frente al hotel de New-Gadsbey.

—Ahí tiene usted—dijo el coronel, satisfechísimo, señalando el establecimiento, —ahí tiene: ¿le he engañado á usted?

—No... Pero, coronel, este hotel tiene seis pisos, y no veo bien cuál pueda ser la ventana de nuestro hombre.

—Es una cosa que nada me importa: es un detalle; puede emboscarse en la ventana que guste ahora que he descubierto lo que se propone. Mire: hágame el favor de irse á la esquina aquélla, y espéreme.

El duque se acercó á la entrada del hotel; se mezcló á la multitud de viajeros que entraban y salían, y concluyó por instalarse junto al ascensor.

Durante una hora, cuantas personas desfilaron ante él tenían los dos brazos y las dos piernas; pero, por fin, nuestro observador vió rápidamente un individuo ante cuya vista latió su corazón, aunque no le hubiese percibido sino imperfectamente y de frente.

Aquella rápida visión le permitió observar que el individuo

llevaba un sombrero flexible, un sáco de cuero bastante pesado, y que una manga inerte pendía á lo largo de su cuerpo. En aquel momento el ascensor subió, y nuestro amigo, loco de alegría, corrió apresuradamente en busca de su cómplice para participarle su descubrimiento.

—¡Le tenemos, mayor, le tenemos! Le he visto: respondo de ello. Poco me importa ahora que ese buen hombre se muestre de frente ó de espaldas: le reconocería entre mil. Podemos dormir tranquilos. Ahora ya no falta más que el agente de policía y la orden de detención.

Realizaron inmediatamente todas las formalidades necesarias.

A las once y media volvieron á su casa, muy contentos de la jornada, y se acostaron pensando en las emociones que les esperaban al día siguiente.

En el ascensor, Mulberry Sellers no vió á su primo: no le conocía, y no podía sospechar que tenía ante él al vizconde Berkeley!

VII

Al entrar en su habitación lord Berkeley hizo lo que todo buen inglés al acabar el día: anotó sus «impresiones» en su agenda.

Comenzó por revolver toda su maleta para buscar una pluma, aunque hubiese un suficiente número de ellas en la mesa de su habitación (hay que decir, de paso, que si los ingleses fabrican las diez y nueve vigésimas de las plumas de acero que se consumen en todo el mundo, no se sirven jamás de sus productos: permanecen fieles á la antigua pluma de ave). Lord Berkeley terminó sus impresiones con estas palabras:

«He cometido una falta enorme: hubiera debido renunciar á mi título y cambiar de nombre antes de mi salida. Todos mis esfuerzos para mezclarme á las gentes vulgares é identificarme con ellas van á fracasar, á menos de que no me desem-

barace de mi nombre, y me ponga al amparo de un nombre nuevo y plebeyo. Me asombra y me repugna el ver hasta qué punto son fastidiosos y noveleros todos estos americanos. Rebájanse ante mí porque soy un lord inglés, y me abruma con sus atenciones obsequiosas. Les creía menos aduladores, y encuentro en ellos, ¡ay!, el servilismo británico. Mi personalidad se trasluce á mi pesar, y mi nombre y mi nacimiento parecen escritos en mi rostro en caracteres misteriosos; inútil es que inscriba sencillamente mi nombre, sin añadir título alguno, en el registro del hotel, y que me imagine que voy á pasar por un viajero obscuro: al punto, grita en alta voz el secretario: «Indicad á lord Berkeley el número 82», y en cuanto he tomado el ascensor se apresura un repórter á entrevistarme. Preciso es que esta situación cese inmediatamente. Desde mañana me pondré en busca del pretendiente americano; le entregaré sus títulos; cambiaré de albergue: lord Berkeley desaparecerá de la escena del mundo, para vivir bajo un nuevo nombre.»

Dejó su diario abierto sobre la mesa, para anotar los nuevos pensamientos que pudieran surgir en su espíritu durante la noche; se acostó y se durmió rápidamente. Al cabo de dos horas, le pareció oír en un semisueño rumores confusos, sonidos extraños; despertóse bruscamente en un instante por un ruido singular, un ir y venir inusitados.

Las puertas y las ventanas se abrían violentamente; rompíanse cristales con estrépito; corrían varias personas por los corredores; otras sollozaban, suplicaban ó chillaban; entonces se oyeron gritos de «¡Fuego, fuego! ¡está ardiendo la casa!»

Lord Berkeley saltó, á obscuras, de la cama; cogió lo único que estaba á su alcance, su diario de impresiones sobre América, y ganó la puerta precipitadamente, en ropa ligera; se encontró con una compacta multitud de hombres, mujeres y niños que se precipitaban hacia la salida; fué arrastrado por la ola humana.

Poco satisfecho de su traje de noche, entró en una habitación cuya puerta estaba abierta, y se puso unas prendas de vestir que allí encontrara; aunque demasiado anchas, no le sentaban mal; se apoderó también del sombrero que completaba el traje, un sombrero de una forma rara que le chocó, porque Buffalo Bill no había hecho su aparición en Inglaterra.

Una de las mangas de la chaqueta estaba plegada y cosida al hombro; pero no se paró en detalles: se la puso como pudo, y llegó prontamente á la salida del hotel. Cayó sobre un cordón de agentes de policía que rodeaban el hotel. Su sombrero de *cowboy* y su chaqueta medio puesta llamaron la atención de los curiosos; sin embargo, no oyó ni una observación poco respetuosa ó descortés en aquella multitud agrupada en torno suyo.

Obsesionado siempre por el mismo pensamiento, se dijo: «No hay que darle vueltas: reconocen á un lord bajo todos los disfraces, y no pierden ocasión de testimoniarle su deferencia».

Uno de los jóvenes presentes aventuró, no obstante, una tímida observación. Lord Berkeley replicó, y de todos los muchachos se escapó el mismo grito de asombro:

—¡Un *cowboy* inglés! ¡qué cosa más rara!

Otra observación para la agenda de lord Berkeley. ¿Un *cowboy*? ¿Qué es un *cowboy*? ¿Quizás...? Pero el vizconde comprendió que iban á dirigirle otras preguntas, y procuró esquivarse de la multitud; descosió la manga, se puso la americana por completo, y echó á andar en busca de un modesto albergue. Encontró uno, se acostó y se durmió en seguida.

Al día siguiente por la mañana examinó su traje. Le pareció raro, pero era nuevo y estaba limpio. Los bolsillos eran anchos y profundos; los volvió, y encontró en ellos un billete de quinientos dolars; algunos otros billetes y monedas de plata, componiendo un total de cincuenta dolars; provisiones de tabaco, un grueso libro de cánticos, que no pudo abrir, y

cuya cerradura hizo saltar; el libro contenía *whisky*, una agenda sin nombre, en la que encontró varias y raras indicaciones escritas por una mano ignorante, apuestas, una contabilidad de carreras, y todo ello salpicado de apelativos deliciosos: «Jack el de los seis dedos, Lonstie que teme á su sombra», etc... Ni una carta ni un documento que pudieran establecer la identidad del poseedor de aquellos tesoros.

El joven reflexionó y tomó su partido. Como su letra de crédito se había quemado, emplearía algún dinero en buscar mediante anuncios al propietario de su traje; gastaría lo demás mientras que buscara trabajo. Envió á buscar un periódico, y leyó el artículo sobre el incendio del hotel.

En mangas de camisa vió el anuncio de su propia muerte, y, en otro lugar, los detalles más circunstanciados sobre su persona y bello comportamiento. Con la generosidad y la abnegación que caracterizan á su raza había salvado mujeres y niños hasta el momento en que, presa de la asfixia, no pudo salvarse á sí mismo; entonces, ante las anhelosas miradas de la multitud impotente, fué derribado por los elementos; en medio de las llamas, que continuaban subiendo; en medio de un torbellino de humo, el joven heredero de la gran casa de Rossmore había desaparecido gloriosamente en un enorme brasero.

Aquello era tan hermoso, tan impresionante, estaba tan bien retratado, que las lágrimas acudieron á sus ojos; después se dijo: «De todo esto resulta que lord Berkeley ha muerto, y muerto gloriosamente. Descanse en paz. Esto endulzará la pena de mi padre; ahora ya no tengo que buscar al pretendiente americano. Nada podía servir mejor á mis intereses. Ya no tengo más que hacer que tomar otro nombre y crearme una nueva vida. Ahora respiro; soy un hombre libre, un hombre como los otros; por mis propios medios, solamente por ellos, me crearé una posición, ó naufragaré si soy incapaz de elevarme por encima de mis semejantes. Hoy celebro el día más hermoso de mi vida; marchó con la cabeza alta, con la mirada recta; ¡soy un hombre!»

VIII

—¡Dios me ampare, Hawkins!

El coronel dejó caer el periódico que tenía convulsivamente entre sus dedos.

—¿Qué ocurre?

—¡Desaparecido! ¡El joven y seductor heredero de su nombre ilustre, desaparecido entre las llamas, que le aseguran una gloria inmortal!

—¿Pero quién?

—Mipreciado, preciadísimo pariente Kirkendbright Llanover Mar-Jorybanks Sellers, vizconde Berkeley, heredero de los usurpadores de los Rossmore!

—¡No!

—Sí, la cosa es cierta.

—¿Y cuándo?

—Ayer noche.

—¿En dónde?

—Aquí, en Washington, en donde acababa de desembarcar procedente de América, según dicen los periódicos.

—¿Es posible?

—El hotel ha quedado destruído.

—¿Qué hotel?

—El New Gadsby.

—¡Dios mío! ¡Entonces hemos perdido á los dos!

—¿A qué dos?

—Pues á Pete.

—¡Ah, diablo! Le había olvidado; pero espero que no le habremos perdido.

—Esperémoslo. Nos es indispensable; podemos perder cientos de vizcondes, pero no á Pete el manco.

Releyeron el periódico atentamente, y vieron con emoción que se había visto á un hombre con un brazo amputado que

bajaba precipitadamente la escalera en paños menores; parecía haber perdido la cabeza, decía el periódico; no quería escuchar á nadie, y se precipitó como un loco en una falsa dirección, corriendo sin duda alguna á una muerte cierta.

—¡Pobre diablo!—suspiró Hawkins;—¡decir que tenía unos amigos tan cerca de allí! Por un poco hubiéramos podido salvarle.

El duque irguió la cabeza con dignidad.

—Poco importa que haya muerto—dijo con calma.—Vivo se nos escapaba; ahora le tenemos.

—Le tenemos... ¿cómo?

—¡Se exteriorizará!

—Rossmore, no bromea. ¿Sería usted capaz de hacer lo que dice?

—Tan cierto como que le veo á usted, lo haré.

—Deje que le estreche la mano. Mi corazón desfallecía: me ha devuelto usted la vida.

—No necesitaré mucho tiempo, Hawkins; pero nada apremia, tomaremos tiempo. Como es natural, voy á encontrarme con ciertos deberes de familia; no podré sustraerme á ellos. Ese pobre joven...

—Es verdad; no tome usted á mal que me haya mostrado tan egoísta en los momentos en que le aflige un duelo tan cruel. Claro es que lo primero en que hay que pensar es en exteriorizar á su primo: es muy natural.

—¡Oh Dios mío! Debo decir que no había pensado en ello. Evidentemente, preciso será que lo exteriorice; pero vea usted, Hawkins, hasta qué punto constituye el egoísmo el fondo del corazón humano. Lo que desde luego me había satisfecho era el verme desembarazado de ese primo usurpador... Espero que me perdonará usted semejante debilidad y que la olvidará; olvide usted que Mulberry Sellers ha sido lo suficientemente mezquino para recrearse con un pensamiento que no hubiera debido tener. Sí, por mi honor, le exteriorizaré, aunque me cueste todas las contrariedades posibles, aunque tenga que

surgir de entre los miles de pretendientes formados en línea para cerrar el paso al verdadero duque de Rossmore.

—En esas palabras reconozco al verdadero Sellers... las otras sonaban mal, mi querido amigo.

—Hawkins, estoy pensando en una cosa, en una cosa importante que no hay que olvidar.

—¿En qué?

—Hay que guardar el silencio más absoluto sobre esas exteriorizaciones. No se nos debe escapar una palabra acerca del asunto. Sin hablar de mi mujer y de mi hija, cuya sensibilidad enfermiza podría quebrantarse, mis negras perderían la cabeza y se largarían inmediatamente de mi casa.

—Tiene usted mucha razón. Ha hecho usted bien en decírmelo, porque yo no sé contener á mi lengua cuando no me lo recomiendan.

Sellers puso el dedo en un botón eléctrico, lo oprimió, y esperó mirando á la puerta; volvió á hacer el simulacro de llamar, mientras que Hawkins felicitaba al coronel por adoptar para su comodidad los más recientes inventos. Sellers abandonó el timbre (al que por lo demás no estaba unido ningún hilo), y se puso á agitar una campana de gran tamaño colocada sobre su mesa, gruñendo contra los inventos modernos, detestables todos ellos á cual más, y perfectamente desesperantes.

—Graham me suplicó—dijo el duque—que adoptase su sistema, alegando que la colocación de sus pilas en mi casa sería para él un excelente reclamo y le valdría un seguro triunfo. Yo le demostré que en teoría su invento era perfecto, pero que en la práctica sería detestable. Júzguelo usted. Ya ha apreciado el resultado. Me ha visto usted tocar dos veces, ¿no es verdad? ¿Y qué, tenía ó no tenía razón?

—¡Ah! coronel, ya sabe lo que yo pienso de usted. Para mí tiene usted la ciencia infusa sobre todos los asuntos; si ese hombre le hubiera á usted conocido como le conozco yo, se hubiera atendido á la opinión de usted y hubiese re-

nunciado á sus pilas eléctricas, á todas sus otras grotescas invenciones.

—¿Ha llamado usted, señor Sellers?

—No, el señor Sellers no ha llamado.

—Entonces habrá sido el señor Washington; porque he oído muy bien.

—Tampoco.

—¡Señor! ¿Entonces quién ha sido?

—Ha sido lord Rossmore.

El anciano negro levantó los brazos al cielo.

—¡Misericordia! ¡me he olvidado otra vez de ese nombre!
¡Ven, Jinny, ven pronto!

Acudió Jinny.

—Escucha las órdenes del amo y procura acordarte de ese nombre que se me olvida siempre.

—¿Recibir yo las órdenes del amo? ¿me tomas por tu negro? El amo te ha llamado, á mí no.

—Lo mismo da que llame al uno que al otro.

—Está bien, vete: arreglaremos eso en la cocina.

El rumor de la disputa llegó á los oídos del lord.

—He aquí el inconveniente—dijo—de los criados antiguos que fueron en un tiempo los esclavos de uno y se han convertido en amigos.

—Sí, forman parte de la familia.

—Cierto; hasta llegan á ser á veces los amos de la casa. Estos dos negros son muy honrados y muy buenos, afectuosos y fieles, pero hacen lo que se les antoja y se meten en la conversación. En suma, merecerían ser ahorcados.

Esta opinión contra los antiguos servidores no tenía, en el fondo, gran importancia, puesto que sabía perfectamente que nada podía cambiar en aquel estado de cosas.

—Mi objeto, Hawkins, era reunir á la familia para dar á todos la noticia.

—¡Oh! no había para qué dar campanillazos; yo iré á buscarles.

Mientras que subía, el duque prosiguió su idea.

—Sí—se dijo,—cuando sea dueño de la exteriorización sugeriré á Hawkins que les mate; después de esto veremos si me resisten. Cierto es que un negro exteriorizado debe, por hipnotismo, guardar fácilmente el silencio; este silencio, que puede en caso de necesidad convertirse en permanente, se regula á voluntad para producir el mutismo absoluto ó el medio silencio, con permiso de pronunciar unas pocas palabras. También se puede obtener el silencio relativo, con facultad de expresar sus sentimientos, sus emociones de una manera más ó menos discreta. Mi idea fundamental es buena, respondo de ello; falta ponerla en práctica.

Entraron las dos damas seguidas de Hawkins y de los negros, que no habían sido convocados; éstos se pusieron en el acto á hacer que limpiaban, comprendiendo que la conversación sería interesante: también ellos querían oirla.

Sellers dió la noticia con majestuosa lentitud. Empezó por advertir á su mujer y á su hija que sus corazones iban á sufrir una nueva prueba, tan cruel como la anterior; después tomó el periódico y leyó con voz temblorosa, entrecortada por los sollozos, la muerte heroica del vizconde de Berkeley.

Los oyentes experimentaron una dolorosa impresión. La señora Sellers lloró de enternecimiento al pensar en el legítimo orgullo de la madre del héroe, si vivía aún, y en su inconsolable dolor; los negros unieron sus lágrimas á las de ella y manifestaron su pesar con la sencillez natural en su raza. Gwendolen, con su carácter novelesco, profundamente conmovida, declaró que un comportamiento tan elevado denotaba una naturaleza selecta, un ideal de perfección. Lamentaba no haberle conocido, porque la sola vista de aquel hombre generoso y heroico hubiera reconfortado su alma, expulsando para siempre de su espíritu los pensamientos bajos y mezquinos.

—¿Han encontrado su cuerpo, Rossmore? — preguntó la madre de Gwendolen.

—Sí; se han encontrado varios: el suyo se encuentra seguramente entre los cadáveres; pero están inidentificables.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—Voy á reconocer uno, y lo enviaré á su desgraciado padre.

—Pero, papá, ¿has visto alguna vez á ese joven?

—No; ¿por qué?

—Entonces, ¿cómo le vas á reconocer?

—¡Dios mío! los periódicos dicen que no se puede identificar ninguno; enviaré, pues, cualquiera de los cadáveres.

Gwendolen no quiso contradecir á su padre: sabía que nada modificaría su decisión; adivinaba también que estaría muy contento con desempeñar un papel oficial en semejantes circunstancias. Callóse, pues, hasta el momento en que su padre pidió un cesto.

—¿Un cesto, papá? ¿Para qué?

—¡Pudiera haber cenizas que recoger!

IX

El duque y Washington salieron para su misión dolorosa.

—No podía por menos de suceder.

—¿El qué, coronel?

—Había siete actrices en el hotel, y todas han resultado escaldadas, naturalmente.

—¿Quemadas todas?

—¡Oh! no; se han salvado; pero, cosa rara: ni una de ellas ha podido preservar sus joyas.

—Es muy raro.

—Sí, seguramente es raro; nunca aprovechan la experiencia del pasado; parece, en verdad, que pesa sobre ellas una suerte misteriosa. Tomad, por ejemplo, una que desempeña papeles de sensación: goza de una reputación enorme; pues bien, debe su fama al solo hecho de haber estado á punto de abrasarse cincuenta veces en los hoteles.

—¿En qué puede servir eso para su fama?

—Como es natural, se ha hablado de ella. Ahora van á verla porque conocen su nombre. ¿Cómo lo conocen? Ya no se sabe, pero el hecho subsiste. Debutó pobremente, con trece dolars á la semana; con esta cantidad tenía que arreglárselas.

—¡Ah!

—Sí; y con los gastos que tenía no le quedaba gran cosa para hacer la gran dama. Pues bien, ha sido víctima de un incendio en un hotel, y ha perdido 39.000 libras en brillantes...

—¿Y cómo eso?

—¡Sábelo Dios! Sin duda se los regalarán hijos de familia y viejos comerciantes. Todos los periódicos no han hablado más que de ella durante no sé cuánto tiempo. Se aprovechó de ello para cobrar más. Volvió á ser víctima de otro incendio, y perdió de nuevo sus joyas; con esto subió cincuenta peldaños en la estimación del público.

—En verdad que si los incendios de hotel son lo más claro de su capital, en poca cosa estriba éste.

—Esto sería cierto para otra persona; ella tiene suerte, ha nacido bajo una buena estrella. Siempre que arde un hotel, está segura de encontrarse en él; ó si no se la ve en medio de las llamas, allí están de todos modos sus joyas. Esto es lo que se llama tener buena suerte, ó no sé lo que es.

—Verdaderamente, es increíble. Ha debido de perder kilos de brillantes.

—¡Kilos! Diga más bien toneladas, amigo mío. Ha llegado á un punto, que los dueños de los hoteles la miran con superstición; no quieren hospedarla, seguros de que les valdrá un incendio; en cuanto llega á un hotel, los aseguradores rescinden su contrato. Se eclipsó un poco en estos últimos tiempos, pero el incendio de New Gadsby va á ponerla á flote. Ha perdido ayer noche por valor de 60.000 dolars.

—Pero debe de estar loca. Si tuviera yo 60.000 dolars en joyas, no las confiaría á un hotel.

—Tampoco yo; pero vaya usted á enseñar prudencia á una

actriz. Esta ha ardido ya sus treinta y cinco veces. Y si hay un incendio esta noche en San Francisco, acuérdesese de lo que le digo: allí estará ella. Supónese que tiene alhajas en todos los hoteles del país.

Cuando llegaron al lugar del siniestro, el padre duque dirigió una mirada melancólica á aquel imprevisto depósito de cadáveres, y apartó la vista emocionado.

—Era verdad, Hawkins—le dijo.—Es imposible reconocer á ninguna de las cinco víctimas. Trate usted de hacerlo: yo me declaro incapaz.

—Veamos. ¿A cuál elijo?

—¡Oh! poco importa; elija la que esté menos estropeada.

Sin embargo, los agentes afirmaron al duque (todo el mundo le conocía en Washington) que, dado el sitio en que fueron encontrados aquellos cinco cadáveres, parecía imposible que ninguno de ellos fuese el de su joven y noble pariente. Le enseñaron el lugar en que debió de hallar la muerte, si el relato de los periódicos era exacto; probáronle también que hubiera podido escapar á la asfixia saliendo por otra puerta. El coronel se enjugó una lágrima, y dijo á Hawkins:

—Mis temores estaban harto fundados: no encontraremos más que cenizas. ¿Quiere usted entrar en esa tienda y pedir algunos cestos?

Con el mayor respeto recogieron en cada cesto cierta cantidad de cenizas cogidas en los diferentes puntos del siniestro, y se preguntaron cómo las remitirían á Inglaterra. Era de todo punto preciso que los preciosos restos de tan noble héroe fuesen tratados con los honores debidos á su rango.

Depositaron los cestos en la mesa de la habitación que había servido sucesivamente de biblioteca, de salón y de taller, y subieron al granero en busca de una bandera para envolver el sagrado depósito. Un instante después entró lady Rossmore; vió al mismo tiempo los cestos y al viejo Jinny que daba vueltas alrededor.

—¡Dios mío! ¿qué nueva tontería has hecho? ¿por qué se te

ha ocurrido poner sobre la mesa esos cestos con cenizas? — exclamó irritada.

—¿Cenizas?

La duquesa se acercó para ver mejor, y alzó los brazos.

—¡Estás loco!

—¿Yo? Ahora mismo acabo de ver eso. Yo no he puesto esas cenizas; seguramente es Daniel. Ese pobre Daniel va chacheando.

Pero Daniel no era el culpable, y negó enérgicamente.

—¿No las ha puesto nadie, entonces? Confesaréis que es un fenómeno chocante, á menos que no haya sido el gato...

—¡Oh! — suspiró lady Rossmore, con un temblor nervioso que sacudió todo su cuerpo. — Ya comprendo: marchaos; son los restos de...

—¿Cómo, señora?

—Sí; los restos del joven Sellers de Inglaterra, que pereció en el incendio.

Los negros salieron, y ella se quedó frente á las cenizas profundamente conmovida. Llamó á Mulberry Sellers, decidida á impedir la nueva excentricidad que preveía. Le vió bajar con una bandera en la mano; cuando supo su intención de envolver los despojos mortales de su primo é invitar al Gobierno á que viniese á honrar aquellos restos venerables, se opuso con todas sus fuerzas.

—Tus intenciones son siempre buenas—dijo.—Quieres tributar un homenaje á un pariente: nadie seguramente podrá censurártelo, porque la misma sangre corre por tus venas; pero si reflexionas, comprenderás que estás equivocado en el procedimiento. No te vas á poner ante un cesto de cenizas con el rostro descompuesto, y hacer que desfile todo el mundo. Semejante ceremonia sería grotesca. ¿No te imaginas á cinco mil personas agolpándose ante tres cestos de cenizas? ¡Cuántas ocurrencias de mal gusto se escucharían! No, amigo mío; no puedes exponer estas cenizas: sería una irreverencia. Renuncia á ello, y busca otra cosa.

Comprendiendo que la razón hablaba por boca de su mujer, abandonó su idea de buen grado y se decidió á velar los preciosos restos en compañía de Hawkins. La cosa pareció muy exagerada á su mujer; pero no hizo ninguna objeción, no viendo en la conducta de Mulberry Sellers sino el deseo de cumplir lealmente con su mujer respecto de un pariente fallecido lejos de los suyos, en tierra extranjera.

Colocó, pues, la bandera sobre los cestos, cubrió con un crespón el pestillo de la puerta, y dijo con aire satisfecho:

—Esto es; le he procurado todo lo mejor que las circunstancias lo permiten; hay que hacer siempre con los demás lo que se quisiera que hicieran con uno; sin embargo, falta una cosa...

—¿Cuál?

—Las armas.

Lady Rossmore encontraba la puerta suficientemente decorada, y temblaba de ver entrar en su casa un nuevo escudo; así fué que aventuró tímidamente esta reflexión:

—Creía que esta distinción no se debía sino á parientes muy cercanos.

—Verdad es, tienes razón, querida; pero estos usurpadores son nuestros más próximos parientes, y preciso es adoptar los usos de nuestro medio aristocrático.

Pusieron los escudos en la entrada; con su desmesurado tamaño y sus chillones colores, hacían un efecto magnífico y no dejaban ningún espacio vacío encima de la puerta. El duque pareció satisfechísimo del efecto.

Lady Rossmore y su hija velaron hasta media noche, y dieron su parecer sobre lo que convendría hacer más adelante. Rossmore quería mandar los restos sin demora; su mujer no lo aprobó.

—¿Quieres enviar todos estos cestos?

—Ciertamente.

—¿Todos á la vez?

—Sí.

—¿A su padre? ¡Oh, no! Piensa en el golpe que le daríamos. No... uno solo primeramente; hay que preparar á ese pobre hombre, y hacer tres envíos.

—¿Crees que sería esto un buen sistema?

—Sí, hija mía; acuérdate de que eres joven y fuerte; que él es de edad. Enviarle todo junto le causaría demasiada pena; vale más obrar progresivamente. Estará acostumbrado cuando reciba el tercer cesto; además, mejor es hacer esos envíos en barcos distintos, porque si naufragase uno de ellos...

—No me agrada ni poco ni mucho tu idea, papá; si fuera yo el padre, me parecería horrible recibir á mi hijo así, por...

—Por entregas — dijo Hawkins, muy satisfecho de poder decir algo.

—Sí; me parecería abominable recibirle por envíos sucesivos. Después del primer envío estaría con la mayor angustia esperando los otros, y la perspectiva de un entierro aplazado hasta la llegada del último barco me pondría en un estado...

—¡Oh! no, hija mía—interrumpió el coronel;—un hombre de su edad no podría soportar tales cosas: necesitaríanse tres servicios religiosos.

Lady Rossmore alzó los ojos muy asombrada.

—Semejante combinación es inadmisibile—dijo;—á mi entender, hay que enterarle de una vez.

—También á mí me parece lo mismo—apuntó Hawkins.

—Y á mí—añadió la joven.

—Pues bien, todos os engañáis—dijo el coronel,—y vais á verlo. Sus cenizas no están más que en uno de los tres cestos.

—Entonces la cosa se simplifica — dijo lady Rossmore:—que se entierre un solo cesto.

—No es tan sencillo como lo piensas—respondió lord Rossmore,—porque no se sabe cuál de los tres cestos contiene las cenizas de mi pobre primo. Sabemos que están en uno de ellos, pero nada más; ya ves que tengo razón, que hacen falta tres entierros.

—¿Entonces tres tumbas, tres monumentos y tres inscripciones?—preguntó Gwendolen.

—¡Dios mío, sí! Así es como se debería proceder.

—Es imposible, papá; en la duda, las tres inscripciones deberían ser idénticas. No adelantarias nada.

—Es verdad, Gwendolen: tu argumento es exactísimo, y no sé verdaderamente qué hacer.

Siguió un silencio general, que interrumpió Hawkins.

—Me parece —dijo tímidamente— que si se mandaran las cenizas de los tres cestos...

El duque le estrechó las manos con efusión.

—Gracias, amigo mío; ha resuelto usted el problema: un solo barco, un solo entierro, un solo monumento funerario; me ha sacado usted del compromiso, Hawkins, y evita usted así muchos dolores á ese desgraciado padre. Sí, meteremos al pobre muchacho en un solo cesto.

—¿Y cuándo?—preguntó lady Rossmore.

—Mañana... lo más pronto posible, por de contado.

—Yo en tu lugar, esperaríá, Mulberry.

—¿Y por qué?

—¿Quieres romper el corazón de ese anciano?

—Ciertamente que no.

—Pues entonces espera á que reclame los restos de su hijo. Al hacerlo así, evitarás al desgraciado el más profundo dolor, el dolor de la certeza de la muerte de su hijo; creo que no reclamará sus cenizas.

—¿Por qué no?

—Porque se esforzará en conservar el mayor lenitivo á su dolor, en forma de una apariéncia de duda, de la esperanza de ver volver á su hijo un día ú otro.

—Pero, Polly, sabrá la muerte por los periódicos.

—No los creerá; conservará ilusiones, rechazará la evidencia: esta ilusión le sostendrá y le hará tolerable la existencia; mientras que si se le envían los restos de su infortunado hijo, su pobre corazón no podrá soportar el choque...

—¡Oh Dios mío! Es verdad, mi querida Polly; me has impedido cometer un crimen, un asesinato, y te bendigo por esta buena acción. Ahora veo claramente mi deber; guardaremos estas reliquias, y el desgraciado usurpador ignorará lo que ha pasado.

X

El joven lord Berkeley, aspirando el aire de la libertad á plenos pulmones, sentíase dispuesto á abrazar su nueva carrera; y, sin embargo, si la lucha era demasiado ruda para él, si llegaba el desaliento, ¡quién sabe si tendría energía para llevar á buen término su empresa! No podía responder del porvenir; lo que le parecía más seguro era ponerse al abrigo de toda sorpresa, cortando los cabos detrás de sí.

Tomó, pues, la resolución de buscar inmediatamente al propietario del dinero encontrado, y depositarlo mientras tanto en un Banco.

—¿A qué nombre?—le preguntaron.

Vaciló y se puso encarnado; no había previsto este detalle.

—Howard Tracy—respondió, dando el primer nombre que se le ocurrió.

—El cowboy se ha puesto encarnado—observaron los empleados del Banco.

El primer paso estaba dado. El dinero estaba seguro, pero quedaba á su disposición. Dirigióse en seguida á un segundo Banco, en el que sacó un cheque de 500 dolars sobre el primero; esta suma quedó en caja y puesta á su crédito en el segundo Banco; le pidieron la firma, la dió; después salió contentísimo de su determinación enérgica.

—He aquí un asunto terminado—pensó;—me sería imposible retirar esa suma sin justificar mi identidad, cosa que no podría hacer actualmente. No me queda, pues, otro recurso que el de trabajar para vivir, ó morirme de hambre. Me encuentro dispuesto y animoso.

Telegrafió en seguida á su padre:

«Escapado milagrosamente del incendio del hotel. He tomado un nombre de capricho. Adiós.»

Como se paseara melancólicamente por la noche, vió un anuncio en una iglesia pequeña: «Conferencia pública á los mecánicos. Se admite á todo el mundo sin invitación».

Vió entrar á personas vulgares, sobre todo obreros; les siguió y se sentó. La iglesia era pequeña y de pobre aspecto. No había almohadones en los bancos, ni púlpito propiamente dicho: un simple estrado, en el que estaba el conferenciante; á su lado había un hombre que compulsaba notas y parecía dispuesto á tomar la palabra. Pronto se llenó la iglesia de gentes sencillas, modestamente vestidas. El conferenciante empezó:

«El orador que vais á escuchar hoy es un miembro de nuestro círculo; todos vosotros le conocéis: míster Parker, distinguido colaborador del *Daily Democrate*. El asunto de su conferencia será la Prensa americana, y tomará por texto algunas frases del nuevo libro de míster Arnold. Me ruega que os lea los extractos que va á comentar:

»Goethe dice en cierto pasaje que el temor, es decir, el respeto, es el mayor bien de la humanidad, y míster Arnold emite, por su parte, la siguiente teoría: Si hay alguien que busque un medio eficaz para destruir la disciplina y el respeto en un pueblo, no hay más que dirigirse con toda seguridad á los periódicos americanos.»

Míster Parker se levantó, saludó, y fué acogido con entusiasmo. Comenzó á hablar en voz clara, con impecable dicción, redondeando las frases; interrumpíanle á menudo con aplausos.

El orador se extendió sobre la misión de los periódicos en general, los cuales deben mantener en una nación la altivez patriótica, inculcar al pueblo el amor de su país, de sus instituciones, preservándole de las influencias á menudo nefastas del extranjero. Citó como ejemplo á los periodistas rusos y

turcos, que persiguen tan noble fin con perseverancia, ayudándose con el Kerout y apelando en caso de necesidad á la Siberia para mantener en el pueblo el piadoso respeto de la disciplina.

El fin del periódico inglés es el mismo: debe hipnotizar á sus lectores con algunos asuntos, y pasar hábilmente sobre otros. Así, debe hacer que todos los ojos se fijen en las glorias de Inglaterra, gloria que los miles de años transcurridos rodean de intensa aureola; pero al mismo tiempo hay que ocultar á los lectores que las glorias han servido para la elevación y enriquecimiento de las clases privilegiadas, mientras que costaron la vida á miles de individuos de las clases inferiores, que no lograron ninguna ventaja personal. El periódico debe mantener al público en el respeto más profundo hacia una Monarquía sagrada, y no dejarle nunca entrever que la mayoría de la creación no llevó al rey al trono, y que, por consiguiente, la Monarquía no tiene legalmente el derecho de existir. Debe inspirar á la nación un gran respeto por esa curiosa invención que es la organización del Gobierno, y hacerle amar á las instituciones bastardas de la justicia y de la nobleza hereditaria; al mismo tiempo debe ocultarse que el Gobierno oprime y sangra al pueblo con impuestos injustos; que la nobleza se reserva todos los honores para dejar al pueblo los trabajos y las penalidades.

El orador, al comentar este pensamiento, se asombró de que con su clara inteligencia y su espíritu de observación no haya comprendido míster Arnold que las cualidades tan alabadas en la prensa inglesa, á saber, su exagerado respeto y su espíritu conservador, convertiríanse en defectos en América; aquí, la fuerza preciosa del periodismo consiste en su independencia y en su *humour*, porque su fin, desconocido por míster Arnold, es velar por las libertades de un pueblo y no amparar los errores pueriles de ese pueblo. Añadió que si las instituciones del viejo mundo fuesen puestas de relieve durante cincuenta años, y criticadas por una prensa tan franca

como la prensa americana, la Monarquía y sus abusos desaparecerían de la humanidad. Y si los monárquicos lo dudan, ¿por qué no proponer al Zar que haga el ensayo en Rusia?

—En resumen—dijo al terminar:—si nuestra prensa no posee la cualidad dominante del viejo continente, el respeto, considerémonos felices. Su respeto muy limitado le hace venerar lo que venera el pueblo americano: es suficiente. Nos importa muy poco lo que las otras naciones veneran. Nuestra prensa no respeta ni á los soberanos, ni á la nobleza, ni á las tiranías religiosas; no admite la ley que deshereda á un hijo segundo en beneficio del mayor; no admira la ostensible injusticia que permite á un ciudadano pisotear á su vecino porque el azar de su nacimiento le favoreció; no reconoce la ley, por antigua y sagrada que pueda ser, que excluya á un individuo de una situación á la que tendría tantos derechos como otro cualquiera, y que otorga propiedades con la simple exhibición de títulos hereditarios. Podemos decir con Goethe, el ferviente adorador de la Monarquía y de la nobleza, que nuestra prensa ha perdido todo sentimiento de disciplina y de respeto; felicitémonos de ello y esperemos que esto constituya un hecho consumado, porque, en mi opinión, la licencia y la crítica de la prensa engendran y protegen la libertad humana, mientras que el respeto ciego mantiene y fomenta la esclavitud física y moral en todas sus formas.

Tracy pensaba para sí: «Me alegro de haber venido á América; he hecho bien en buscar un país imbuído de principios tan verdaderos y teorías tan fuertes. ¡Cuántas innumerables esclavitudes se deben á un respeto exagerado! ¡y qué bien lo ha probado este hombre! El respeto es, en efecto, una palanca poderosa; en cuanto conseguís que una persona respete vuestras ideas, se convierte en esclavo vuestro. ¡Oh, sí! En ninguna época de la historia se ha permitido que las naciones europeas abran los ojos sobre los crímenes y las infamias de la monarquía y de la nobleza; siempre se las ha tenido sujetas; se las ha cegado, inculcándolas por las antiguas

tradiciones un respeto que ha pasado á ser una segunda naturaleza; basta para escandalizarlas con emitir una opinión, por poco contraria que sea á los errores de sus espíritus estrechos; una palabra irreverente respecto de sus absurdas instituciones se convierte en un crimen de lesa majestad. El ridículo de este estado de cosas salta á la vista, por poco que se reflexione, y lamento no haber pensado antes en ello. ¿Con qué derecho Goethe, Arnold y los enciclopedistas definen la palabra «respeto»? Su punto de vista no es el mío; mientras que conserve en mí un ideal, poco me importa el suyo; puedo reirme de él á mi antojo, es mi derecho, y nadie tiene que ver conmigo.»

Tracy esperaba una réplica. Pero nadie contradijo al orador. Este continuó:

«Debo advertir á la concurrencia que, con arreglo á nuestras costumbres, las discusiones sobre esta materia quedarán abiertas en la próxima reunión; esto para permitir á los oyentes que preparen sus respuestas, porque no somos oradores de profesión; somos simples obreros, incapaces de improvisar.»

Leyéronse á continuación algunas réplicas referentes á los asuntos que constituyeran la conferencia anterior. Hízose especialmente el elogio de la cultura intelectual debida á la generalización de los colegios; uno de los concurrentes, hombre de edad media, refirió que no había estado nunca en el colegio; se educó en una imprenta, después entró en una oficina, en la que llevaba varios años empleado.

—Nuestro conferenciante—añadió—ha hecho un paralelo entre la América moderna y la antigua América; ciertamente se pueden señalar inmensos progresos, pero creo que ha exagerado un poco el papel de los colegios en esta marcha ascendente. Es indiscutible que los colegios han contribuído en gran escala al desarrollo de la inteligencia; pero no negaréis que los progresos materiales se hayan extendido más todavía. Si se examina la lista de los inventores, de los creadores de ese estupendo progreso material, no se encuentra en ella ningún universitario. Hay por de contado excepciones, como el profe-

sor Crineston, el inventor del sistema de telegrafía Morse; pero son raras. Es una gloria del siglo en que vivimos, siglo por excelencia desde que el mundo es mundo, el triunfo de esos hombres que se han elevado por la sola fuerza de su inteligencia; á ellos lo debemos todo. Creemos ver su obra entera; no vemos más que la fachada, lo exterior; pero queda un lado oculto que se sustrae á nuestra vista y que constituye sin embargo la fachada principal. Han renovado el país, y, para emplear una metáfora, han duplicado sus fuerzas. En el fondo, ¿qué es lo que constituye una nación? ¿Acaso el número más ó menos considerable de individuos de carne y hueso, á los que cortésmente se llama hombres y mujeres? Tomemos, por ejemplo, como tipo de comparación la cantidad de trabajo que podía proporcionar un hombre en una época dada; calculemos la población actual de nuestro país, y veamos cuánto más que sus antepasados puede producir un hombre en nuestros días. Partiendo de este punto de vista, reconocemos que los hombres de dos ó tres generaciones precedentes eran todos unos enfermos, unos paralíticos; nada, si se les compara con los individuos de nuestros días.

En 1870 nuestra población era de 17 millones. De estos 17 millones, prescindamos de 4 millones representados por los ancianos, los niños y los impotentes. Quedan 13 millones, que se repartían así:

2 millones de tejedores de algodón.

6 millones de obreros en géneros de punto (en su mayoría mujeres).

2 millones de hilanderos (también mujeres).

500.000 claveros.

400.000 encuadernadores.

1 millón de desgranadores.

40.000 tejedores.

4.000 zapateros remendones.

Hoy (según los documentos oficiales publicados en la segunda sesión del 49.º Congreso) se ha establecido que el trabajo de

los dos millones de tejedores de algodón se hace por dos mil hombres; el de los seis millones de calceteros, por tres mil muchachos; el de los dos millones de hilanderas, por mil muchachas. Quinientos niños reemplazan á los quinientos mil claveros; cuatro mil muchachos hacen el trabajo de los cuarenta mil encuadernadores. En fin, mil doscientos hombres sustituyen á los cuarenta mil tejedores, y seis individuos hacen actualmente la labor de mil zapateros de viejo.

En una palabra, diez y siete mil personas ejecutan en nuestros días el trabajo para el que se hubiesen necesitado hace cincuenta años trece millones de individuos.

Con su ignorancia y sus rancios procedimientos, nuestros padres y abuelos se hubieran tenido que reunir en número de cuarenta mil millones para ejecutar el trabajo realizado por nuestros contemporáneos. ¡Pensad en ese enjambre de trabajadores representando cien veces la población de China y veinte veces la población actual del globo!

Mirando en rededor vuestro, ved en nuestra república una población de sesenta millones; en realidad, esta población representa cuarenta mil millones de brazos y cerebros activos. He aquí lo que han hecho esos inventores modestos, iletrados, esparcidos por el mundo, sin pasar por la puerta de los colegios. ¡Honor á sus gloriosos nombres!

—¡Qué hermoso!—pensó Tracy al volver á su casa.—¡Qué civilización y qué magníficos resultados se deben á esas gentes de extracción vulgar! ¡Qué superioridad sobre nuestros jovenzuelos de Oxford la de esos hombres que trabajan y ganan el pan penosamente! Sí; ciertamente me alegro de haber venido, de haber desembarcado en un país en el que cada cual puede elevarse con la sola fuerza de sus puños y crearse por sí mismo su propia posición. Aquí, por lo menos, uno es hijo de sus obras.

XI

Durante algunos días Tracy se repitió sin cesar que habitaba en un país en el que hay trabajo y dinero para todos. Para que su espíritu no se apartase de este noble y gran pensamiento, lo expresó en verso, que recitaba constantemente. Pero poco á poco olvidó sus versos y se puso á buscar una plaza de escribiente en una oficina, persuadido de que con sus estudios hechos en Oxford le recibirían en todas partes; pero no obtuvo resultado alguno. Sus títulos no le fueron de ninguna utilidad; más hubieran valido seguramente recomendaciones políticas. Su nacionalidad inglesa le era funesta en un país en el que todos los partidos hacían votos por el triunfo de Irlanda; su traje de cowboy hablaba en su favor (cuando no estaba de espaldas), pero no le ayudaba á encontrar una plaza de burócrata.

Sin embargo, como se había prometido llevar aquellas prendas hasta que su propietario las reconociese y se las reclamase con el dinero que contenían, no osaba faltar á su palabra y quitárselas.

Al cabo de ocho días aún no había encontrado nada, y su situación se hacía crítica. Había pedido trabajo en todas partes, descendiendo cada día un peldaño de la escala social; estaba ya dispuesto á aceptar el trabajo más modesto, pero en todas partes le rechazaban.

Releía un día las páginas de su diario, cuando sus ojos se fijaron en las líneas que escribió después del incendio:

«No dudaba, ciertamente, de mi fuerza y mi carácter; hoy está á prueba mi energía, viéndome instalado, sin asomos de repugnancia, en un alojamiento digno de un perro. Pago por este chiribitil cinco dolars á la semana. Bien dije que partiría de lo más bajo, y cumplo la palabra.»

Corrióle un estremecimiento de la cabeza á los pies.

—¿En qué estaba pensando?—se dijo.—No estoy, ni mucho menos, en lo más bajo de la escala. He aquí una semana perdida, y mis gastos se acumulan de una manera espantosa. Es preciso que concluya con estas locuras.

Tomó una decisión rápida, y buscó inmediatamente un albergue menos caro; por fin, lo encontró tras mucho buscar; le hicieron pagar una semana adelantada: cuatro dolars y medio, que le aseguraban la habitación y la comida.

La patrona del establecimiento, una buena y robusta mujer, le condujo al cuarto: había que subir tres pisos de una escalera estrecha; después le indicó un cuarto con alcoba, en el que había dos camas: estaría solo hasta la llegada de un nuevo huésped.

De suerte que iban á darle un compañero de cuarto. Esta perspectiva le disgustó sobremanera.

En cuanto á la patrona, mistress Marsh, era, en verdad, una mujer muy amable: le aseguró que estaría contento en la casa, como lo estaban todos los huéspedes.

—Ya verá usted: todos ellos son unos buenos muchachos, muy alegres y que viven en perfecta inteligencia; cuando las noches se hacen demasiado calurosas, emigran al tejado. La estación se encuentra tan adelantada este año, que ya han tomado sus cuarteles de verano. Se trazan su dominio con tiza en el tejado, y si usted quiere hacer lo mismo está usted en completa libertad. Por lo demás, usted debe de conocer las costumbres de esos señores.

—¡Oh! no. No sé nada.

—Es verdad, ¡qué tonta soy! No me había fijado en su traje... en las Llanuras no hay necesidad de fijar la propiedad. Pues bien: hace usted con tiza un rectángulo del tamaño de una cama, y su compañero de cuarto se arregla con usted para transportar á aquel lugar la ropa que necesite. Estoy segura de que hará usted buenas migas con esos jóvenes; todos son muy agradables y expansivos, excepto el impresor. ¡Oh! éste es muy raro: busca la soledad, y por nada en el mundo le ha-

ría usted que compartiese su cuarto con un amigo. Se ha intentado, le han dado toda clase de bromas, le han quitado la cama de su cuarto una vez que no volvía hasta las tres de la mañana; pues bien: apenas me creerá usted si le digo que pasó la noche sentado en una silla, antes que pedir hospitalidad á un compañero. Dicen que está tocado; á decir verdad, es un inglés, y todos son muy meticulosos en su país. No le molestará que diga esto... porque usted es también inglés, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sospechaba: lo había adivinado en su manera de hablar; pero ya se corregirá usted. En el fondo, ese impresor es un buen muchacho, y se entiende bien con el fotógrafo, el calderero y el herrero; fuera de éstos, no fraterniza nada con los demás. Esto obedece (yo soy la única en saberlo) á que se cree de origen casi aristocrático. Es hijo de médico, y ya sabe usted que en Inglaterra los médicos tienen una opinión muy elevada de sí mismos; aquí no forman una clase superior. Este muchacho riñó con su padre; entonces vino á nuestro país, y ha tenido que ponerse á trabajar para no morir de hambre; como había estado en un colegio, se creía un fénix. ¿Qué le pasa á usted?

—Nada: suspiro.

—Era un gran error de su parte: un poco más, y se habría muerto de hambre si no se hubiera compadecido de él un impresor, tomándole como aprendiz; se puso al oficio, y pudo salir adelante; pero en poco estuvo que no se viese obligado á pasar por encima de su amor propio y recurrir á su padre. Pero... ¿qué tiene usted? ¿Mi charla, tal vez...?

—No, al contrario; continúe: eso me interesa.

—Pues bien: hace diez años que está aquí; ahora tiene veintiocho, y todavía no se ha decidido á fraternizar con los obreros, por decirse un caballero; por lo demás, tiene el buen gusto de no hacer tales confianzas sino á mí, y me guardaría bien de dejarlas traslucir delante de los otros.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque le lincharían; y usted haría lo mismo en lugar de ellos. A nadie se le tiene que ocurrir aquí negar á nadie la cualidad de caballero. Ni siquiera á un cowboy.

Una bonita muchacha de unos diez y ocho años, limpia, fina y elegante, entró, sin el menor asomo de timidez ó cortedad.

Su madre trató de leer en el rostro del extranjero la sorpresa y la admiración que le causara, como á todos sus compañeros, aquella seductora aparición.

—Mi hija Hattia, á la que llamamos Puss—dijo, sin levantarse.—Puss, aquí tienes al nuevo huésped.

El joven inglés se inclinó con rigidez, á estilo de su país, y se sintió muy molesto ante aquella presentación á una joven camarera de una casa de obreros. Debía su molestia á su educación aristocrática y á sus hábitos de inglés refinado, aunque en el fondo, en aquel momento, admitiese el principio de la igualdad de todos los hombres.

La joven, sin fijarse en el saludo frío y cortado, tendió la mano al extranjero.

Después se dirigió al lavabo, y ante un espejo rajado se arregló algunos mechones rebeldes, y se puso á hacer su servicio.

—Me voy—dijo la patrona;—pronto es la hora de cenar. Prepárese usted, Sr. Tracy; oirá usted la campana.

Y mistress Marsh salió con dignidad, preocupándose muy poco de dejar solos á los jóvenes.

A Tracy le sorprendió aquella indiferencia por parte de una mujer de aspecto tan honrado y tan respetable, y tomó su sombrero, decidido á ceder el puesto á la muchacha; pero ésta le interpeló:

—¿Adónde va usted?

—Pues no lo sé; temía molestarla aquí...

—¿Y por qué? Quédese; ya le advertiré cuando sea necesario.

Hacia las camas con una agilidad que admiraba á Tracy.

—¡Qué ocurrencia ha tenido usted!—le dijo ella.—¿Cree que necesito tanto sitio para hacer dos camas?

—No, no es eso precisamente; pero estamos solos en el tercer piso, y su madre se ha marchado...

La joven se echó á reir de buena gana.

—¡Ah! Nadie para defenderme, ¿no es verdad? No lo necesito: no tengo miedo, se lo aseguro. Si estuviera sola, tal vez no sería tan valiente, porque, sin creer en ellos, tengo miedo de los fantasmas.

—Pues entonces, ¿cómo los tiene usted miedo?

—¡Oh! no puedo explicarlo: todo lo que sé es que Maggia Lee es como yo.

—¿Quién es Maggia Lee?

—Una de nuestras pensionistas; una señorita que trabaja en una fábrica.

—¿Qué fábrica?

—Una fábrica de calzado.

—¿Una obrera de fábrica? ¡Y la llama usted una señorita!

—¿Pues cómo quiere usted que la llame? No tiene más que veintidós años.

—La edad es lo de menos: me refiero solamente al nombre que usted le da. En el fondo, he dejado Inglaterra para sustraerme á la etiqueta y á las absurdas fórmulas de cortesía, y encuentro aquí los mismos abusos. Esperaba no encontrar en América sino hombres y mujeres, sin distinción de castas.

La joven se detuvo asombrada, mirando fijamente la cama que estaba haciendo.

—Y así es, en efecto—dijo:—todo el mundo es igual; ¿en dónde ve usted una diferencia?

—Si llama usted señorita á una obrera de fábrica, ¿qué título da usted á la mujer del presidente?

—La llamo señora.

—De suerte que solamente la edad y el estado marcan la diferencia.

—No sé verdaderamente qué otra distinción podría existir.

—¿Entonces todas las mujeres son aquí señoras?

—Ciertamente, ó, por lo menos, todas las personas respetables.

—¡Ah! Prefiero esto. Evidentemente, si el título se da á todo el mundo, la cosa cambia de aspecto.

Hattie no pudo por menos de reirse.

—Pero, Hattie, sea usted franca: confiese usted que la mujer del presidente no llama señora á su cocinera.

—¿Por qué no? Sí la llama.

Sintióse contrariado por haber producido tan poco efecto.

—En fin—dijo,—los americanos no más igualitarios que los otros pueblos.

—¡Qué idea! Un título no vale más que por el sentido que se le atribuye. Admitamos que sustituya usted la palabra «señora» por la palabra «respetable»; ¿comprende usted?

—Perfectamente. En lugar de decir una señora, se diría una persona respetable.

—Eso es. Entonces, en Inglaterra, las «gentes de la alta» ¿no conceden á los obreros el nombre de señores ni de señoras?

—¡Oh! no.

—¿Y los obreros no se consideran ellos mismos como señores ni señoras?

—Ciertamente que no.

—Pues bien: si emplea usted otra palabra, no se cambiaría nada. Las personas *chics* se arrogarían el derecho exclusivo de llamarse personas respetables, y los obreros, por una especie de modestia, no tomarían ese título. Aquí no admitimos eso. Cada cual se considera como un señor ó una señora, y se burla de la opinión del vecino, con tal que este vecino no le grite demasiado fuerte. Me parece que usted trata de rebajar

á sus semejantes; esto es precisamente lo que nosotros no hacemos nunca.

—He aquí, en efecto, una distinción en la que no había pensado. Sin embargo, el llamarse á sí misma señora no hace que...

—Yo en el lugar de usted, no continuaría.

Howard Tracy se volvió para ver quién era el nuevo interlocutor. Vió á un hombre rechoncho, de unos cuarenta años, imberbe, con el pelo gris; tenía una fisonomía inteligente y despierta, y llevaba traje de faena, limpio, aunque usado. Venía de una habitación contigua, en la que dejó el sombrero, y traía en la mano un jarro abollado. Hattie se lo tomó de las manos.

—Voy á llenárselo á usted. Le presento al nuevo huésped: el señor Tracy; el señor Barrow. Habíamos llegado á un punto de la discusión en el que empezaba yo á descarrilar.

—Gracias, Hattie; venía á ver á los compañeros.—Y se sentó sin cumplidos en una maleta vieja.—He escuchado la conversación de ustedes con mucho interés, y no hubiera prolongado la discusión. Usted llegaba á deducir que el hecho de llamarse señora no implica serlo; esto es lo que iba usted á decir. Pues bien, tropezaría usted con otra objeción en la que no había pensado. ¿Quién tiene el derecho de conceder á usted un título? En Europa, veinte mil personas entre millones de individuos se atribuyen el sonoro epíteto de «señores y señoras»; la masa acepta el apelativo, sin rebelarse contra la afrenta que entraña.

Aquí, por el contrario, algunos miles de personas se atribuyen títulos; pero la cosa no queda ahí: los otros, los «no titulados», protestan y se engalanan inmediatamente con los mismos títulos. De esta manera, todo el mundo queda contento, se establece una igualdad real, mientras que al otro lado del Atlántico reina en absoluto la desigualdad por la voluntad de la minoría y el consentimiento de la mayoría.

Desde el principio de esta tirada, Tracy, muy ofuscado, se

había concentrado en sí mismo, aunque llevase semanas de vivir en un medio esencialmente vulgar. Rehízose pronto, y puso buena cara sin molestarse por el hábito que las gentes del pueblo tienen de mezclarse en una conversación sin que se les invite. No tuvo gran mérito esta vez, porque aquel hombre tenía en sí algo de atractivo; su sonrisa era simpática. Tracy hasta le hubiera encontrado encantador, si en él—aunque contra ello luchase—la igualdad de clases hubiera existido de otra manera que en estado de principio; su espíritu la admitía, pero su personalidad se rebelaba aún ante tal idea. En teoría, Barrow era su igual; pero le desagradaba verle ostentar aquella igualdad.

—Espero—dijo—que todo lo que ha dicho usted de los americanos es exacto, porque algunas veces he dudado. Parece que la igualdad sea incompatible con ciertos nombres distintivos todavía usados en su país, aunque estos nombres hayan perdido parte de su prestigio y de su alcance, puesto que se convierten en la libre propiedad de cada individuo. Creo, por lo demás, que la diferencia de clases no puede existir sino con el consentimiento general de la masa; hasta aquí me había imaginado que las clases elevadas se habían creado y perpetuado por sí mismas; no pueden perpetuarse sino por el pueblo, ese mismo pueblo al que desprecian, y que puede de un momento á otro destruirlas y reemplazarlas.

—Esa es mi opinión; no hay poder en el mundo capaz de impedir que los treinta millones de ingleses se erijan en duques si lo desean; pero al cabo de seis meses esos millones de duques abandonarían sus títulos. Deberían ensayarlo, y estoy bien seguro de que la Monarquía misma no sobreviviría al golpe. Sería la lucha del puchero de barro contra el puchero de hierro, Herculano contra el Vesubio, y se necesitarían más de mil ochocientos años para limpiar los escombros de semejante cataclismo. ¿Qué valor tiene un coronel en nuestro Sur? Ninguno, porque allí todos se dicen coroneles. No, Tracy (Tracy no pudo reprimir un ligero estremecimiento), nadie en

Inglaterra le consideraría á usted como un señor, y usted tampoco en otra parte; y esta distinción de castas le pone á usted forzosamente en una falsa situación; concluye por arraigar en las costumbres, se convierte en un hábito, una segunda naturaleza. Seguramente que usted no concebiría que el Matterhorn se enorgulleciera de que las pequeñas colinas de Inglaterra le dispensaran el honor de conocerle; ¿verdad que no?

—No; ¿por qué...?

—Pues bien: ¿concibe usted que á Darwin le puede halagar que una princesa no ignore su nombre? La cosa es tan ridícula que no se puede pensar en ella. Y sin embargo, á ese dios, á ese Memnon le halagó mucho la elección de la estatua: él mismo lo reconoce. Que un dios prostituya así su divinidad y la profane, es un delito que no debería ser posible.

El nombre de Darwin dió á la discusión un giro literario. Barrow se entusiasmó tanto, que se puso cómodo para hablar más fácilmente; se desembarazó de su chaqueta, y apenas advirtió la llegada, no obstante bulliciosa, de sus compañeros, que cantaban y reían ruidosamente mientras que se lavaban. Después hizo á Tracy los honores de su cuarto, de su biblioteca, que consistía en un simple estante, y le dirigió algunas preguntas:

—¿Qué oficio tiene usted?

—A la verdad, me llaman un cowboy; pero es un puro capricho, porque no tengo ningún oficio.

—¿Pues de qué vive usted entonces?

—Haría cuanto quisieran si encontrara una ocupación; pero hasta ahora nada he conseguido.

—Tal vez podría ayudarle, y esto con la mejor voluntad.

—Se lo agradecería mucho, porque me siento cansado de buscar en vano.

—Cierto es que un hombre sin oficio encuentra difícilmente trabajo. Me parece que le han dado á usted demasiada instrucción y que no le han enseñado lo suficiente para vivir.

¡Qué mal aconsejado estuvo su padre! Hubiera usted necesitado un oficio. De todos modos, nos arreglaremos; le buscaremos algo. Sobre todo, que no le acometa la nostalgia: esto lo echaría todo á perder. Hablando, daremos con lo que necesita; y para empezar, espéreme usted: vamos á bajar juntos á comer.

Tracy se sentía lleno de simpatía y de reconocimiento hacia aquél; le hubiera considerado gustosamente como á un amigo, si hubiera podido en el mismo instante poner en práctica sus teorías. Sin embargo, su compañía le agradaba, y se sentía menos descorazonado; deseaba saber en particular en dónde y cómo había aprendido Barrow todo lo que sabía.

MARK TWAIN

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Contributo ad un'interpretazione del pensiero di Protagora, per Alessandro Levi. Venezia, 1906.

Recientemente he tenido ocasión de hablar más de una vez de este joven y fecundo escritor al dar cuenta de sus últimas publicaciones, y he dicho lo sólidas que son todas ellas, lo mismo las de índole estrictamente filosófica que las de carácter histórico-filosófico, á las que pertenece la que ahora me ocupa.

Del puñado de escritores mozos que en estos años han aparecido en Italia dedicándose al cultivo de la filosofía del derecho, es Levi uno de los que más en serio trabajan; y la verdad es que casi todos (Salvadori, Del Vecchio, Groppali...) trabajan en serio. Tiene lo que para ello hace falta: gran talento, mucha cultura, tanto clásica como moderna, y la discreción bastante para moderar impaciencias que á menudo asaltan á los jóvenes, espoleándoles á excesos no siempre bien justificados.

El opúsculo de que ahora se trata revela ser obra de un hombre hecho de verdad al estudio hondo y fundado. Con un amplio conocimiento de la rica literatura referente á la interpretación y reconstrucción de la doctrina gnoseológica y ético-jurídica de Protágoras, el famoso y discutido sofista griego, toma parte en la controversia tocante al particular, exponiendo puntos de vista personales, casi siempre moderados y como intermedios entre los más radicales, y trazando con este motivo un cuadro de las discusiones promovidas (singularmente en Alemania) sobre la significación que ha de darse á las afirma-

ciones de aquel autor, tal y como resultan sobre todo de algunos diálogos platónicos.

Considerado por muchos Protágoras como el fundador del positivismo, ó cuando menos como uno de sus precursores, no parece conveniente desconocer su representación en la historia de la filosofía, y para enterarse de ella, sin enfrascarse en personales indagaciones, sirve perfectísimamente el trabajo del profesor paduano.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>Madrid en 1833</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	17
<i>Desde Berlín.—Los progresos de la hipofagia</i> , por E. Mañueco Villapadierna.....	47
<i>España fuera de España.—La revolución de España (1868)</i> , por Emilio Ollivier.....	58
<i>El castellano en América</i> , por Julio Cejador.....	100
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.....	118
<i>Sobre la consecuencia, la sinceridad</i> , por Miguel de Unamuno....	149
<i>El pretendiente americano</i> (novela), por Mark Twain.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206